



se

LIN ANDERSON

RED DE ARRASTRE

Lectulandia

Un joven aparece muerto como consecuencia de un «juego sexual» que a alguien se le ha ido de las manos. La forense Rhona MacLeod será la encargada de hacerle la autopsia y descubre que el cadáver se parece mucho a ella misma y tiene la misma edad que el niño que hace diecisiete años dio en adopción, lo que la involucrará personalmente en la investigación del caso.

Personajes: Rhona MacLeod, la forense encargada del caso, Hill Wilson, inspector de policía, Jim Connelly, periodista que siempre está unos milímetros por delante de la investigación, Sean, músico de *jazz*, novio irlandés de Rhona, Edward Stewart, ex novio de Rhona y candidato conservador al Parlamento, Chrissy y Neil, compañera de Rhona y su novio, que trabaja como «chapero», Gavin MacLean, informático que ayuda a Rhona en la búsqueda de su hijo dado en adopción.

Lectulandia

Lin Anderson

Red de arrastre

Rhona McLeod - 1

ePub r1.0

FLeCos 16.01.17

Título original: *Drifnet*
Lin Anderson, 2003
Traducción: Elena González González

Editor digital: FLeCos
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Al inspector Bill Mitchell.

A Emma R. Hart, a la BCS, al MSC de Ciencias
Forenses por sus conocimientos y a Jennie
Renton y Patricia Clark por la ayuda editorial.

Capítulo 1

El chico no esperaba morir.

Cuando el tipo le puso el cordón de borlas alrededor del cuello y le sonrió, él creyó que simplemente formaba parte del juego de siempre. El hombre estaba excitado. Un hilillo de saliva resbalaba por su barbilla y caía sobre el hombro desnudo del chico. Su expresión desbordaba placer. Pero al chico toda aquella parafernalia ya no le hacía gracia. Se tumbó y giró la cabeza a un lado hasta colocarla sobre aquella almohada grisácea teñida del olor de otros juegos, cerró los ojos y dejó que su mente le trasladase lejos de allí. Le gustaba repetir aquel gol en su imaginación cuando quería abstraerse.

A la derecha, el francés, arrogante y con el balón en los pies, corría hacia la meta. Los defensas empezaban a agruparse frente a él y se producía una cierta confusión. *Bastardos*. Pero no había de qué preocuparse, porque ya había atravesado la barrera y seguía corriendo con el balón pegado al pie, igual que un niño se aferra al pecho de su madre. Entonces el público aguantaba la respiración. El tiempo parecía dilatarse, igual que se estira una goma elástica. Entonces el balón volaba describiendo una curva en el aire.

¡Zas! El esférico entraba en la red.

Generalmente, llegado a aquel punto, el chico podía irse a casa. Pero esta vez no. Esta vez, antes de que el balón alcanzase la red, su cabeza se retorció hacia atrás, y después hacia arriba. La presión era tan intensa que casi hizo que los ojos se le saliesen de las cuencas.

Capítulo 2

Sean ya estaba dormido a su lado. A Rhona eso le encantaba. Descansaba como un bebé. Su cara reposaba con placidez sobre la almohada, como si no tuviese ningún problema, y sus labios se abrían lo justo para dejar que el aliento escapase en suaves y silenciosas exhalaciones. *Nadie*, pensaba ella, *debería tener tan buen aspecto después de haberse tomado una botella de vino tinto y tres güisquis de malta.*

Rhona había decidido dejar de controlar lo que bebía Sean. Le resultaba demasiado irritante, ya que sabía que a la mañana siguiente él no tendría el menor signo de resaca. Muy al contrario, lo que haría sería apartar el edredón (haciendo que una corriente de aire entrase en el cálido entorno que había abrazado sus cuerpos durante la noche), deslizarse fuera de la cama y dirigirse a la cocina. Desde el dormitorio, sin levantarse aún, ella lo miraría (no sin cierto sentimiento de culpa), mientras él se movía de un lado a otro; y conseguiría captar una imagen furtiva de un muslo, un brazo que se alzaba o un pene flácido y vulnerable. Él silbaría mientras preparaba el café y, una vez más, quedarían unidos en la mente de Rhona el aroma del café, amargo y a la vez dulce, recién hecho, con las notas altas y claras de una canción irlandesa.

Llevaban juntos siete meses. La primera noche que Rhona le trajo a casa ni siquiera lograron llegar al dormitorio. Él la sujetó contra la puerta de la entrada y se quedó allí mirándola. Después comenzó a desnudarla, prenda a prenda, liberándola de la ropa como quien pela una fruta madura, con los labios muy cerca de los de ella, pero sin apenas rozarlos, tan próxima una boca a la otra que la de la mujer trataba de alcanzarlo sin ser siquiera consciente de ello, mientras todo su cuerpo la acompañaba. Después, con un leve roce de su lengua, Sean entró en su vida.

Cuando el teléfono sonó, él apenas se movió. Rhona sabía que a los cuatro tonos saltaría el contestador. Quienquiera que estuviese llamando escucharía la afable voz irlandesa de Sean e inmediatamente cambiaría de opinión sobre los contestadores automáticos y pasaría a creer que, después de todo, también esas máquinas podían resultar cálidas y humanas. Sin embargo, finalmente levantó el auricular al tercer tono. Debía de tratarse de una emergencia o no la llamarían tan tarde. Cuando le sugirió a la voz del otro lado de la línea que iba a necesitar un taxi, el sargento le dijo que un coche de policía ya estaba de camino. Rhona cogió la ropa que se había quitado por la noche y que se encontraba tirada al otro extremo de la cama y se puso en marcha.

El agente William McGonigle no había estado nunca en la escena de un crimen.

En este caso, su cometido había sido colocar la cinta amarilla en la entrada, tal como el sargento le había dicho, y espantar a dos borrachos que parecían creer que el trabajo policial constituía un entretenimiento mejor que tambalearse hasta casa y echarle un polvo a la esposa. El agente no parecía estar en absoluto de acuerdo.

—Marchaos a casa —les dijo—. Aquí no hay nada que ver.

Levantó la vista por el hueco de la escalera, y cuando empezaba a preguntarse cuánto tiempo más tendría que permanecer allí congelándose las pelotas oyó el sonido de unos zapatos de tacón alto golpeando contra el asfalto. Una mujer se inclinó sobre la cinta y se quedó mirando las mal iluminadas escaleras.

—Disculpe, señorita. Aquí no se puede entrar.

—¿Dónde está el inspector Wilson?

El agente McGonigle se quedó sorprendido.

—Arriba, señorita.

—Bien —asintió ella.

Su pelo rubio brillaba tanto en la oscuridad de aquel sórdido edificio que casi parecía blanco. El agente McGonigle captó el olor de su perfume. Ella levantó una pierna de seda y se colocó a horcajadas sobre la cinta amarilla que con tanto cuidado había tendido.

—Entonces será mejor que suba —le comunicó.

El golpeteo de los tacones de Rhona resonaba por el cochambroso hueco de la escalera, pero si molestó a algunos de los residentes, nadie abrió la puerta para hacérselo saber. Allí nadie quería que lo vieses. *Solo saldrían si se produjera un incendio*, pensó ella, si es que se daba el caso, poco probable, de que hubiese alguien que no estuviese ya en estado comatoso.

Una puerta del segundo piso estaba entreabierta. Se podía oír la voz del inspector Wilson procedente del interior del apartamento. Si Bill estaba allí, al menos no tendría que explicarle a nadie más quién era ella. Podría ponerse directamente manos a la obra, regresar a casa y meterse de nuevo en la cama.

El estrecho pasillo exhibía una fétida mezcla de humedad y calor. La alfombra oscura y jaspeada, que se curvaba por los lados como si de una hoja marchita se tratase, amortiguaba el sonido de sus tacones. Se detuvo. Había tres puertas, las tres a medio abrir. A su derecha estaba la cocina y a su izquierda, el baño. Logró ver de refilón un traje blanco y oyó el zumbido de una cámara. La gente del soko^[1] ya estaba trabajando.

La puerta del final se abrió por completo y el inspector Bill Wilson la miró desde el umbral.

—Bill.

—Doctora MacLeod. —La saludó con un ademán—. Es aquí.

Ella se permitió dedicarle una tensa sonrisa. Los otros dos hombres que había en

la habitación se giraron y la miraron. No era exactamente el tipo de forense que esperaban.

Rhona se miró el vestido negro y las sandalias de tacón alto que llevaba.

—Vengo con un poco de prisa, no he tenido tiempo de cambiarme.

—McSween te proporcionará algo más apropiado.

Bill hizo un gesto a uno de los chicos, quien salió y regresó unos minutos después con una bolsa de plástico entre las manos. Rhona sacó de ella un traje de trabajo y una mascarilla, metió su abrigo en la bolsa y se la dio al oficial. Se quitó primero un zapato y luego el otro, y metió los pies en el traje. Entonces, y solo entonces, entró en la habitación.

Rhona pudo abarcar la pequeña estancia con una sola mirada. Unas espantosas cortinas manchadas de nicotina cubrían apenas el vano de la ventana. Sobre una silla de madera descansaban un par de pantalones vaqueros y una camiseta. Reparó luego en dos vasos que descansaban sobre una mesa de formica y en un par de zapatillas deportivas que estaban en el suelo, junto a la cama. Había también un diván de tres cuerpos, sin cabecero, pero cubierto por un pesado brocado de seda que dibujaba fastuosos remolinos de colores que estallaban unos sobre otros.

El cuerpo desnudo del muchacho estaba tendido sobre él, boca abajo, y su cabeza ya rígida estaba girada en su dirección, con los ojos desorbitados y la lengua ligeramente asomada entre los azulados labios. El cordón de seda oscura que tenía anudado al cuello parecía una corbata puesta del revés. El cuerpo mostraba signos de hipóstasis, y la combinación de manchas de color morado intenso con otras pálidas, casi traslúcidas, le recordó a Rhona una pieza de mármol. Bajo las caderas, la sangre del chico empapaba la ropa de cama.

—Apagué la calefacción al llegar —dijo Bill—. El olor casi deja fuera de juego a nuestro joven agente, así que le he mandado fuera, a vigilar, para que tomara un poco de aire fresco.

—¿Comprobó alguien la temperatura de la habitación?

—Sí, McSween la tiene anotada.

Rhona respiró profundamente antes de colocarse la mascarilla. El olor de la escena de un crimen siempre es importante, pues puede conducir a la búsqueda de restos que de otro modo no se hubiesen detectado. En este caso, el nauseabundo hedor de la muerte violenta se mezclaba con el del sexo y el sudor, estancados todos ellos en el aire cálido. Pero aquello enmascaraba algo más, algo casi imperceptible. Ella sabía lo que era. Se trataba de un caro perfume de hombre.

—McSween y Johnstone han inspeccionado el resto de la habitación. El fotógrafo está trabajando en la cocina y el cuarto de baño.

—¿Y qué hay del patólogo?

—El doctor Sissons vino a certificar la muerte. Después me sugirió que llamase a

un forense en condiciones para que tomase las muestras pertinentes y guardase el cuerpo, ya que él tenía que regresar a la cena que estaba celebrando cuando lo llamaron.

—Tendría invitados importantes.

—Pues, de hecho, mencionó a un tal *sir* algo.

Rhona sonrió. Sabía que el doctor Sissons prefería estudiar a los muertos en la comodidad de su depósito de cadáveres. El placer de tomar muestras de fluidos corporales en mitad de la noche se lo reservaba a ella.

—¡Menuda colcha!

—Creemos que puede tratarse de una cortina, pero podremos verla mejor una vez retirado el cuerpo.

—¿El médico le ha dado la vuelta?

—Lo justo para determinar si el cadáver había sido trasladado. Dice que la parte izquierda de la cara, la parte superior del pecho y las caderas han recibido presión desde el momento de la muerte; o sea, que está tumbado en el mismo lugar en el que lo asesinaron.

Rhona abrió su maletín y sacó un par de guantes. Se arrodilló junto a la cama.

—Hay un charco de sangre bajo el cuerpo.

—Pues verás cuando mires de dónde proviene —dijo Bill, mientras asentía con seriedad.

Rhona levantó el brazo derecho del cadáver y giró ligeramente su torso. Los genitales parecían roídos y el pene cortado con un tajo irregular que iba desde la punta del lado izquierdo hasta la mitad de la parte superior derecha. Un testículo estaba literalmente machacado y pendía de un fino colgajo de piel.

—Esto han tenido que hacérselo después de muerto. De otro modo, la sangre lo hubiese salpicado todo.

—Eso mismo dice Sissons.

Rhona dejó que el cuerpo volviese a su posición original. La cabeza del muchacho pareció volver a apoyarse sobre la sucia almohada.

—¿Hay algún rastro del arma?

—Tal vez no exista arma —respondió Bill con un gesto.

—¿Qué crees, que lo mordieron? ¿El doctor Sissons encontró más señales de mordiscos?

—Murmuró algo sobre cardenales en los pezones y en el hombro.

—Haré un frotis.

—¿Cuánto crees que lleva muerto? —le preguntó Bill.

Rhona hizo presión sobre una de las zonas amoratadas, cada vez más profundas, y vio cómo palidecía lentamente bajo su dedo.

—Unas seis o siete horas, dependiendo de la temperatura de la habitación.

—Exactamente lo mismo que dijo el doctor —asintió Bill con una sonrisa de satisfacción.

Rhona levantó ligeramente las cejas. Por lo general, el doctor Sissons y ella no solían estar de acuerdo en nada. Él parecía tener el hábito de llevarle la contraria en asuntos tales como la hora exacta de las muertes. Era casi una cuestión de principios. Rhona había cursado tres años de Medicina antes de pasarse a las ciencias forenses. Y de vez en cuando le gustaba ejercer.

—¿Cómo lo encontrasteis?

—Por una llamada anónima.

—¿Del asesino?

—Era la voz de un joven. Estaba muy asustado. Tal vez se tratase de otro chaperero que vino aquí para encontrarse con un cliente.

—Vivo, este chico debía de ser realmente guapo —comentó Rhona.

Bill asintió.

—No parece de los que andan por aquí normalmente —señaló—. Tiene más clase, pero supongo que también sería chaperero. Bueno, te dejo con tus cosas. Avísame si necesitas algo.

Pasó casi una hora tomando muestras de todo lo que creyó que podría resultar de utilidad. Después de terminar con la habitación, se concentró en el cuerpo, en el material que tenía bajo las uñas, en el pelo, en la boca. Los frotis anales y genitales le correspondían al doctor Sissons.

Notaba la piel del muchacho fría a través de los guantes, pero el pelo rubio que caía sobre sus ojos de mirada vacía le daba el mismo aire que tendría cualquier adolescente profundamente dormido. Rhona le levantó el cabello y estudió su rostro. Trató de imaginarse el aspecto que tendría en vida. No presentaba ninguno de los signos evidentes que solían dejar las dietas pobres o el abuso de las drogas. Se trataba de un joven aparentemente saludable. ¿Cómo habría terminado de aquel modo?

—¿Has acabado? —le preguntó Bill en ese momento—. Acaban de llegar los empleados del depósito.

Su compañero miró la cara del chico con detenimiento.

—Vete a casa y tómate un ponche caliente —le recomendó a Rhona.

Un ponche caliente era el remedio que Bill aconsejaba prácticamente para todos los males.

Ella se levantó de la cama y se quitó los guantes.

—¿Tenemos alguna idea de quién puede ser? —preguntó.

—Aún no. Pero no creo que sea escocés.

Señaló la entrada. Detrás de la puerta había una chaqueta de cuero y una bufanda de un equipo de fútbol, colgadas.

—Del Manchester United —dijo con fingido desagrado.

—Bueno, también aquí hay gente que apoya a ese equipo —afirmó Rhona descaradamente, a sabiendas de que Bill era del Celtic.

—Sí, pero desde luego no alardean de ello. Al menos en Glasgow.

Rhona se rió.

—¿Te vale la respuesta?

—Sí, claro que sí.

La mujer comenzó a guardar las muestras en su maletín.

—El sargento te llevará a casa.

Caminaron juntos hasta la puerta de salida.

—¿Qué tal está ese irlandés tuyo? ¿Aún toca en el club?

—Sí, sigue allí.

—Debería pasarme pronto para volver a escucharlo. Es un fenómeno del *jazz*.
¿Me llamarás cuando tengas algún resultado?

—Por supuesto.

Sean aún estaba dormido cuando ella regresó. Con las pesadas cortinas corridas, la habitación permanecía en penumbra, aunque el amanecer rozaba ya los tejados de la universidad. De camino a casa, habían pasado por el laboratorio para dejar las muestras de saliva. Allí estarían mejor.

Le había dejado una nota a Chrissy encima de la mesa, por si era la primera en llegar a la mañana siguiente. Le explicaba en pocas palabras los acontecimientos de aquella noche. Después se había dirigido a su domicilio para intentar dormir unas cuantas horas.

Se quitó el vestido, se despojó de los zapatos de una patada y se deslizó bajo el edredón. Rodeó con su helado cuerpo el de Sean, quien gruñó un poco y alargó el brazo para cogerle la mano.

—¿Estás bien? —le preguntó con un murmullo.

—Sí, muy bien —contestó ella, pero él ya había vuelto a dormirse.

Rhona cerró los ojos y trató de relajarse al calor que él le daba. Había estado en muchas escenas de crímenes antes, y algunas incluso más horribles que la de aquella noche. La muerte no le daba miedo, no cuando la reducía a pruebas y muestras. Pero lo de aquella noche le resultaba diferente. Había algo en el chico, algo que no había acertado a adivinar. Al menos hasta que el sargento lo había mencionado en voz alta mientras volvían en el coche.

El muchacho que había sufrido todos aquellos abusos antes de ser estrangulado en la minúscula y sórdida habitación de la que acababan de salir se parecía tanto a ella que perfectamente podría haber sido su hermano.

Capítulo 3

Cuando llegó al laboratorio a la mañana siguiente, un delicioso olor a café recién hecho lo inundaba todo. Alguien había bajado a la tienda de *delicatessen*, porque había dos cruasanes en un plato, junto a la máquina.

—¿Así que finalmente has decidido venir? —dijo Chrissy mientras su cabeza pelirroja aparecía tras la puerta del armario—. Creí que iba a tener que hacer todo el trabajo yo sola.

—¿No viste mi nota?

—Claro que sí —respondió ella con malhumor—. Las muestras que trajiste ya están catalogadas y las bolsas con la ropa del chico y la de la cama llegaron hace media hora más o menos.

—Los cruasanes tienen una pinta estupenda —comentó Rhona mientras cogía uno.

—Pensaba que tu chico te preparaba el desayuno —observó Chrissy en tono hosco.

—Le he dicho que se quede en la cama. Era demasiado pronto para que nadie que esté en su sano juicio se levante.

—¿Así que tienes un chico que cree tener la obligación de hacerte el desayuno y tú no le dejas? —dijo Chrissy, moviendo la cabeza con incredulidad—. Intenta que uno de mis hermanos te haga algo en la cocina y verás.

—¿Ni siquiera Patrick?

—Patrick era diferente —afirmó de forma rotunda—. Por eso se fue de casa.

Se quedaron sentadas junto a la mesa del laboratorio mientras Chrissy iba anotando lo que tenían que hacer. Rhona ya había rellenado los antecedentes, al menos los que su compañera necesitaba conocer. No sabía por qué tenía siempre tanto cuidado con los sentimientos de Chrissy. Puede que fuese joven, pero desde luego había visto muchas cosas en su vida, a juzgar por las historias que contaba de sus hermanos.

Chrissy levantó la mirada de su lista.

—¿Y tenemos que hacer todo esto sin tener aquí a Tony?

—A no ser que nos manden algo de ayuda, tendremos que posponer el trabajo rutinario para dedicarnos a esto. Los asesinatos tienen prioridad —comentó Rhona.

—Pues para el último no nos ayudaron —aseguró Chrissy, con voz desalentada a la vez que resignada—. ¿Tienen idea de quién puede ser el chico, o también vamos a tener que identificarle nosotras?

—Pues no llevaba carné de identidad. Le haremos un perfil con lo que tenemos y a ver qué más datos encuentra Bill.

—Vale. Entonces yo empiezo con la ropa.

Rhona asintió.

—Parece que el cubrecama ya lo habían usado antes. Te he marcado las áreas en las que hay que hacer pruebas.

—¿Qué busco, semen?

—Probablemente. ¡Ahí, y además la habitación olía a algo!

—Sí, claro, ¡cómo no iba a oler!

—No. Me refiero a que olía a algo agradable. Era un perfume de caballero. Muy suave, probablemente caro.

—Así que no era *Brut*.

—Desde luego no era la loción de siempre. Ya sé que hay pocas posibilidades, pero a lo mejor encontramos algo en la camiseta del chico o en la colcha.

—Había gran cantidad de sangre.

—Sí —asintió Rhona, sin intención de darle más explicaciones.

—No pasa nada. Las fotos fueron lo primero que llegó. Ya les he echado un vistazo. Pobre chico. Y además era muy guapo.

De pronto Chrissy se la quedó mirando con una extraña expresión en la cara. Rhona recordaba perfectamente lo que el sargento le había dicho la noche anterior. Pero si su compañera estaba pensando en lo mismo, no se lo comentó.

—Ese es el problema hoy en día. Todos los chicos guapos son gays —añadió Chrissy, con una picara sonrisa—. Excepto tu Sean, claro.

—Si fueras capaz de dejar de pensar en Sean, a lo mejor podríamos empezar a trabajar.

Rhona trataba de ponerse en su puesto, pues, al fin y al cabo, su rango era superior al de Chrissy, pero estaba claro que el suyo era un caso perdido. Su oficial científico le echó una mirada que decía: «Así que anoche no hubo polvo».

—Por cierto. Te han llamado antes. Un tipo. Tenía una voz muy *sexy*. No me ha dado su nombre. Solo me ha dicho que volvería a llamar.

La muerte siempre tenía que ver con las relaciones. Te matan porque te quieren. Te matan porque no te quieren. También hay muerte porque nadie quiere a nadie. Amor y odio; odio y amor.

¿Y qué ocurría con aquel caso? ¿Por qué había muerto aquel chico? Parecía que había ido a aquella habitación en busca de sexo. No había señales de lucha, al menos hasta que le habían apretado aquella cuerda alrededor del cuello; y ni aún entonces. Más bien parecía que al que estaba jugando con él se le había ido la mano.

El doctor Sissons había confirmado que la muerte se había producido por asfixia durante una práctica de sexo anal. «Probablemente, las ligaduras se habrían utilizado para evitar que llegase oxígeno al cerebro y así estimular el orgasmo», había afirmado.

—¿Entonces la muerte no fue premeditada? —preguntó Rhona.

—Existen evidencias que sugieren que el chico ya había participado en este tipo

de actividades con anterioridad. Existían moratones más antiguos en la misma zona, aunque menos pronunciados. Probablemente, otras veces le pusieran una almohadilla entre la cuerda y el cuello.

—Pero en esta ocasión no lo hicieron, ¿me equivoco?

—No. Esta vez la presión fue tan fuerte que le hizo perder el conocimiento, y aún más. Con independencia de lo que el chico aceptase hacer, no creo que quisiera morir.

—¿Y qué hay de la mutilación?

—Definitivamente fue *post mortem*, probablemente producida por mordiscos. El tajo del pene presenta forma elíptica. Me he tomado la libertad de llamar a la unidad de Odontología. Espero que no te importe.

Al doctor Sissons le gustaba creer que existía cierta rivalidad entre los diferentes departamentos forenses. Y aunque así fuera, Rhona no iba a darle alas.

—He localizado saliva en los pezones y en el hombro —afirmó.

—Bien. También hemos encontrado semen en el frotis anal. ¿Qué sabemos de la cortina?

—Seguimos trabajando en eso. Parece que se haya usado más de una vez. Nos tomaremos el tiempo necesario para analizarlo todo con cuidado. Podría haber fibras o sangre vieja —sugirió Rhona—. ¡Ah, y he encontrado dos cabellos en la región púbica!

—¿Y no son del muchacho?

—Aún tengo que comprobarlo, pero uno es oscuro, así que no creo que sea suyo —concluyó Rhona, quien se detuvo un segundo para luego proseguir—. Supongo que aún no sabemos quién es el chico.

—No. El examen *post mortem* sugiere que aún era un adolescente, entre los dieciséis y los veinte. Gozaba de buena salud. No encontramos evidencia alguna de abuso de drogas. No era fumador. Estaba bien alimentado. Tus biólogos forenses están disfrutando del dudoso placer de examinar el contenido de su estómago, así que pronto sabremos lo que había comido antes de morir. Con un poco de suerte habrá *curry* y la policía podrá empezar a investigar todos los restaurantes que lo sirven en Glasgow para ver si alguien le reconoce. Y una cosa, doctora MacLeod.

La voz del doctor Sissons se mostró amable.

—¿Sí?

—Ningún miembro de su familia ha desaparecido, ¿verdad? El chico guarda un asombroso parecido físico con usted.

Rhona le aseguró que, por lo que ella sabía, toda su familia estaba perfectamente.

Rhona levantó la cabeza del microscopio. Un velo de lluvia rozaba la ventana, pero, aquí y allá, se iban abriendo claros en el nublado cielo por los que comenzaban a colarse los rayos del sol. El parque que se encontraba al otro lado del laboratorio estaba tranquilo: solo unas cuantas mamás con sus niños jugando en los columpios y

una pareja que caminaba del brazo. Mientras los observaba, el muchacho se detuvo junto a un grupo de árboles, se agachó, recogió una campanilla azul y se la entregó a la chica. Comenzaron a besarse.

Seis meses antes, Rhona había tenido que pasar sobre otra cinta amarilla en el mismo lugar en el que la pareja se encontraba ahora. Resultó ser un estudiante, asesinado cuando volvía a casa después de asistir a un baile que había celebrado la Unión de Estudiantes. El crimen de la noche anterior, pensaba Rhona, era el cuarto en aquel año. Todos habían sido hombres jóvenes.

Los dos primeros habían muerto en asaltos violentos sin evidencia alguna de actividad sexual, pero el del parque había sido diferente. Tenía todo el sello de un ataque homófobo. El estudiante era gay y se encontraba en un área de ligue muy conocida en el ambiente. Su pecho y sus brazos estaban cubiertos de marcas de patadas, y su cráneo estaba hundido por el golpe de un instrumento romo que nunca llegó a encontrarse. Habían realizado una buena batida por toda la zona para encontrar restos dejados por el asesino, o los asesinos. Pero todo había sido en vano. Una noche entera de lluvia pertinaz había lavado el área, llevándose consigo cualquier pista que hubiera podido existir.

Había un detalle que conectaba aquel asesinato con el que tenían ahora entre manos. La víctima llevaba al cuello una fina tira de cuero de la que colgaba una cruz celta. En el examen *post mortem*, el patólogo había encontrado unas marcas alrededor del cuello que parecían indicar que se había estirado de aquel fino collar durante el asalto. ¿Sería posible que aquel gesto formase parte de una agresión sexual violenta?

Cuando Sean descubrió lo que Rhona hacía para ganarse la vida, había empezado a llamarla alegremente señorita Muerte. A ella no le importaba lo más mínimo; le encantaba su trabajo. Le gustaban aquellas tareas, toda la rutina, incluso el concienzudo cuidado que tenían que poner en todo lo que hacían. Había abandonado la Medicina porque la encontraba demasiado deprimente. Había demasiada gente enferma para su gusto, y demasiado poco que hacer para ayudarla. En cambio, la ciencia forense era diferente. Aquí sí podía ayudar, siempre y cuando estuviese dispuesta a buscar la verdad. Y eso la fascinaba. La verdad permanecía oculta a sus ojos hasta que era capaz de encontrar la pregunta adecuada a la que responder. Al final, lo que revelaba la verdad era la causa de lo sucedido y no los hechos concretos.

Tal vez por eso no habían podido localizar al asesino. Tal vez, en aquella ocasión, habían interpretado mal la pieza del rompecabezas que llevaba escrito el porqué.

La pareja que paseaba por el parque se había alejado hacia la Galería de Arte y ahora subía por las escaleras para refugiarse bajo el ornado pórtico, que los resguardaría de la lluvia. Rhona volvió a su microscopio. Quería apartar la galería de su mente lo antes posible. Llevaba haciéndolo desde el viernes anterior, cuando había decidido ir allí a tomar su almuerzo y había descubierto entre la gente una gabardina azul dolorosamente familiar bajo una mata de pelo oscuro.

Trató de concentrarse en el siguiente portaobjetos, para intentar ignorar así el

nudo que se le había hecho en el estómago.

—¿Te apetece salir a comer? —le preguntó Chrissy desde el vano de la puerta.

Rhona negó con la cabeza.

—Vale, entonces te traigo un sándwich.

Chrissy no se lo estaba preguntando, solo le informaba. Era como tener a su madre trabajando para ella.

Rhona vio que su compañera salía del edificio. Un tipo cruzó desde el otro lado de la calle para reunirse con ella. Observó cómo la afeitada cabeza del hombre se inclinaba para saludarla, sin sacar las manos de los bolsillos. Pareció que Chrissy le estuviera dando de comer con la mano. Debía de ser uno más de la larga lista de novios de la chica, o alguno de sus hermanos, que venía a gorronear, pensó Rhona.

Bill Wilson se puso en contacto con ella a media tarde y le preguntó qué tal iba la investigación. Le dijo lo mismo que al doctor Sissons.

—Ahora mismo estoy trabajando con el pelo —le informó—. Nos va a llevar bastante tiempo examinar toda la colcha, pero los vasos del güisqui ya os los podéis llevar. Ya he terminado con ellos.

—Gracias, aunque no tengo muchas esperanzas de que vayamos a encontrar en nuestros archivos las huellas del sospechoso —dijo Bill, resignado—. Por cierto, la historia ha copado todo el periódico de la tarde.

—Lo sé.

Rhona oyó un corto pero claro gruñido de disgusto.

—Si alguien te viene a dar la lata para que le des información...

—Ya sé. No tenemos nada nuevo. ¡Ah! Bill —dijo, después de dudar un segundo—, ¿tenías razón?

—¿Sobre qué?

—Sobre que podía ser inglés.

—No hemos descubierto quién era el chico ni de dónde venía. Pero puedes leer toda la información en el *Glasgow News*. Ellos siempre saben más que nosotros.

Rhona dejó el trabajo a las cinco en punto. Tenía los ojos cansados de mirar por el microscopio y ya hacía mucho que se había tomado el sándwich del almuerzo. Chrissy se había marchado a las cuatro, alegando que tenía problemas domésticos que resolver. Una simple mirada a su cara convenció a Rhona de que no debía hacer más preguntas.

A aquella hora, lo único que quería era algo sustancioso para comer y un buen baño caliente. Aunque eso implicaba tener que enfrentarse a Sean. Comenzó a arreglar el laboratorio, archivó metódicamente todas sus notas y guardó las muestras en un esfuerzo por retrasar el momento del regreso a casa.

Fuera, la lluvia se había ido desplazando hacia el norte, en dirección a Campsie Hills. El cielo se había despejado y ahora presentaba un color azul apagado. Estaba a

veinte minutos de su domicilio y mientras la tarde se mantuviese agradable, no veía razón para coger un autobús, ya que terminaría atascada entre el tráfico, así que se dirigió a Byres Road.

Sabía que Sean ya habría comprado algo para el té, pero de todos modos se paró en la tienda de pasta. El señor Margiotta le dio la bienvenida con su discursito habitual y, después de convencerla de que probase sus canelones de espinacas y *ricotta*, añadió a la cuenta un bote de salsa de tomate y albahaca.

—Te encantarán —prometió, con una sonrisa socarrona.

Exactamente lo que le hacía falta en aquel momento.

Antes de meter la llave en la cerradura, Rhona se tomó cinco minutos para decidir lo que iba a hacer. Una parte de su ser deseaba poder olvidar lo que había visto en la Galería de Arte, pero era como una pista forense: no podía ignorarla. Era igual que una de las muestras de semen con las que trabajaba. Tenía que saber a quién pertenecía.

Cuando abrió la puerta del piso, el intenso olor del aceite de oliva y el ajo le dieron la bienvenida a casa.

—Hola —le gritó Sean desde la cocina.

Estaba cortando verduras junto al fuego. Se dio la vuelta y le sonrió, mientras se secaba las manos en un paño de cocina.

—Tienes aspecto de cansada —le comentó—. ¿Te preparo un café? ¿O prefieres una copa?

—Lo que quiero es darme un baño.

Él se le acercó y ella forzó una sonrisa de fatiga.

—Vamos —le dijo él.

Lo único que a Rhona le apetecía era estar metida en el baño sola y con la puerta cerrada, pero Sean la introdujo en la estancia de la mano, abrió los grifos y comenzó a desnudarla. A su espalda, el agua golpeaba la bañera, fría y caliente, igual que sus pensamientos. Él se sentó en una silla e hizo que ella se sentase sobre sus rodillas, mientras le frotaba la parte posterior del cuello con una mano y probaba la temperatura del agua con la otra. Cuando la encontró perfecta, cerró los grifos.

—Entra. Está muy agradable.

Ella se metió en el agua como una niña obediente.

—Te avisaré cuando esté preparado el té.

Al salir, dejó la puerta abierta. Ella se inclinó hacia delante y la cerró bien.

—¡No eches el pestillo! —le advirtió Sean—. Te voy a llevar un vaso de vino.

Rhona se sentó ya derrotada, se echó hacia atrás y cerró los ojos.

Sean entró en dos ocasiones. La primera para llevarle el vino que le había prometido y la segunda, con la botella, para rellenarle la copa. Esta vez, Rhona ni siquiera abrió los ojos, a pesar de que él se colocó de rodillas al lado de la bañera para

que pudiese sentir su cálido aliento sobre la cara. Entonces, sus rodillas se separaron y el agua formó un hueco entre ellas, golpeando los lados de la bañera en una oleada de emoción, mientras la mano de Sean avanzaba suavemente muslo arriba.

A eso se le llamaba preparar a una mujer. Sean era genial haciéndolo. Rhona se incorporó y abrió los ojos.

—¿Estás mejor ya? —le dijo con una sonrisa, mientras sus ojos azul oscuro se mostraban llenos de confianza.

Ella se puso en pie y él le dio una toalla, y luego la bata.

—Ni te vistas —le dijo.

A Sean le encantaban las mujeres. Se encontraba a gusto en su compañía. Pero lo que más le gustaba era llevárselas a la cama. Tocaba su saxofón con la misma concentración sensual que dedicaba al sexo. Lo mecía, lo acariciaba, apretaba las teclas justas y hacía que el aire entrase en su interior hasta que el instrumento chillaba de placer. Pero, últimamente, Rhona había notado una diferencia. Se había dado cuenta de que ella no era para él un instrumento, sino más bien un juego, lo cual cambiaba las cosas por completo.

—¿Ha estado bien? —le preguntó Sean.

—Delicioso.

—He puesto la pasta en la nevera. Estará muy buena mañana por la noche.

Habitualmente, actuaba en un club del centro los viernes por la noche. El *Ultimate Jazz Club* era oscuro e íntimo. Los viernes siempre estaba a rebosar. Su actuación comenzaba a las diez en punto y no acababa hasta las dos, aunque Sean solía quedarse en el local hasta el amanecer. A Rhona le encantaba verle tocar, observar cómo sus expertas manos arrancaban toda la emoción de aquel instrumento dorado. Se sentaba frente a él y lo miraba igual que la noche en la que se habían conocido. En aquella ocasión, lo habían contratado para que tocara en una recepción a la policía que se celebraba en el club. En uno de los descansos, se había acercado a su mesa y le había preguntado si le importaba que charlasen un rato. Le había resultado tan natural que no había podido rechazarlo. Además, había tenido pensamientos eróticos sobre él toda la noche. Se quedó hasta tarde, cuando la banda bajó el ritmo y comenzó a tocar una suave música *soul* mientras la gente iba abandonando el local. Él acabó de guardar su equipo y se marcharon juntos, y juntos habían permanecido desde entonces.

No puedo volver al club, pensó. No ahora que lo sé.

Sean estaba de pie y silbaba mientras organizaba las tazas y ponía café recién molido en la cafetera.

—El viernes fui a la Galería de Arte —se oyó decir Rhona a sí misma con voz indiferente.

Al principio Sean no respondió, y ella se preguntó si la habría oído. Muchas veces

él se abstraía por completo del mundo mientras silbaba, mientras concebía una nueva canción en su cabeza. Pero aquella no era una de esas ocasiones. La había oído perfectamente.

Acercó la cafetera a la mesa y sirvió el café. Volvió a silbar, y terminó la canción antes de pronunciar la primera palabra.

—Aquí la gente normal va a los museos. Eso me encanta. Me recuerda a Dublín.

Su voz sonaba impasible y tranquilizadora. Desde luego, no iba a armar un escándalo por todo aquello. Se produjo un silencio. Rhona acarició su taza.

—El viernes estabas en la galería —le dijo.

—Sí.

¿Aquello había sido una pregunta o una respuesta?

—Estabas con una mujer —prosiguió.

—Sí.

Sean tomó un sorbo de café y volvió a dejar su taza suavemente sobre el plato. Siempre lo hacía todo así, con ademanes firmes y sutiles a la vez de sus grandes manos.

—¿Quién era?

Rhona trató de decirlo como si el asunto no le importase.

Sean la observó con detenimiento, y sus ojos se cruzaron con los de ella.

—Una mujer a la que conozco y a la que le gustan las galerías de arte —respondió.

—Como a mí.

—No —negó con la cabeza—, como a ti, no.

Se atusó el pelo con las manos.

Le han molestado mis palabras, pensó ella. Esperó a que le dijese algo más, pero luego, cuando él lo intentó, le interrumpió:

—Rhona...

—¿Te la estás tirando?

—¿Que si me la estoy tirando? —repitió sus palabras de forma tan suave que parecieron perder todo el sentido—. Eso no es lo que importa.

—Para mí sí —dijo ella, enfadada.

Él no respondió. En la distancia, Rhona oyó el repique de las campanas de una iglesia. Llegó a contar ocho antes de que él volviese a hablar.

—Importa porque tú quieres que importe —replicó con tranquilidad.

Sean nunca se mostraba abiertamente enfadado. Cuando se alteraba o irritaba siempre daba la impresión de no comprender por qué se había armado semejante revuelo. A veces Rhona deseaba que pelease con ella, que diese rienda suelta a sus pensamientos. Pero él nunca lo hacía, y ella siempre terminaba a sus pies como un perrillo.

—Si te digo que no, ¿te lo creerás? —le preguntó.

Rhona ya sabía que iba a ser así.

—Escucha —prosiguió, mientras alargaba la mano por encima de la mesa y le agarraba la barbilla para obligarla a mirarle a la cara—. Ni cocino para ella, ni toco para ella, ni le doy masajes en el cuello cuando está cansada.

La mano del hombre dibujó suavemente la curva de su cara.

Dejaron la mesa sin limpiar y pasaron a la sala de estar. Sean encendió la chimenea y cerró las cortinas. Se sentó en el sofá, le hizo sitio a su lado y la cogió en sus brazos. Rhona se deslizó hasta colocarse muy cerca, pegada a él, y dejó que su cabeza descansase sobre el pecho de su pareja, mientras su mente trataba de imaginar cómo sería la vida sin él.

Cuando sonó el teléfono, fue Sean quién se levantó y contestó.

—Es para ti —le comunicó—. Es un hombre, pero no me ha dicho su nombre.

La expresión de Sean se mantuvo impertérrita.

Ella cogió el teléfono y él salió de la estancia. Desde el dormitorio pudo oír el fluir de las notas de su saxo.

—¿Sí?

—¿Rhona? Soy Edward. Edward Stewart.

Aquella aclaración era totalmente innecesaria. Como si Rhona no fuera a reconocer aquella voz en cualquier lugar y en cualquier momento.

El hombre se aclaró la garganta y prosiguió:

—¿Sería posible que hablásemos sobre cierto asunto?

—No.

—Rhona, esto me está costando muchísimo...

A él las cosas siempre le costaban muchísimo, como si fuera al único.

—Que te jodan, Edward —dijo ella, mientras ya se disponía a colgar el teléfono.

—Rhona, espera, por favor. Es importante.

Algo en su voz la detuvo.

—¿Podemos vernos? —le pidió.

La mujer se oyó aceptar.

—Mañana. ¿Te va bien a las diez y media?

La voz de Edward volvía a parecer confiada cuando se despidió. Había conseguido lo que quería, pensó ella. ¿Qué tipo de asunto querría discutir? ¿Se trataría de un asunto de su bufete de abogados, o de las elecciones parciales que, a buen seguro, esperaba ganar el mes siguiente? ¿Y por qué no iba a hacerlo?, se dijo. Hacía tres años que no hablaban y en aquella ocasión solo lo habían hecho con el banquillo de un juzgado de por medio. No le había gustado nada que las pruebas que ella había aportado mandasen a su cliente a la cárcel. A él nunca le había gustado perder.

Sean aún estaba tocando su saxofón, pero en aquel momento interpretaba una canción que Rhona había acabado por considerar suya. Se trataba del mismo tema, solía decir él, que estaba tocando cuando se enamoró de ella.

Sabía que en aquel momento aquella melodía constituía una propuesta de paz.

Sean no le iba a preguntar quién era el hombre del teléfono. Tampoco le iba a interrogar acerca de si se había acostado con él en el pasado, o si aún lo hacía en el presente. Y no se lo preguntaría porque aquello no iba a cambiar lo que sentía por ella.

Rhona solo lamentaba que las cosas no fuesen tan sencillas para ella.

Capítulo 4

Había momentos en los que Bill Wilson pensaba que llevaba demasiado tiempo trabajando en la policía. Estas ideas negativas solían aflorar cuando Margaret, su esposa, le echaba la bronca por hablarles a sus dos hijos adolescentes «como si los estuvieses interrogando», o cuando (como la noche pasada) había pedido que un coche de la policía secreta siguiese a su hija Lisa a la salida de un club. De verdad que era irónico. Después de aquel último asesinato, tendría que haber pedido a la patrulla que custodiase a su hijo Robbie, en vez de a la niña. Aunque lo cierto era que tanto uno como el otro se habrían subido por las paredes de haberse enterado. Tener un padre policía nunca había sido fácil. Cuando Lisa se quejaba de que se pasaba de protector, lo único que podía alegar en su defensa era que él era un hombre y que sabía cómo pensaban los hombres.

Formaba parte de su trabajo meterse en las mentes de los depravados. Bill sospechaba que si su familia hubiese sido capaz de imaginarse lo que estaba pensando la mitad del tiempo, habrían recogido sus pertenencias y lo habrían abandonado hacía ya mucho tiempo.

Cuando le había comunicado a Rhona MacLeod que creía que la última víctima trabajaba habitualmente como chaperero, aunque fuese de lujo, no podía estar más equivocado. En el ambiente no lo conocían y empezaba a tener la impresión de que se trataba más bien de un chico que se había escapado de casa. Desde luego, si se dedicaba al negocio, debía de ser desde hacía muy poco tiempo.

Lo suficiente, sin embargo, para haber acabado muerto.

Se quedó mirando la fotografía que tenía sobre su escritorio. La mayor parte de las que se tomaban en los fotomatonos no tenían más propósito que el de ser una pequeña broma. Solían verse dos o tres caras muy juntas, con aspecto hilarante y los ojos rojos a causa del *flash*.

Pero aquella foto no era así.

El chico se había colocado frente a la cámara con todo cuidado. Vestía de forma elegante, con una camisa de cuello estrecho abrochada hasta arriba y una chaqueta de color azul oscuro. Su espeso y rizado cabello no se había dejado domar ni siquiera para la foto, y al caerle sobre uno de los ojos, le daba un aspecto un tanto infantil y vulnerable. No había duda. La forma de su mandíbula, la nariz bien proporcionada, los ojos... El parecido con Rhona era innegable.

Bill se recostó en su vieja silla de cuero, la misma que no permitió que tirasen cuando le renovaron la oficina.

En aquella silla podía pensar, aunque el superintendente creyese que rompía con el resto de la decoración.

Estaba seguro de que no podía tratarse de un chaperero. Incluso atado y muerto en aquel sórdido y minúsculo piso, no parecía un chaval de la calle, y tampoco tenía ese

aspecto en la fotografía. ¿Para qué querría una foto así? Bill pensó en su propio hijo. Dieciséis años y ni la mitad de civilizado. ¿Para qué querría Robbie hacerse una foto tan formal? ¿Tal vez para alguna tarjeta de identificación?

Se incorporó y apretó un botón de su escritorio. Tras unos cuantos zumbidos insistentes, la puerta se abrió y la agente Clarke asomó la cabeza.

—Busca en las universidades y otros centros docentes, Janice. Preguntas si alguno de sus alumnos se ha ausentado sin permiso.

—¿Cree que podía ser un estudiante que quería conseguir algo de dinero?

Ya habían amonestado a un periódico estudiantil por ofrecer trabajos en una sauna local para «estudiantes jóvenes y dispuestas que necesiten dinero extra». El editor había retirado el anuncio, pero, desde luego, no se había arrepentido. Opinaba que era un modo tan legítimo como cualquier otro de pagarse la educación.

—Vete a hacer una visita a aquel periódico. Preguntas si han tenido alguna petición para poner un anuncio en el que se pidiesen chicos jóvenes y dispuestos.

Janice levantó una ceja en señal de disgusto.

—Y ponte al teléfono con la doctora MacLeod. Tal vez haya encontrado algo que pueda confirmar nuestras sospechas.

Pero la doctora MacLeod no estaba disponible.

—Chrissy dice que se marchó hace dos horas y que aún no ha vuelto; que fue a reunirse con un hombre misterioso de voz sensual.

—Agente...

—Es lo que dice Chrissy, señor; son sus palabras, no las mías. Me ha dicho que volverá a ponerse en contacto con nosotros cuando sepa algo.

Al margen del día y la hora que fuese, la Galería de Arte y el Museo Kelvingrove siempre estaban a rebosar. Aquella mañana, además, había una clase de la Escuela de Arte de Glasgow. Los alumnos estaban arremolinados en las escaleras situadas al sur del edificio, las que conducían a la sala principal, con sus cuadernos de dibujo sobre las rodillas. A Rhona la sala principal del museo le parecía una maravilla; todas y cada una de sus obras de arte lo eran. Una acrópolis de estatuas lo dominaba todo desde un balcón del primer piso. Eran como apariciones de suave mármol blanco, las mismas que Rhona había acariciado de niña. El sol de principios de primavera se filtraba por las vidrieras y creaba un baile de arco iris sobre la oscura madera pulida.

Un grupo de una escuela primaria caminaba en zigzag hacia la sala de los dinosaurios. Rhona, que deambulaba tras ellos, observaba cómo levantaban la mirada con un temor reverencial mientras recorrían con sus ojos aquellos esqueletos tan cuidadosamente reconstruidos. Un chavalito rubio se apartó del grupo para echar un vistazo por un microscopio a los restos fosilizados de un mosquito que habían quedado atrapados para la eternidad en la savia de un árbol convertida en ámbar. *Jurassic Park llega a Glasgow*, pensó Rhona. *Pero ¿qué importa si hace que este crío*

piense y se haga preguntas?

Su padre solía llevarla a aquel mismo lugar y mientras recorrían juntos las interminables salas, ella le planteaba cientos de preguntas. Él se las contestaba todas. La mayor parte de las respuestas eran pura invención, ahora lo sabía, pero no importaba, porque su interés y su capacidad de asombro sí eran reales, y se los había contagiado.

Edward, Rhona estaba segura de ello, llegaría puntual, así que decidió adelantársele para tener tiempo de serenarse. Cuando estaba con él, siempre tenía la impresión de que intentaba manipularla, de que trataba de conseguir algo de ella. E incluso después de tantos años, aún tenía la capacidad de hacerla sentir como una auténtica inepta. Aunque en los juzgados era diferente. Allí, ella presentaba hechos, sopesaba las cosas de forma objetiva, tomaba decisiones racionales. Allí, Edward no lograba desconcertarla.

Dejó al muchachito escudriñando la compleja genética del dinosaurio y escribiendo con su lápiz en un cuaderno de notas, y se dirigió a la cafetería. Quería estar ya sentada cuando llegase su cita.

Edward Stewart atajó para meterse en el aparcamiento y se interpuso en el camino de un destartado mini rojo. Se arrepintió casi de inmediato, cuando un rápido vistazo le reveló que el conductor era nada más y nada menos que una mujer joven y atractiva. Disminuyó la marcha y le hizo un gesto amigable de disculpa, esperando dar la impresión de que la temeridad de la maniobra se había debido a que tenía la cabeza en otra parte (lo cual era cierto), y obtuvo como recompensa una apabullante sonrisa.

Había muy pocos coches en el aparcamiento, pero sabía que eso no significaba que la galería estuviese vacía. Lo único que deseaba era que no hubiera una horda de ruidosos escolares por allí cuando se reuniera con Rhona. De pronto cayó en la cuenta de que tal vez no fuese el lugar más adecuado para lo que tenía que decirle.

Echó el freno de mano y esperó un momento antes de apagar el motor, ya que quería deleitarse unos segundos con el suave ronroneo de la enorme maquinaria de su vehículo. Se miró en el retrovisor. Admiró su propio bronceado, resultado de la estancia durante toda una quincena en Paxos, con Fiona. Se colocó el pelo y el nudo de su corbata nueva de seda italiana que se había regalado como recompensa por el caso Giuliano, y le echó al espejo una confiada sonrisa. *Piensa en positivo*, se dijo a sí mismo, *eso siempre te funciona*.

Salió del coche, dirigió el mando hacia él y esperó a oír el sonido indicativo de que las puertas se habían cerrado. Ya de antemano, tenía decidido que solo le contaría a Rhona lo imprescindible; confiaría en su necesidad de privacidad y en la integridad de ella. Ambas cosas, sabía por experiencia, eran valores extremadamente arraigados en Rhona.

La sala principal confirmó sus peores temores. El lugar estaba atestado de niños de primaria que estudiaban los fondos. Echó un vistazo a su reloj. Eran las diez y veinticinco. Treinta y cinco minutos antes de que toda aquella marabunta humana bajase a la cafetería a por patatas fritas y cocacola.

Distinguió a Rhona entre la gente y por un segundo se quedó perplejo. Llegar con antelación le habría dado ventaja. Haberla visto llegar, sonreírle y ponerse en pie. Rhona, por lo general, llegaba tarde, y él había supuesto que en aquella ocasión no sería diferente.

Fue entonces cuando ella volvió la cabeza y lo vio. El sonido de su voz al llamarlo hizo que se le contrajera el estómago. Instaló en su cara la mejor de sus sonrisas y caminó hacia la mesa. Como siempre, se imaginó el aspecto que debía tener mientras se aproximaba a la mujer, e hizo los últimos ajustes para mejorar su ya impecable imagen. Rozó levemente su mejilla con los labios.

—Me alegro de verte —le dijo.

Aquella mentira no pasó desapercibida para Rhona, e inmediatamente Edward se lamentó de no haber elegido unas palabras más apropiadas para presentarse. Trató de salvar la situación.

—¿Te traigo algo?

Ella negó con la cabeza.

Edward se dirigió a la barra, molesto al darse cuenta de que toda la confianza que su bronceado y su corbata de seda le habían proporcionado minutos antes habían desaparecido de un solo plumazo.

Rhona, sin expresión alguna en la cara, estaba esperando a que él iniciase la conversación. Tenía la misma mirada que le dedicaba siempre que sabía que él iba a pedirle algo. Aquella mirada que él siempre se había esforzado por borrar, fuera por medios honestos o no tan honestos. Y esta no era una excepción.

Cuando el secretario del distrito electoral le llamó para ofrecerle la candidatura, Edward se puso tan contento que hubiera podido empezar a saltar y dar puñetazos al aire mientras gritaba y vitoreaba de forma desenfrenada. Eso es lo que habrían hecho sus hijos. Pero él, en cambio, se limitó a aceptar, a irse caminando con enorme parsimonia a la sala de estar, a servirse dos vasos grandes de güisqui y a ofrecerle uno a Fiona. Ella lo tomó en su delicada mano sin mediar palabra y lo levantó en el aire. El triunfo era casi tan suyo como de él. Aquello también era lo que siempre había deseado.

Jonathan y Morag estaban arriba, pero no los llamaron para darles la buena nueva. Los adolescentes no entendían; eran incapaces de comprender el significado de semejante acontecimiento.

Aquella tarde se quedaron en casa, juntos, y se dedicaron a recrearse en sus mutuas felicitaciones, rellenarse los vasos de güisqui y comentar las implicaciones de

lo que les estaba ocurriendo. El puesto que se le ofrecía era, sin duda alguna, de lo más prometedor. Pocos cargos había en Escocia tan interesantes como aquel. Si todo iba bien, su futuro estaba asegurado. Era cierto que el trabajo estaba menos relacionado con las leyes, pero eso ya lo había pensado de antemano. Pertenecía a varias juntas directivas y su conocimiento del marco legal europeo le había permitido realizar labores de consultoría en múltiples ocasiones. Convertirse en diputado solo vendría a mejorar la ya confortable existencia que Edward Stewart se había forjado a lo largo de los años.

Rhona ya había esperado suficiente.

—¿Y bien?

—Has sido muy amable viniendo —respondió el hombre.

—Déjate de palabrerías, Edward. Yo no soy uno de tus futuros votantes. Los dos sabemos que no me habrías pedido que me reuniese contigo si no fuera absolutamente necesario —le espetó con una voz que no temblaba de emoción.

Vio que la expresión de su interlocutor se volvía tensa por un momento y, un segundo después, se tornaba una vez más amable y fría. Fuera cual fuera el discurso que había preparado, estaba claro que estaba sufriendo drásticos cambios de última hora.

—¿Y? —insistió ella.

—Vale, vale. Dame un respiro.

Rhona esperó.

—Te pedí que vinieras esta mañana porque... —Se produjo una pausa. Intentaba ser sincero— necesito tu ayuda.

Silencio. Entonces, la voz de Rhona dijo, llena de incredulidad:

—¿Que necesitas mi ayuda?

Estaba logrando que se retorciese de rabia, y debía admitir que disfrutaba con ello. Por un momento pareció que Edward iba a mandarlo todo al traste, pero entonces volvió a reconsiderar su actitud, por enésima vez en los escasos minutos que llevaban juntos.

—No hay razón alguna para que no podamos mantener una relación civilizada; después de todo, hace tiempo estuvimos muy unidos.

—Sí, pero ya no lo estamos.

—Eso no es culpa mía. —Su voz adquirió un tono petulante—. Recuerda que fuiste tú la que me echaste de tu lado.

—Sí, justo después de que llegase a casa y te encontrase utilizando el piso para un polvo de media tarde con la secretaria del juzgado, si mal no recuerdo.

—Si tenía que buscar afecto en otra parte... —empezó a reprocharle él.

—Ni se te ocurra echarme la culpa de aquello.

Rhona tenía el corazón alborotado. La situación era del todo ridícula. Estaba

discutiendo por algo que había sucedido hacía siglos. Se puso en pie.

—No, por favor, no te vayas.

Edward la agarró del brazo.

—Tienes razón. Fue todo culpa mía. —Aquella vez su voz sonaba a disculpa.

Volvió a sentarse, emocionalmente exhausta. Dejaría que Edward dijese lo que tenía que decir y después se marcharía.

—Después de todo, tú estabas enferma... —continuó, tratando de encontrar las palabras correctas—, por lo del incidente.

Ella se quedó mirándolo, atónita.

—Tenía que haber hecho ciertas concesiones, pero necesitaba...

—¿Sexo?

Ahora sí que estaba molesto.

—No, necesitaba compañía. Tú apenas me hablabas, por no mencionar... Bueno, de eso era precisamente de lo que quería hablarte.

—¿De tus pulsiones sexuales?

Él se aclaró la garganta.

—Eso no tiene gracia, Rhona. Me refería al incidente, por supuesto.

—¿El incidente? —repitió incrédula.

Todo el sentimiento de histeria que Edward había generado en su interior estaba transformándose en algo mucho más perverso. No podía referirse a lo que ella estaba pensando. Pero eso del «incidente»... Por supuesto. De qué otro modo iba él a llamarlo. Sin embargo, tenía que preguntárselo. Tenía que oírsele decir.

—¿Qué incidente?

Él ignoró la pregunta, lo cual solo podía significar una cosa: que Rhona estaba en lo cierto. Edward retomó su discurso, esta vez con voz un poco más firme. De pronto, ella se dio cuenta de que tenía la mirada clavada en su boca, la boca de la que había salido semejante palabra.

—Quería hablar contigo antes de las elecciones parciales^[2] —le explicó.

Rhona dirigió la mirada por encima de su hombro. El chavalín de la sala de los dinosaurios se dirigía a la cafetería. Parecía nervioso y agarraba fuertemente un cuadernillo abierto. Su profesor se agachó para mirar el dibujo y le dedicó unas cuantas alabanzas, casi en silencio.

—¿Rhona? —La voz de Edward sonaba irritada.

—¿Por qué me estás sacando ahora este tema, Edward? Pasó hace diecisiete años —dijo ella, sin atreverse siquiera a mirarlo a la cara.

—Ya sabes cómo se ha puesto hoy en día la prensa. —Su voz cobró un tono chistoso—. Una historia así sobre un candidato a diputado sería la comidilla de todo el mundo. Además, no me gustaría que tu intimidad se viese violada.

—¡Mi intimidad!

Las palabras explotaron en su interior y el grupo de escolares que estaba en la mesa contigua se quedó en silencio, con toda la incomodidad que puede sentir un

niño junto a unos adultos que mantienen una discusión. Edward también parecía sentirse molesto, pero se contuvo y sonrió levemente. Su enojo se había convertido en una intensa irritación y Rhona podía sentirlo. Ella siempre le había exasperado. Siempre que se ponía «emocional», como solía decir él.

—Tengo que marcharme —le dijo, ya en pie y mirando el reloj.

—De acuerdo.

Edward también se incorporó. Había hablado con tal firmeza que parecía que la reunión la hubiera concluido él.

—Te acompaño a cruzar el parque.

—Ni se te ocurra.

El dio un paso atrás, sorprendido.

—Adiós, Edward. Y, por cierto, no vuelvas a llamarme nunca más.

Capítulo 5

Rhona se marchó de la galería por las puertas dobles, deseando que estas se cerrasen con un buen golpe y acabasen dándole a Edward en mitad de su cara de necio condescendiente. Tenía que habérselo esperado. ¡El «incidente»! ¿Cómo podía referirse así a Liam?

Se dirigió hacia Kelvingrove Park. A su espalda, los niños de la escuela primaria se reían y gritaban mientras bajaban corriendo las escaleras y subían a su autobús. Ella se encaminó rápidamente por la avenida rodeada de árboles en dirección al río. Trataba de no oír el sonido de sus risas. Al llegar al puente se detuvo, casi sin aliento. A sus pies, el agua se movía lentamente entre matas de helechos. Se apoyó contra la barandilla metálica y se quedó mirando un remolino del color del lodo que hizo que su mente se perdiera en los recuerdos.

Volvió a revivir la mañana en la que se habían llevado a Liam. La enfermera le había dado una pastilla que evitaría que le subiese la leche. Sentía cómo sus pezones, dolorosamente blandos, rozaban contra el camisón, y veía cómo se dibujaban en el algodón blanco unos oscuros círculos. Liam estaba echado en su cuna junto a ella, lavado y cambiado. Alargó la mano y le tocó la cara. Sus párpados, recorridos por azules venas, temblaban al roce y su pequeña boca comenzaba a succionar de la nada. Recordaba su silueta, sus largas piernas dobladas en el aire mientras trataba de cambiarle los pañales, aquellos pliegues de piel que con el tiempo se irían rellenando. Le habían dicho que era un niño perfecto, que no se preocupase por la marca de nacimiento, que la manchita en forma de fresa que tenía en la cara interna de su pierna derecha acabaría por desaparecer.

Cuando le dijo a Edward que se había quedado embarazada, él se había mostrado muy afectuoso. La había rodeado con el brazo y ella se había apoyado en él; pero había sentido cómo le retumbaba el corazón en el pecho. Trataba de decidir qué coño iba a hacer ahora. Estaba segura de que él no quería el bebé. Ella tenía diecinueve años y él veintiuno. Acababa de graduarse. Un bufete de abogados lo había fichado ya.

Eligió sus palabras con sumo cuidado. Su vida juntos acababa de comenzar, le dijo. No estaban preparados para tener un niño. Ella tenía que terminar su carrera y hacer el doctorado. Ella se lo creyó. Tampoco quería un bebé. Lo que quería era una carrera. Y eso fue lo que consiguió.

Cuando nació Liam, Edward ni siquiera se acercó por el hospital (era mejor así, le había dicho). Jamás había llegado a ver a su hijo.

Rhona apenas podía soportar el recuerdo. Hacía mucho que no le pasaba aquello. Pensar y sentir. Pensar en cosas que no podían cambiar. Y la culpa. Buscó en el bolsillo algo con lo que secarse las lágrimas. Lo mejor había sido alejarse de él lo máximo posible. Incluso profesionalmente, sus caminos rara vez se cruzaban. Edward

no era abogado criminalista. Los crímenes pasionales no eran su estilo. Eran demasiado desorganizados. Igual que tener un bebé en mal momento.

Rhona se sentó en un banco. Un hombre mayor se la quedó mirando como si fuese a hablarle, así que ella tosió tapándose la boca con su pañuelo, se sonó la nariz y él murmuró algo sobre que parecía que iba a llover. *Gracias a Dios, pensó ella, por esta mierda de tiempo escocés. Al menos, si llueve nadie me verá llorar.*

Y llovió. Sobre su cabeza se fueron cerrando las nubes, espesas y grises. Observó cómo se iban dibujando puntos alrededor de sus pies. Sintió cómo iban cayendo las gotas de una en una sobre su cabeza, y después todas a la vez. Se puso en pie y comenzó a andar de cara al aguacero.

Cuando regresó al laboratorio encontró un mensaje sobre el escritorio. Llena de remordimiento, echó un vistazo al reloj que había sobre la puerta. Eran las dos. Debía de llevar horas dando vueltas. Colgó el empapado abrigo y fue a lavarse la cara y a peinarse un poco antes de sentarse en su mesa.

El mensaje era breve. Rhona pudo percibir el disgusto en la forma en la que el bolígrafo había trazado las letras y en el punto final, que parecía querer atravesar el papel. A Chrissy le había molestado que desapareciera «cuando nos queda trabajo urgente por hacer». Había tenido que ir al laboratorio de química con unos restos de pintura y ni siquiera había podido empezar con las manchas de semen. Y la agente Clarke ya les había llamado para pedirles resultados.

Rhona se puso con el trabajo que tendría que haber estado haciendo en lugar de escuchar a Edward tratándola como a una cría. Chrissy había anotado en el cuaderno del laboratorio, y de forma meticulosa, los resultados de las pruebas que había realizado. El resto lo tenía entre sus apuntes. Había examinado en detalle las ropas del muchacho y tomado muestras del cuello y los puños de su chaqueta en busca de ADN. Todo lo que llevaba puesto era la típica ropa de adolescente, de la que se podía comprar en un montón de tiendas a lo largo de todo el país, y que tampoco les serviría para descubrir su identidad. Había dado con unas cuantas fibras en sus pantalones vaqueros que aún tenía que analizar. También había establecido el grupo sanguíneo del chico, a partir de la muestra tomada de su brazo la noche anterior, y la había comparado con la enorme mancha de la cama. El hecho de que coincidiesen no fue una sorpresa para nadie. El muchacho era del grupo A, como aproximadamente el cuarenta y dos por ciento de la población del Reino Unido. En lo concerniente al semen y a otras manchas de sangre presentes en la colcha, lo único que podían decir era que aún les quedaba mucho material que estudiar. Ah, y además el doctor Sissons les había enviado el cordón de seda para que lo examinasen. Ya no lo necesitaba ahora que había determinado la causa de la muerte.

Rhona se sentó frente al microscopio de comparación para contrastar el pelo de control que había tomado de la cabeza del muchacho con los dos cabellos (el oscuro y el claro) que había encontrado en su cuerpo. Probar que dos cabellos pertenecían a la misma persona resultaba complicado, pero demostrar que eran de dos personas

diferentes era bastante más fácil. Examinados con aquel aparato, los dos pelos, colocados uno al lado del otro, tenían el aspecto de dos secciones del tronco de un árbol, con rayas y motas. En el pelo de control la corteza era suave, mientras que en el otro la fibra capilar estaba significativamente abierta. La cutícula, el córtex y la médula del cabello más oscuro eran muy diferentes. Después examinó el pelo rubio, y se sorprendió al descubrir también grandes diferencias con el del muchacho. A primera vista, ninguno de los dos parecía pertenecer a la víctima. Por supuesto, podía llevarlos encima por el simple hecho de haber compartido una toalla, pero al menos era posible que uno de ellos perteneciese al asesino.

Rhona sintió cómo le recorría el mismo escalofrío de placer que experimentaba siempre que las piezas del rompecabezas empezaban a encajar. El laboratorio de ADN podría sacar todo un perfil de un solo cabello humano. Eso (y el semen) era todo lo que necesitaban para situar al asesino en la escena del crimen.

El perfil de ADN lo enviarían a la base de datos nacional escocesa de Dundee. Si no encontraban coincidencia con los allí archivados, entonces lo remitirían al sur, a la base de datos del estado. Si el asesino no aparecía en ninguna de ellas, tendrían que encontrar algún otro modo de dar con él.

Era difícil determinar la hora exacta del crimen. Probablemente ni siquiera existiese una hora exacta. Mientras se dedicaba a estudiar lo que tenía frente a sí en el microscopio, un pensamiento insistía en golpear su mente, el pensamiento de que tenía un hijo ahí fuera, en alguna parte. Un hijo. Un niño suyo. Como el chavalito del museo. Como el niño del pelo rubio. Pero no, se recordó a sí misma, su hijo no estaría escribiendo con grandes letras redondas sobre dinosaurios en un cuadernillo escolar, ni correría a enseñárselo a su profesor. Su hijo ya habría hecho todo aquello años atrás. Aquella época ya había pasado para él. Habían transcurrido diecisiete años de una vida, en alguna parte. De una vida que ella se había perdido. Su hijo era ya casi un hombre.

Dejó el microscopio y se acercó al escritorio, donde Chrissy había extendido las fotografías de la escena del crimen como una especie de extraño mantel. Cogió una y se la quedó mirando. Era una toma cercana de las contusiones del cuello. La lente había captado también la curva de la mejilla y el ojo del chico. Las pestañas se le antojaron increíblemente largas y curvadas, como un flequillo rubio oscuro sobre una mirada vacía.

El sargento le había dicho que el chaval se parecía mucho a ella, tanto que incluso podría ser su hermano. Pero ¿podría ser su hijo? Rhona seleccionó las imágenes en las que aparecía su cara y las colocó en fila para estudiarlas más en detalle, tratando de ignorar la pose grotesca, el mosaico de colores de su piel y los ojos en blanco. ¿Se parecería su hijo al chaval de la foto? Tendrían más o menos la misma edad. Sería rubio (Edward y ella también lo eran), y posiblemente tuviera el cabello rizado como el de ella. Sería alto, de ojos azules, y sus pestañas serían más oscuras que su cabello. Se imaginó su cara, más bien alargada. La sonrisa sería la de Edward, pero más

franca. Sería una sonrisa que le iluminaría la mirada. Rhona apartó las fotografías a un lado.

El teléfono hizo trizas la imagen mental que había ido creando de la sonriente cara de su hijo. Se rompió en pedazos y luego se recompuso, pero esta vez transformada en la otra cara, la que yacía sobre la sucia almohada, retorcida a un lado, con el pelo rubio pegado contra la frente, los ojos azules grandes y fríos y el cuello amoratado de dolor.

—Rhona, ¿eres tú?

Era Sean. Oyó a su propia voz contestar metódicamente a las preguntas que él le formulaba. Sí, estaba bien. Sí, iría a verle tocar por la noche si de verdad le apetecía.

Cualquier cosa era mejor que quedarse allí sola y pensar en todos los horrores que se le venían a la cabeza.

—¿Estás segura de que te encuentras bien? —le preguntó de nuevo.

—Sí, por supuesto que estoy bien. Lo siento, Sean, tengo que irme.

—Entonces te recojo a las cinco. Podemos picar algo por ahí.

—No. Lo siento, pero no puedo. Quiero decir que no sé a qué hora voy a terminar aquí —mintió—. Ya sabes que andamos algo escasos de personal.

La voz de Sean respondió con cierto tono de decepción y Rhona se sintió mal inmediatamente. Culpa era su segundo nombre, reflexionó con amargura.

—Vale, entonces te veo más tarde —aceptó el hombre.

—De acuerdo.

Ese era el problema, pensó. El problema que tenía con Sean. Ella no le contaba nada. Al menos nada importante. No lo que en el fondo le preocupaba. Lo que de verdad sentía. Y él la conocía, bastante bien, de hecho. Conocía sus cambios de humor. Sean captaba muy bien los cambios de humor de la gente. Era capaz de distinguir a enorme distancia de qué ánimo estaba uno y adaptarse a él. Siempre conseguía hacerla reír cuando estaba enfadada o triste. A diferencia de ella, Sean no era una persona de humor cambiante. Siempre estaba del mismo.

Tenía que haber aceptado que viniese a buscarla a las cinco. Le echó un vistazo al reloj. No. Sería demasiado pronto. No estaba lista para enfrentarse a él. Aún no lo estaba. Cuando trabajaba, no le daba tiempo a pensar en nada que no fuesen las muestras. Muestras de las vidas de otra gente, de los errores de otra gente, de los crímenes de otra gente.

Chrissy no regresó en toda la tarde. Llamó a las cuatro para disculparse y preguntar si podía llegar con un poco de retraso al día siguiente.

—Sé que es mal momento, pero no lo pediría si no fuera...

Obviamente las cosas seguían sin arreglarse en su casa. Desde que Patrick se había marchado, Chrissy soportaba sobre sus espaldas el peso de su familia, tanto financiero como emocional. Y si su padre cumplía lo prometido, Patrick nunca regresaría, ni siquiera de visita. Pero Chrissy sabía que aquello le partiría el corazón a su madre, así que en casa andaba siempre vadeando aguas turbulentas.

—No te preocupes. Ya va siendo hora de que empiece a hacer algo de este trabajo personalmente. Ya te veré mañana a la hora que puedas.

Chrissy murmuró unas palabras de agradecimiento y colgó.

Rhona trabajó hasta las siete. Luego recogió el laboratorio y se marchó. Se dirigió a la parte frontal de la galería, esperando poder coger un taxi en Kelvinhall. Abrió su paraguas, pero en cuestión de minutos sus piernas y pies ya estaban calados, y enormes gotas caían desde las varillas del paraguas hasta su cara. Había un taxi en la parada y corrió a cogerlo, mientras esquivaba coches. Un autobús, cuyos limpiaparabrisas luchaban contra la arremetida del agua, frenó al verla aparecer delante de él. Juguetear con la muerte no parecía tener demasiada importancia para ella en aquel momento. Cuando llegó al otro lado de la calle, el taxi ya se había marchado y estaba dando la vuelta a la plaza para recoger a alguien que le había llamado desde el otro lado.

Rhona maldijo en voz alta. Estaba en la mitad de su tercer entrecortado «joder» cuando el taxi se le acercó y le abrió la puerta.

—¿Necesita que la llevemos a algún sitio?

Rhona se descubrió de pronto mirando al interior del vehículo. El conductor le sonrió, al igual que el pasajero que iba en el asiento de atrás. Notó que empezaba a ponerse colorada.

—Lo siento, lo único que quería era llegar a casa cuanto antes.

La sonrisa del hombre se hizo aún más amplia.

—Si no le importa compartir el coche, el taxista no tendrá inconveniente en llevar dos pasajeros en vez de uno.

—Gracias, muy amable.

Le aguantó la puerta para que entrase. Rhona se sentó y colocó el chorreante paraguas entre ellos, pero inmediatamente se sintió culpable al ver que estaba mojando la pernera del pantalón del hombre y lo cambió al otro lado. Al hacerlo, se acercaron un poco más. Empezó a percibir su aroma, una mezcla de olor a lana mojada y loción de afeitar.

—¿Adónde vamos? —le preguntó.

—A Atholl Crescent.

Él se inclinó hacia delante y le dio la orden al conductor, a quien parecía que todo aquello le estaba haciendo mucha gracia. Rhona, sin que la vieran, se secó la nariz en la manga.

—Primero te dejaremos a ti —le sugirió su compañero de taxi, y ella aceptó.

Pararon junto a una farola, lo que le dio a Rhona la oportunidad de ver con más claridad al caballero que la había rescatado de la lluvia. Era muy alto. Percibió con absoluta claridad lo largas que tenía las piernas si las comparaba con las suyas. Su cabello era rubio, aunque ahora estaba oscurecido por la lluvia. Él sabía que lo estaba mirando, así que se giró y le dedicó una sonrisa.

—Hay mucha agua en la carretera —les informó el conductor—. Las alcantarillas

no dan abasto con semejante cantidad de lluvia.

—El típico verano de Escocia —señaló su acompañante.

La lluvia golpeaba la fachada victoriana de la universidad y un rayo zigzagueó sobre la torre de la facultad de Filosofía.

—La casa del terror —sugirió él con suavidad, siguiendo su mirada.

—Ahí es donde yo trabajo.

—Ah, vaya, lo siento.

Rhona negó con la cabeza.

—No tienes por qué disculparte, la verdad es que hay veces que sí parece la casa del terror —afirmó.

El inclinó la cabeza como si quisiera preguntarle a qué se dedicaba, pero entonces pareció cambiar de idea, así que Rhona decidió darle voluntariamente la información. El hombre no hizo ningún comentario gracioso al respecto. A ella aquello le encantó.

—¿Así que trabajas para el departamento de policía? —le comentó.

Ella asintió.

—Qué curioso. Yo también. Pero, por supuesto, mi área es completamente diferente a la tuya. Yo trabajo con ordenadores.

Cuando el vehículo llegó por fin frente a su edificio, a Rhona no le apetecía bajarse. Se sentía cómoda compartiendo taxi con aquel extraño, dibujando un cuadro de su vida que sonaba interesante y del que había borrado todos los fragmentos desagradables, los fragmentos que exigirían una explicación.

—Bueno, pues ya hemos llegado —dijo él, mientras se inclinaba para abrirle la puerta.

Ella se apeó y abrió el bolso para buscar la cartera.

—No. Déjame, pago yo. De todos modos, me pillaba de paso.

La miró un momento y sus ojos se cruzaron.

—Hasta pronto —se despidió él.

—Hasta pronto.

La puerta se cerró tras ella de un golpe. Ni se molestó en abrir el paraguas, y para cuando hubo cruzado al otro lado y llegado a la puerta de entrada, tenía el pelo calado. Buscó de nuevo en su bolso, esta vez la llave; pero antes de que pudiera llegar a meterla en la cerradura, sonó el portero automático y se abrió la puerta.

—Te he visto por la ventana —dijo la voz de Sean por el altavoz.

Rhona empujó la puerta y entró.

Capítulo 6

Todo aquello parecía bastante poco probable y Bill Wilson no conseguía aclararse las ideas. La mujer que les estaba hablando parecía convencida de lo que decía, pero él tenía mucha experiencia con los trabajadores sociales y tenía que reconocer que, en principio, no le gustaban demasiado. No se trataba de nada personal, simplemente no era partidario de las excusas. No daban más que pretextos para justificar por qué la gente hacía esto o no hacía aquello, como si ya nadie fuera responsable de su propio comportamiento. Parecía que la tesis moderna era que la gente hacía cosas malas exclusivamente porque había sido infeliz en su infancia. Bill Wilson pensaba que todo aquello no era más que un montón de patrañas. Cuando él era pequeño, los niños sí que tenían motivos para sentirse desgraciados, sobre todo en lo concerniente al dinero. Dinero era lo que menos había en la calle en la que él vivía, pero el trabajo duro y los golpes de la vida no habían convertido a aquella gente en los malos bichos de los que hablaba aquella mujer.

El cursillo había durado ya toda la tarde. Inicialmente, Bill había dicho que estaba demasiado ocupado para poder asistir y había sugerido enviar a dos miembros del equipo en su lugar, pero el superintendente le había dicho que no, que tenía que ir él mismo. Algo de lo que iba a contar aquella mujer podía servir para resolver el asesinato que tenían entre manos, y quería que Bill estuviese allí para oírlo.

La primera hora había sido poco más que la información de rutina sobre abusos sexuales que todos los novatos tenían que conocer. Él ya lo había oído todo en otras ocasiones. Ya no le perturbaba como a la compañera que estaba sentada a su lado. Supuso que la agente McPhail probablemente tuviera un hijo pequeño porque cuando la monitora terminó de dar la charla, tenía una expresión en la cara que decía: «Lo único que quiero es irme a casa y abrazar a mi niño».

Para la última hora de la charla habían subido al piso que estaba encima de la sala de conferencias, a un laboratorio informático. Allí estaban trabajando tres personas, una mujer y dos hombres. Bill tenía el presentimiento de que si la agente se había sentido mal antes, después de esta sesión iba a sentirse peor aún.

El proyecto llevaba en marcha unos tres meses, según les explicaba la mujer del servicio de abusos infantiles. Resultaba muy fácil encontrar pornografía en Internet, pero lo que ya no era tan sencillo era rastrear el lugar del que provenía. Y también estaban los *chats*. La mayoría de ellos no eran ni mejores ni peores que las líneas telefónicas calientes que se anunciaban en montones de periódicos. Desde luego, aquella no era su principal preocupación.

En cuestión de segundos, decía la mujer, se podía encontrar cualquier cosa que uno deseara. Después les hizo una pequeña demostración para que vieran que lo que decía era cierto. Las fotos que aparecían en la pantalla tenían una magnífica resolución. Eran imágenes muy claras de rostros de niños forzados a entrar en un

mundo horriblemente adulto del que deberían haberse mantenido a salvo.

Bill echó un vistazo a su vecina. La agente McPhail parecía casi tan asustada y perpleja como los críos de la foto, pero la conferenciante no titubeó ni un segundo. Caminaba entre las consolas, señalaba las referencias y las direcciones electrónicas, señalaba los patrones que indicaban que los hilos que componían aquella horrible red de corrupción terminaban directamente en Escocia. Creían que existían tres redes de pedófilos que operaban en Glasgow, les explicó. Las tres funcionaban por separado, pero estaban en contacto. Las nuevas tecnologías eran una forma fantástica de realizar nuevos reclutamientos.

—Imaginaos un niño sentado frente al ordenador —les decía—. Un chaval callado, tal vez un solitario. Un adolescente. Y resulta que al muchacho le gusta meterse en Internet. Ahí puede contactar con otros que tengan los mismos intereses que él, sin ni siquiera tener que conocerlos. Además, en estas conversaciones electrónicas se puede mostrar un poco más abierto de lo habitual, más atrevido. Puede rebautizarse a sí mismo, crear un personaje. Vamos, el cielo para cualquier chaval un poco rarito. Más o menos como llamar a una línea caliente —continuó, y se oyeron un par de risitas incómodas de unos hombres situados al fondo de la sala. Bill no se unió a ellos, ni tampoco la agente McPhail—. Una red de pedófilos no necesita demasiado tiempo para elaborar una lista de posibles víctimas, y entonces es cuando comienza el cortejo. Es muy similar a cualquier otro tipo de relación. Al principio simplemente se muestran amistosos, buscan algún interés común del que hablar. Hay montones de salas de *chat* en Internet —explicaba la mujer.

Y para demostrarlo les enseñó una.

El nombre de aquel *chat* también produjo unas cuantas risitas tímidas. Bill notó cómo se ponían incómodos aquellos tipos cuando les recordaron que el noventa y cinco por ciento de los abusos sexuales los cometen los hombres.

Por fortuna, «Rubias Tetonas» resultó ser poco más que una broma. Prácticamente se basaba solo en fotos de las tetas de Pamela Anderson y lo que los chavales opinaban sobre ellas, hasta el mínimo detalle. Lo más probable era, según decía la mujer, que alguien estuviese haciéndose una paja con aquello en ese mismo momento. Desde luego, no había pocos clientes; aquel *chat* siempre estaba lleno.

Una vez que identificaban a un crío, comenzaban ya en serio su trabajo. La mayor parte de los chavales se conectaban por la noche o a primeras horas de la mañana, cuando sus padres estaban dormidos. Después de un rato de conversación del tipo de «soy tu amigo», empezarían con las fotos. Al principio las cosas no estarían tan mal; solo utilizarían las típicas fotos de chicas. Le echó un vistazo a la sala que parecía decir: «De las que todos nos hemos reído alguna vez». El tipo de material que, para un adolescente, resultaría embarazoso comprar en una tienda. Si el chaval respondía, el siguiente paquete contendría cosas más subidas de tono, cosas que podrían sorprenderle un poco, aunque, claro, se asegurarían de decirle que no había nada de malo en ellas. Después de todo, ese tipo de cosas aparecían en televisión

constantemente.

Ahora sí que había en la sala un par de tipos que se sentían incómodos. Bill lo percibía. A nadie le gustaba la idea de que cualquiera de las cosas que hacía o veía pudiese conducir a aquello.

Entonces llegaría el siguiente paquete de fotos. Y aquellas serían cosas en las que el crío tal vez hubiera pensado pero que jamás se hubiese atrevido a pedir que le mostrasen. Cosas que resultarían chocantes pero que le incitarían a volver a por más. Si el muchacho permanecía en línea, el pedófilo ya tenía lo que quería. Pero si se desconectaba tampoco significaba que todo hubiera terminado, siempre les quedaba la posibilidad de amenazarle con un chantaje. Les decían que mandarían algunos de los mensajes a sus padres, tal vez incluso algunas de las fotos. Sea como fuere, ya le tenían.

El siguiente paso era concertar una cita. Entonces era cuando el abuso se materializaba.

Bill se quedó de pie en las escaleras de la universidad y respiró profundamente. Quería sacarse aquel hedor de la cabeza. La agente McPhail bajaba tras él por los escalones. Le echó una mirada que significaba que por aquel día ya había visto suficiente, y se dirigió a su coche. En el último segundo, decidió que tampoco él volvería directamente a la oficina. Necesitaba un poco de aire fresco, ver a gente normal caminando por la calle, haciendo sus compras, viviendo... Necesitaba ver personas que no fueran capaces de hacerle semejantes cosas a un niño. Se dio la vuelta y regresó al parque. Los árboles estaban teñidos de un verde fresco, de ese verde delicado que se ve en Escocia a principios del verano. La lluvia había lavado las calles, y las profundas alcantarillas estaban a rebosar del agua de aquellas tormentas. Caminaba a buen ritmo, con paso firme, como para convencerse a sí mismo de que en esta vida aún existía algo sólido y verosímil. Al pasar junto a Gilmorehill, la enorme puerta doble se abrió y los estudiantes salieron a la calle aprisa, desesperados por abandonar el aula de exámenes en el que habían estado encerrados. Algunos hablaban muy alterados, histéricos por comentar lo dura que había sido la prueba. Otros ni siquiera podían hablar de ello.

Bill tampoco era de los que se prodigaban en palabras. Había partes del día que también él prefería olvidar.

Caminó por el parque hacia el río Kelvin. Una niñita estaba jugando sola sobre la hierba. Debía de tener unos ocho años. Redujo el paso y esperó a que apareciese su madre o una hermana o un hermano mayores. Tuvo un momento de duda al ver que se le acababa el camino, y se preguntó si debería acercarse y preguntarle dónde vivía. Se sentó en un banco y se quedó esperando, consciente de pronto de que él mismo debía de estar dando la impresión de tener fines bastante sospechosos. Un hombre de mediana edad, sentado mientras observaba a una chavalita que juega en la hierba. Por

fin, se acercó una mujer por el empinado camino que subía desde el río y, con un grito de enfado, la agarró de la mano y se la llevó a trompicones. A Bill se le escapó un suspiro de alivio.

Conocía perfectamente la sensación. La percepción extrema de lo que ocurre a tu alrededor, la preocupación. Después de cada asesinato o crimen violento le pasaba lo mismo. Por un tiempo sentía la desesperada necesidad de proteger a los más vulnerables e inocentes.

De repente se dio cuenta de lo cerca que estaba del laboratorio de Rhona. No había vuelto a hablar con la forense desde que le dijera lo de la prensa. Seguro que ella ya podía darle algún dato más acerca de la víctima. Ellos, al menos, habían encontrado la marca de nacimiento.

Capítulo 7

El apartamento resultaba grande y acogedor. Rhona se había enamorado de él tres años antes, al mudarse allí, y pasó las tres primeras semanas gritándolo a los cuatro vientos: «Me encanta este apartamento». Después, ya no quedó nadie en el lugar que pudiera oírlo, al menos sin pensar que estaba loca. Solo el gato, y él no parecía escucharla. Cuando la mujer le había abierto la puerta la noche que fue a verlo, Rhona supo de inmediato que aquel iba a ser su hogar. Ni siquiera la desapacible noche de Glasgow había logrado enfriar su entusiasmo. Le había jurado al gato (y a sí misma) que no permitiría que nadie entrase allí; que nadie invadiría su espacio vital. Y había mantenido su palabra hasta que Sean irrumpió en su vida.

La luz de las primeras horas de la tarde entraba por los ventanales de la cocina y rozaba las encimeras con un brillo cálido y dorado. La tonalidad áurea provenía del convento que se encontraba en la parte posterior, con su jardín perfectamente cuidado, que constituía un auténtico tributo al orden y a la fe. Aquella noche, el tañido de las campanas que llamaban a los fieles solo recordó a Rhona que ella no creía ni en Dios ni en sí misma, que había perdido la fe.

Había vuelto a casa poco después de que el inspector Wilson se marchase del laboratorio. Algo dolorosamente triste había teñido la alegría que sintió al informarla del asunto de la marca de nacimiento. Rhona pudo sentir cómo se le helaba la expresión mientras él le explicaba que no era más que una zona con un poco de relieve en la cara interna del muslo derecho del muchacho. De bebé, según le dijo, seguramente hubiera resultado mucho más obvia. Creía posible que se lo identificase por ella.

Un grito ahogado se escondía aún en su pecho. Diecisiete años y aún estaba allí. Mientras volvía a casa en el autobús, podía oír el eco de aquel grito en su cerebro. Incluso se había puesto a tiritar, y la mujer que iba sentada a su lado le había preguntado si se encontraba bien o si necesitaba un médico.

En cuanto llegó a su apartamento, cerró la puerta con llave y se dirigió al teléfono. Sabía que no conseguiría nada, pero de todos modos tenía que hacer aquella llamada. El hospital le proporcionó otro número en el que le dijeron que tal vez pudieran ayudarla. Le advirtieron de que sería muy difícil; no se puede obligar a un niño adoptado a ponerse en contacto con sus padres biológicos. Su familia adoptiva, además, podría no estar de acuerdo.

El dolor tiene la capacidad de arrancarle a uno el tiempo. Es algo de lo que Rhona se dio cuenta cuando murió su padre. Mientras miraba su cara hierática, sentía que toda su vida adulta se disolvía y que se convertía de nuevo en una niña pequeña. Una niña cuya mano encajaba perfectamente dentro de la de él, cuya mejilla se rozaba contra la suya mientras la inundaba el olor a humo de tabaco y le pinchaba la barba. Todas las cosas de las que había estado segura antes comenzaban a desmoronarse. Y

aquella misma sensación era la que experimentaba ahora. Diecisiete años de su vida se disolvían en la nada.

Volvieron a llamar a la puerta, esta vez con mucha más fuerza, y trataron de abrir la cerradura, moviéndola de un lado a otro. La llamaban por su nombre. Pero a ella le parecía que todo aquello estaba sucediendo muy lejos.

—Rhona. Soy yo, Sean. Abre la puerta.

Se acercó a la entrada y quitó el pestillo.

—Lo siento —dijo ella—. He debido de cerrarla sin darme cuenta.

Ocultó su cara, porque no tenía ni idea del aspecto que podía tener. Ni siquiera recordaba si había estado llorando.

Rhona entró en la cocina. La luz dorada seguía flotando en el ambiente, como si quisiese tratar de devolver la estancia a la normalidad. Se acercó al frigorífico, sacó una botella de vino y la abrió.

A Sean no le gustaban los dramas, eso ella lo sabía bien. Le resultaban ridículos. Su actitud ante la vida consistía en asumir que si las cosas iban mal, iban mal. Si no estaba en su mano el descubrir por qué, se olvidaba de ellas y simplemente se ponía a tocar. La música ya contenía todo el drama que Sean necesitaba. Pero aquella noche no cogió su saxofón, sino que la siguió hasta la cocina.

—Me voy una semana —le comunicó en voz queda.

Se sirvió un vaso de vino y se sentó a la mesa frente a ella.

—Tengo una serie de actuaciones en París.

Ella no respondió. Sean alargó la mano para tocar la suya y le acarició suavemente la palma con su pulgar.

—Un viejo amigo quiere que cubra un puesto mientras uno de los de la banda se va de vacaciones.

Agarró su mano con más fuerza, bajó la cabeza para entrar en su campo de visión y la obligó a mirarlo.

—Pensé que te gustaría venir conmigo.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Por el asesinato...

—Pero para entonces ya habrás terminado con eso. No me voy hasta dentro de un par de días.

Ella negó con la cabeza.

—No, me va a llevar más tiempo.

Rhona apartó la mano. Las campanas del convento habían dejado de sonar y el mundo pareció quedarse sorprendentemente vacío sin ellas. Si se negaba a ir a París con Sean, cabía la posibilidad de que él ya no volviese, al menos a su apartamento, con ella. Pero no podía pensar en aquellas cosas, por lo menos de momento.

La agarró del brazo mientras ella se dirigía a la puerta.

—Rhona, si no quieres estar conmigo vas a tener que decírmelo. Vas a tener que

decirlo en voz alta —le comunicó, mientras apoyaba su mejilla contra la de ella y le hablaba suavemente al oído—. Dímelo, Rhona. Dime que quieres que me vaya. Dime que no quieres que vuelva.

En el silencio que se produjo a continuación, acercó la boca a la de ella y la tapó.

Cuando Bill volvió a la oficina después de hablar con Rhona, encontró su escritorio empapelado de *post-it* amarillos. Parecía que en su ausencia habían ocurrido un montón de cosas. Según Janice, el dueño del piso en el que se había producido el asesinato pasaba la mayor parte del tiempo en un bar que tenía en Tenerife. El tío tenía muchísimo dinero y multitud de propiedades tanto en Glasgow como en sus alrededores, cuyos detalles estaban, en su mayor parte, muy bien escondidos. El apartamento en cuestión lo gestionaba para él una empresa de servicios inmobiliarios situada en Dumbarton Road. Janice ya se había acercado por allí. El sitio tenía buen aspecto, según le había dicho, pero estaba desierto. Tal vez los dueños también hubieran decidido tomarse un descanso.

Rhona le había puesto al día de los resultados forenses que habían obtenido hasta ese momento.

—Hemos identificado un perfil de ADN a partir de la saliva y del fluido seminal. También tenemos dos pelos, y ninguno de ellos pertenece a la víctima —le informó.

—¿Así que ya contamos con un perfil genético del asesino?

—Sí. He mandado las muestras al laboratorio de ADN. Lo mínimo que pueden tardar en hacer las pruebas es cuarenta y ocho horas.

—Pero sin tener un sospechoso, los resultados no nos sirven de mucho —aseveró.

—Tal vez tengamos suerte y aparezca en la base de datos de ADN.

—Espero que así sea. ¿Y qué sabemos de la colcha?

—Tenemos bastantes manchas viejas que examinar.

—Vaya, parece que esa tela tiene mucha historia, ¿no? —comentó.

—Sí. Me temo que sí.

La agente Clarke le dijo que la colcha era aún más interesante de lo que habían creído. Ahora estaban seguros de que en realidad era una cortina, al parecer hecha a medida, y muy cara, además. Así que era posible que consiguiesen seguir el rastro del material con el que estaba confeccionada. El estampado era muy llamativo, con enormes remolinos de seda roja, azul y verde.

Bill retrocedió mentalmente hasta aquella terrible habitación. Recordó el olor del sexo mezclado con el del sudor y la suciedad, y las cortinas de aquel horrible color que tapaban a conciencia las ventanas para ocultar lo que ocurría en el interior.

—La tela es francesa —estaba diciéndole Janice—. Incluso tenemos el nombre del fabricante.

Parecía obviamente orgullosa.

—Se trata de una tienda pequeña pero exclusiva, situada en la *rue* St. George,

junto al Sacre Coeur. Creemos que, o bien alguien compró la tela aquí, a partir de un lote importado, y mandó confeccionar las cortinas, o bien la adquirió directamente en París. Sea como sea, podemos seguir la pista, señor.

Bill estaba encantado.

—Más vale que te pongas en contacto con el fiscal y que te dé permiso para investigar ciertos detalles sobre la cortina, por si alguien la reconoce.

—Ya lo he hecho, señor —declaró Janice en tono triunfal.

Parecía que la nave no se hundía aunque él no estuviese a bordo.

—¿Y a usted qué tal le ha ido? —le preguntó ella.

—No muy bien.

Lo demás eran conjeturas, le comunicó. Ella había estado hablando con la agente McPhail. Al parecer había decidido marcharse a casa directamente después de la conferencia, a ver a su niña.

—Sí, no me extraña —le confesó Bill.

Suele decirse que en el trabajo policial, cuando dejas de preocuparte por lo que le ocurre a la gente, es hora de que te retires. Pero Bill se preguntaba qué nivel de preocupación resultaba soportable. Era un poco como ser médico. Debías de preocuparte lo suficiente, pero no demasiado, no tanto como para llevarte los problemas a casa. Había sobrevivido en aquella profesión mucho tiempo, y aún conseguía reírse incluso cuando las cosas se ponían duras. Más valía tener sentido del humor si uno no quería volverse loco, tanto como lo estaban los tipos a los que intentaba dar caza y encerrar.

El problema era que aquel caso le había hecho perder su proverbial sentido del humor. El crimen se había convertido en algo demasiado personal, y no sabía muy bien cómo ni por qué. Además, había captado algo en la expresión de Rhona cuando le había hablado de la marca de nacimiento del chico que le había dejado desconcertado. Era exactamente la misma expresión que había visto en la cara de la joven agente durante el curso sobre abusos a menores; una expresión de angustia, de desesperación, como si el mundo fuese un lugar demasiado horrible como para vivir en él.

Cuando lo vio llegar al laboratorio, Rhona estaba trabajando en su escritorio y no se había recogido el pelo; lo llevaba suelto sobre la cara, lo que le daba un aspecto excesivamente juvenil. Parecía una estudiante y no la experimentada científica que Bill sabía que era. Cuando le habló de la marca, se dio perfecta cuenta de que su voz sonaba emocionada, porque quería creer que tenían algo sobre lo que trabajar, algo que les ayudaría a identificar a la víctima. Pero la cara de la forense se descompuso. Alguien, aparte de él mismo, estaba tomándose aquel asesinato demasiado a pecho.

Sonó el teléfono. Era McSween.

—Querías información sobre esos vasos.

—Ajá.

—Las huellas indican que uno lo usó el chico, y el otro un desconocido.

—Bien.

—Y, señor...

—¿Qué?

—Lo que bebían, señor, era güisqui del bueno. Big T, se llama. Se produce en las destilerías Tomatin, en Invernesshire.

El chico, por lo que parecía, había bebido bastante antes de morir sobre aquella cortina de diseño.

Bill miró su reloj. Le habían advertido que aquella noche debía llegar pronto a casa. Margaret había quedado con su amiga Helen Connelly y su marido para ir a cenar. Había hecho una mueca de desagrado al enterarse. ¿Cómo era posible que una mujer tan encantadora como Helen hubiera acabado casada con aquel hombre? Bill jamás se lo había explicado.

Me pregunto en qué cruzada estará inmerso esta noche, se decía a sí mismo.

Janice lo cogió justo antes de marcharse.

Parecía que tenía razón, le informó. La víctima era un estudiante. James Fenton. Estudiaba Informática en la Universidad de Glasgow. La gente del departamento de Informática lo reconoció por la fotografía.

—Le han dicho al agente que no se había conectado al sistema durante un par de días, señor. Aparentemente, antes era usuario habitual. Se pasaba allí un montón de tiempo.

—¡Sorpresa, sorpresa! Bueno, ¿nos hemos puesto ya en contacto con sus padres?

—Con la madre, señor. Están divorciados. El chaval vive, es decir, vivía con la madre cuando estaba en casa. Hemos hablado con la policía de Manchester. Alguien debe de estar llegando a la casa ahora mismo.

—Así que al final no nos ha hecho falta la mancha de nacimiento para la investigación.

—¿Perdón, señor?

—Nada, Janice, olvídalo.

Ahora el chico era real. Tenía un nombre, una ocupación, un hogar y una madre.

Vamos a tener que traerla, pensó Bill, *para que identifique el cadáver*. Menuda tarea. Menudo mundo. Y aún tenía que enfrentarse a toda una velada con Jim Connelly.

Cuando llegó a casa, Margaret ya estaba vestida para la cena. Le echó una mirada que helaba la sangre al reloj de la cocina y otra a él, lo que bastó para mandarlo derecho al cuarto de baño. Luego debió arrepentirse un poco, porque cuando salió de la ducha tenía un vaso de güisqui esperándolo sobre el lavabo. Bill se lo llevó a la habitación, y allí se encontró la ropa ya extendida sobre la cama.

Mientras se vestía podía oír a Margaret darle unas cuantas recomendaciones de última hora a uno de los chavales, que parecía que aquella noche se quedaba en casa.

Oyó la voz de su esposa y a continuación, algo que le pareció una queja. Sea lo que fuere lo que le dijo, al chaval no pareció gustarle. Luego, ella entró en el dormitorio, justo a tiempo de ver cómo terminaba de hacerse el nudo de la corbata.

—¿Listo?

Bill afirmó con la cabeza.

—Menos mal, porque Jim y Helen estarán aquí en cuestión de minutos para recogernos.

Bill hizo una mueca, pero ni el güisqui que se estaba tomando le ayudó a disimular su disgusto.

—Alégrate. Por lo menos no conduces tú —le dijo—. Así podrás beber un poco y relajarte, para variar.

Mientras caminaba por el sendero del jardín, Bill empezó a vislumbrar el coche y no se sorprendió de ver a Helen al volante. Jim Connelly no era de los que renunciaban a la bebida, ni siquiera en la única noche en la que salía a cenar con su mujer.

Helen le sonrió, con expresión levemente preocupada.

—Pensábamos que a lo mejor tenías que anular la cita en el último momento.

—Más le valía que no —dijo Margaret, mientras lo agarraba del brazo y Bill empezaba a lamentar que la velada no fuera solo con ella.

Hacía ya demasiado tiempo que no se sentaban a charlar y a tomar una buena cena juntos. Se deslizó en el asiento trasero junto a su esposa y le tomó la mano, a lo que ella respondió con una sonrisa. Todo aquel esfuerzo lo estaba haciendo únicamente por complacerla.

—Bueno, Bill. ¿Qué tal va la investigación del último asesinato? —le preguntó Connelly mientras se volvía para mirarlo.

Bill se percató de que ya había empezado a beber. Tenía la cara colorada y hablaba demasiado alto. Margaret le había dicho que Connelly estaba intentando moderar su afición a la bebida. Helen estaba preocupada por las cantidades de trabajo y de alcohol a las que su marido parecía ser adicto. *No sabe la suerte que tiene*, pensó Bill. *Helen hubiera podido escoger a quien le hubiera dado la gana en la universidad.*

Helen le sonrió por el retrovisor y de pronto se sintió como un hombre cruel. Después de todo, ¿no le había dicho Margaret que Helen y Jim eran felices juntos? Ellas eran amigas desde sus tiempos de estudiantes. Después habían trabajado juntas como maestras en la misma escuela primaria durante años, hasta que Margaret lo dejó cuando nacieron los niños. Helen nunca había tenido hijos. Probablemente aquel fuera el problema. Si uno lo pensaba, Connelly trataba cada una de las historias que escribía en el periódico como a un hijo. Eran sus bebés. Aquel hombre no sabía lo que significaba transigir. En eso, se parecía a él.

—Cuéntame tú cómo va —le dijo Bill, riéndose como si de verdad tuviese ganas de hacerlo—. Los dos sabemos que el *News* siempre va un paso por delante de la

investigación oficial.

—Tienes toda la razón —afirmó Connelly con una sonrisa—. Por cierto, hemos encontrado material de hace un par de años sobre el dueño del apartamento en el que murió el chico. Pero no hemos logrado contrastar la información, así que no hemos podido utilizarla.

—Ah.

Bill trataba de parecer interesado en sus palabras. Desde luego, tenía que reconocerle algo a Connelly: era muy bueno a la hora de desentrañar información oculta. En el pasado, había sido el responsable de que varias actividades criminales salieran a la luz. Ya desde que estaban juntos en la universidad, cuando Connelly llenaba las páginas del periódico estudiantil con historias de propietarios corruptos y estafas en las becas a los alumnos, siempre había sido como un sabueso para husmear una buena historia. Sus métodos eran poco convencionales, a la vez que irritantes, pero Bill debía admitir que le daban resultado.

—Si quieres, te mando la información —le dijo Connelly—, aunque sin especificar, claro está, el nombre del contacto.

—Sí, por supuesto.

Bill no estaba dispuesto a picar el anzuelo. Se giró y le sonrió serenamente a Margaret. Si las cosas no salían bien aquella noche no iba a ser por su culpa.

Pero Connelly aún no se había rendido.

—Estoy trabajando ahora mismo en algo que podría interesarte.

—¿En serio?

Wilson estaba casi seguro de haber visto cómo se relamía de gusto aquel cabrón.

—Es una historia sobre la masonería y la policía.

A Bill empezaba a costarle controlar el tono de sus palabras. Desde luego, ese era el último tema del que quería oír hablar, aunque lo que quisiera Connelly fuera contarle que el propio superintendente pertenecía a la organización.

—De nada te vale hablar de eso conmigo, Jim. Los masones no dejan que los católicos nos mezclemos con ellos, seamos practicantes o no.

Margaret le dio un codazo en las costillas.

—¡Bueno, ya vale! —gritó Helen exasperada—. ¿No tenéis nada mejor de que hablar, más que de trabajo?

No, pensó Bill mientras permanecía en silencio; ese es *el problema*.

Para cuando llegaron al restaurante italiano, Bill ya había cubierto su cupo diario de Jim Connelly. El tema de aquella noche, le gustase o no, era la masonería, su infiltración en las fuerzas policiales y la corrupción de las mismas.

Por lo menos la comida era buena y las mujeres hablaban con más sentido común. Ya habían llegado al café cuando las cosas empezaron a deteriorarse de verdad. Margaret y Helen desaparecieron para ir al baño y dejaron a Bill solo para defender el

frente.

—Así que ya ves, Bill —dijo Connelly con seriedad.

Bill se preguntaba si podían echarle a uno de un restaurante italiano de Sauchiehall Street por comportamiento histérico.

—Están por todas partes —le anunció el periodista, con la vista clavada en él—. Están metidos en todo.

Se puso a golpear la mesa con el dedo índice, luego lo levantó y señaló a su interlocutor.

—Incluso entre los tuyos.

Connelly terminó la frase y llamó al camarero para que le sirviese otro güisqui. Bill ya había perdido la cuenta de los que su acompañante se había tomado. Él le iba a la zaga al menos por tres. Dobles, además. Si Jim estaba tratando de moderarse con la bebida, desde luego no era aquella noche, pensó. Y todo aquello de dejar a los chicos que se diviertan solos ya empezaba a destrozarle los nervios. Negó con la cabeza cuando Connelly le ofreció otro güisqui, pero parecía que ya hacía mucho que el hombre no atendía a nadie que no fuera él mismo.

En aquella ocasión, con los vasos les pusieron también la botella.

—¿Has probado este alguna vez? —preguntó Jim, mientras giraba la botella para que Bill pudiese ver la etiqueta—. Es de Tomatin. Big T. Es una mezcla de doce años. Muy difícil de conseguir. Yo me hice con unas cuantas botellas a través de un conocido. A lo mejor lo conoces. Es el juez MacKay.

Bill negó con la cabeza para señalar que no conocía ni el güisqui ni al hombre, y se preguntó si el juez MacKay sería masón o si simplemente estaría ayudando a Jim Connelly con sus investigaciones.

—Creo que desea fervientemente que mantenga la boca bien cerrada sobre todo este asunto de las relaciones con la masonería —dijo Connelly dándose unos golpecitos en la nariz.

Bill ya tenía su respuesta.

—Bueno, chicos, ¿estáis listos para marcharnos? —Helen había aparecido tras su marido—. Se está haciendo tarde.

—¿En serio? —dijo Bill, que ya se había puesto en pie.

—Pagamos nosotros, ¿eh, Helen? —dijo Connelly, con voz casi ininteligible.

Bill cruzó su mirada con la de Helen. Ella se acercó al mostrador con él.

—Gracias —le dijo.

—¿Por qué?

—Ya sabes, por no perder los nervios con Jim. Puede llegar a ser un auténtico fastidio cuando la emprende con una historia. Periodismo de investigación, lo llama.

—También yo soy un poco así con las cosas del trabajo. Pregúntale a Margaret.

Ella le sonrió.

—Ya habéis descubierto quién es el chico del asesinato que estáis investigando ahora, ¿verdad?

—Sí. De hecho, su madre ya debe de saberlo, y también el *News*, supongo.

—Jim va a seguir adelante con la historia, ya lo sabes.

Bill le dedicó una sonrisa comprensiva, mientras se preguntaba en su fuero interno cuántas veces le habría dicho Margaret aquellas mismas palabras.

Hicieron el trayecto de regreso en completo silencio. Helen iba concentrada en la carretera. Margaret se recostó sobre Bill y entornó los ojos. Connelly parecía perdido en sus pensamientos. Cuando llegaron a casa, Bill le dio las gracias a Helen por una noche maravillosa, convencido de que Connelly estaba dormido. Pero no lo estaba. Cuando salieron del vehículo, bajó la ventanilla del copiloto y, cuando ellos se encontraban ya a medio camino de la puerta, los llamó.

—El juez MacKay es buen amigo de *sir* James Dalrymple, ya lo sabes. Y *sir* James juega al golf con tu superintendente... Genial, ¿verdad?

Bill saludó con la mano y el coche arrancó. El problema era que Connelly probablemente estuviera en lo cierto. *Bueno, que tenga buena suerte*. Si era tan valiente como para destapar los secretos de los jefes de las fuerzas policiales, desde luego tenía más coraje que la mayor parte de la gente.

Capítulo 8

Chrissy cambió el peso de pie para tratar de aliviar el calambre que le subía por la pantorrilla. Aparte de tener aquella molesta sensación en la pierna y los pies mojados, estaba bastante cabreada. El tipo con el que había hablado le había indicado que lo esperase allí, que solo tardaría cinco minutos. Pero eso había ocurrido hacía ya quince. Tres coches habían aminorado la marcha junto a ella, y uno había parado y su ocupante le había ofrecido veinte libras por una mamada. Cuando le dijo que no con la cabeza, el hombre subió su oferta hasta veinticinco.

Así que, pensó, había otro trabajo en el que también podía examinar tanto semen como uno quisiera. Y, desde luego, estaba mejor pagado que el suyo.

Se cerró mejor la chaqueta sobre el pecho y se metió las manos en los bolsillos. A pesar de que estaban a finales de mayo, hacía frío. Decidió darle al individuo cinco minutos más y, si no llegaba, se marcharía. Fuera o no dinero fácil.

Cuando el hombre asomó finalmente por un lado del edificio, le hizo un gesto para indicarle que fuera caminando junto a él y así enfilaron una calle lateral. Las farolas estaban empezando a encenderse y adquirían un tono rojo brillante que contrastaba con el gris de la noche. Chrissy trataba de seguir el ritmo de su acompañante, pero él avanzaba con rapidez y ella siempre terminaba un paso por detrás. El hombre se había subido el cuello de la chaqueta y también llevaba las manos en los bolsillos. En la zona, aquella manera de andar parecía obligada.

Resultaba extraño volver a ver a Neil MacGregor. Ni siquiera había vuelto a cruzarse con él desde que iban al colegio, al menos hasta que él lo había abandonado. Entonces a ella le atraía, según creía recordar, aunque jamás le había dicho nada. Ni siquiera se lo había contado a su amiga Irene. Neil había sido la amargura de la vida de su profesora. La pobre señorita Smith se había pasado muchísimo tiempo intentando que volviese al colegio, pero no lo había conseguido. Después incluso se fue de casa.

—Es aquí —dijo Neil.

La puerta estaba cerrada, pero arrancada de las bisagras, y habían vuelto a colocarla de un empujón sobre el muro. Había mierda de perro en los escalones. Le dijo a Chrissy que no la pisase y, con un gesto de la cabeza, le indicó que lo siguiese por las escaleras. Las luces del interior no funcionaban y ella tenía que agarrarse a la barandilla y mirar hacia arriba ya que por la cúpula se colaba un poco de luz de las farolas de la calle. Su casa estaba en el tercer piso, y cuando abrió fue todo un alivio entrar en ella.

La puerta daba acceso a un pequeño vestíbulo que conducía a una minúscula salita. Ella esperaba que todo estuviese muy desordenado y se sorprendió al ver que no era así. En uno de los extremos había una cama de matrimonio y, contra la pared más cercana a la puerta, un sofá un poco inclinado, una silla, un televisor y un equipo

de música. Desde luego era mejor que la habitación que tenía en su casa.

Neil cerró la puerta con llave, y Chrissy, de repente, se sintió estúpida por haber ido a semejante lugar sola. Pero cuando se volvió hacia ella, reconoció la misma sonrisa de siempre en su cara, tan descarada como en el pasado.

—¡Qué curioso! —comentó el hombre, mientras se quitaba la chaqueta y la colgaba de un gancho detrás de la puerta—. Siempre quise tirarme a Chrissy McInsh. Durante todos nuestros años de colegio.

—Pues creo que fui la única con la que no lo hiciste.

Él se echó a reír. Era cierto. Se había tirado a todo el mundo excepto a ella. Incluso Irene había sucumbido al final. Era de las que creían que podían cambiarlo, exactamente igual que la señorita Smith. Pero se equivocaban: nadie podía cambiar a Neil MacGregor.

—¿Sigues igual de estirada que siempre? —preguntó.

Los dos se rieron y él hizo una seña con la cabeza para que se sentara en el sofá reclinable. A continuación se fue a la cocina, que estaba separada del salón, y regresó con dos vasos y una botella.

—¿Un vodka? —le ofreció.

—¿Con naranja?

—¡Que te jodan!

—No serás tú —le aseguró Chrissy con firmeza.

Neil volvió a reír y se colocó bien la ropa. Chrissy vio las marcas que tenía en el cuello. Las manos de él siguieron su mirada y se frotó la cicatriz.

—Esto es lo que pasa cuando dejas que te folien viejos maricas —le dijo, mientras se sentaba a su lado y la pata izquierda del sofá se hundía un poco—. Es curioso, ¿verdad? Antes era yo el que me tiraba a la gente.

Levantó el vaso y dejó que el líquido transparente se deslizase por su garganta.

Chrissy esperó a que acabase de beber y después le dijo:

—Necesito hablar contigo, de Patrick.

Neil la miró con curiosidad.

—Quieres decir de tu hermano. ¿De aquel grandullón tan listo?

Chrissy asintió.

Neil se sirvió otro trago.

—Buena noche —dijo él, brindando a su salud.

Sacó un cigarrillo del paquete y se lo ofreció a ella. Chrissy negó con la cabeza.

—Siempre has sido una buena chica.

—Pero si tú eras monaguillo... —le recordó Chrissy.

—Sí —aseguró Neil, mientras exhalaba el humo hacia el techo—. Fue el padre Riley quien me enseñó todo lo que necesitaba saber en aquella pequeña habitación que tenía en la parte de atrás.

Volvió a reír, con más amargura en esta ocasión, y se quedó mirando a Chrissy para comprobar si lo que había dicho le había impactado.

A ella jamás le habían dejado entrar en la sacristía de la capilla, con o sin el padre Riley. Parecía que ser una niña católica, al fin y al cabo, tenía algunas ventajas.

—Alguien está chantajeando a Patrick —dijo.

—¿Por qué?

—Porque es gay.

—Qué palabra más estúpida —espetó Neil—. En inglés, significa feliz, ¿sabes? Pues ninguno de los que yo conozco son nada divertidos. ¿Y qué quieres que haga yo?

—Quiero saber quién lo está haciendo.

—¿Y crees que yo podría descubrirlo? —le preguntó Neil, mirándola de forma astuta—. ¿Y qué me darás a cambio?

Le ofreció las cien libras que había sacado del cajero.

—No es ningún delito ser gay. Lo sabes, ¿verdad?

Ella le echó una mirada de lo más significativa.

—Ah, ya veo: cuando se es católico, se es católico.

—A mí todo eso no me importa. El problema es que trabaja en un colegio. Si los maristas se enteran, tendrá que irse. Y mi padre, y mis hermanos... Ellos odian estas cosas. Si mi padre descubre que Patrick es homosexual, le prohibirá entrar en casa y mi madre no volverá a verlo nunca más.

—Una familia feliz, ¿eh? ¿Has traído la nota?

Ella se la pasó.

—Patrick no la ha visto —le comentó—. Nos llegó a casa y mi madre la abrió. Yo le dije que seguro que la mandaba algún estúpido que estaba celoso de él.

Neil silbó.

—Parece que tu hermano mayor está frecuentando malas compañías. Creo que necesita echarse un buen novio.

—No bromees.

—Vale, vale. Y si te consigo el nombre del chantajista, ¿qué vas a hacer?

Chrissy meneó la cabeza, porque lo cierto era que no lo sabía. Lo único que quería, de momento, era aquel nombre. Con eso tenía suficiente.

Él miró la hora.

—Me tengo que ir.

Chrissy le dio el número de teléfono del laboratorio.

—Ya sé dónde trabajas —afirmó Neil mientras se metía el trozo de papel en el bolsillo—. Te he visto en el parque.

Cuando ella llegó a la calle, había empezado a chispear. Había un coche grande aparcado bajo una farola, y su suave y aterciopelada carrocería gris estaba salpicada de gotas de lluvia. Al llegar a la esquina, se dio la vuelta y vio que Neil abría la puerta trasera del coche y se metía dentro.

Neil MacGregor vivió enfrente del domicilio de Chrissy hasta que su padre lo echó definitivamente de casa. El hombre era un auténtico sinvergüenza y no había espacio para dos de la misma calaña dentro de la misma casa. La señora MacGregor ya tenía suficiente con cuidar de uno.

Al padre de Neil siempre le había gustado tomarse una copita. El problema era que esas copitas se iban haciendo cada vez más frecuentes, especialmente los jueves por la noche, cuando la mitad de los habitantes de su calle se iba al *pub* y la otra mitad al bingo; o en el caso de la madre de Chrissy, a hacer algo a la iglesia.

Si había un hombre en este mundo por el que se hubiera rezado, pensó Chrissy, ese era su padre.

La madre de la chica solía decir de Neil que era un pequeño mequetrefe, pero había algo en él que resultaba encantador.

Cuando el hermano mayor de Neil se alistó en el regimiento de paracaidistas y lo enviaron a Belfast, su madre y la de Chrissy encendieron toda una hilera de velas en la iglesia por él. Pero eso no impidió que lo matasen, que le volasen las tripas y que estas salpicasen a una mujer que paseaba cerca con un cochecito de bebé. Al padre del chico, después de aquello, incluso empezó a gustarle más la bebida, y la señora MacGregor perdió de vista a Neil entre sus interminables viajes a la iglesia.

Chrissy apoyó la cara sobre la ventanilla del autobús y observó molesta cómo se deslizaban por ella las gotas de lluvia. Neil no había cambiado demasiado. Su cabello oscuro, sus ojos azules («irlandés de las cavernas», solía llamarle su madre) y aquella sonrisa que en otra ciudad hubiera podido convertirlo en una estrella de cine seguían siendo los mismos.

El autobús comenzó a avanzar lentamente por St. George Cross hasta llegar a Maryhill Road. A la derecha, un bloque de apartamentos se elevaba entre la lluvia.

Chrissy y Patrick habían sido dos de los pocos residentes de su calle que habían «salido bien», aparte de los que se habían alistado en el ejército. Sus otros tres hermanos vivían de las limosnas que les daban el estado y ella. A veces pensaba que eran ellos los que habían tenido suerte.

Si no tuviese que darles una parte tan sustanciosa de su sueldo, ya podría haberse mudado a un piso por su cuenta y ahora estaría dirigiéndose a él en vez de estar sentada en un autobús de regreso a Maryhill.

Si algo había aprendido en la iglesia era a sufrir en silencio. El padre Riley había enseñado eso muy bien a los niños. Hasta Neil mantenía la boca cerrada. Pero el viejo Riley ya se había ido. Y no a un lugar mejor, sino a una residencia para curas retirados. Chrissy sospechaba que en aquel lugar no habría demasiadas ocasiones para echar un polvete en la sacristía.

Cuando el autobús llegó a la última parada, ella se quedó sentada hasta que el resto de la gente hubo salido. No quería tener que encontrarse con nadie y hacer todo el camino charlando. Necesitaba tiempo para ensayar lo que le diría a su madre acerca de que la carta que Patrick había recibido no era más que un montón de mierda (iba a tener que buscar alguna otra palabra para expresarlo, ya que en casa no le dejaban decir tacos; y eso que en su hogar se decía «joder» más a menudo de lo que rezaba el Papa). Patrick estaba saliendo con una chica, eso era lo que le diría a su madre. Ella ya la conocía, e incluso le había oído decir que pronto la llevaría a casa. Se llamaba Teresa, así que también tenía que ser católica. Si le salía bien la jugada, aquella noche su madre podría saltarse su habitual viaje a la iglesia a encender velas; hasta era posible que se sentase en el sofá con una copita de jerez y viese la tele.

Convencer a sus hermanos, Chrissy estaba segura, sería una cuestión totalmente diferente.

Capítulo 9

Sean ya se había marchado. Lo único que quedaba de él era el ruido de sus zapatos en las escaleras, un portazo en el portal y el murmullo del motor del taxi al alejarse. Rhona permaneció en silencio en una habitación en la que aún resonaba el enfado de él.

—Esto es una estupidez, Rhona. Primero me dices que no vienes, después que sí y ahora de nuevo que no. ¿Qué coño está pasando?

—Que no me apetece ir, ¿vale? Nada más —contestó, a sabiendas de que todo aquello parecía una locura.

—Pero si hasta le has dicho a Chrissy que ibas a venir y te has tomado días libres.

—Pues he cambiado de opinión.

—¿Por qué?

No respondió. No podía.

—Si es por la mujer de la galería de arte...

Rhona no quería hablar de ella, así que lo interrumpió.

—No puedo dejar ahora el laboratorio. Aún no hemos acabado con las pruebas del asesinato.

—¡Que les den a las pruebas del asesinato! —exclamó, mientras se le acercaba.

—¡No!

—¿Que no qué, Rhona?

—¡Que no me toques!

Él se detuvo y le echó una mirada que le heló la sangre. Ella no había pretendido que sonase así. No quería que la tocase porque sabía que si lo hacía la convencería para irse con él, y no podía; pero tampoco podía decirle por qué.

Nunca lo había visto enfadado.

Sean se volvió y se dirigió a la puerta. Su voz sonaba fría, distante:

—Te llamaré cuando sepa dónde voy a alojarme.

Rhona no fue capaz más que de asentir con la cabeza. No tenía más fuerzas para seguir discutiendo. Repentinamente se sentía sola. No quería que se marchase así; de hecho, no quería que se marchase de ninguna forma. Lo que quería era que se quedase allí con ella y contarle lo que de verdad le ocurría. Hablarle de su pesadilla. Necesitaba que él arrojase algo de sentido común sobre toda aquella locura. Pero eso significaba tener que descubrirse a sí misma. Y eso no podía hacerlo. Ahora no. Quizá nunca.

Como siempre, las cosas importantes quedaban por decir, se reprochó a sí misma. Lo único que había conseguido era crear más fantasmas entre ellos.

Sean no se había creído sus excusas sobre el trabajo. Sabía que estaba mintiendo. Además, ya no andaban cortos de personal. Tony había vuelto de sus vacaciones en México. De hecho, había sido algo que había dicho el propio Tony lo que le había

dado la idea de fingir que se iba a París con Sean.

—Yo creo que Chrissy tiene razón —le había dicho—. Tienes un aspecto horrible.

—Gracias, Tony, eres muy amable.

—Necesitas un descanso. ¿Por qué no te vas con tu chico a París? Será un maratón de sexo sin fin. Deja que yo me ocupe del laboratorio a mi manera. Por lo menos durante una semana.

Así que aceptó. Le dijo a Chrissy que se iba. Incluso salió el jueves con ella después del trabajo para comprarse ropa interior para el viaje.

Pero era todo mentira.

Le había mentado a Sean. Le había hecho creer, hasta el último minuto, que iba a acompañarlo. La crueldad de sus acciones la asustaba. Inventó excusas; se dijo a sí misma que si él podía ver a otras mujeres a escondidas, ella podía ocultarle la verdad.

Encendió la estufa de gas, se sentó en el sofá, cogió un cojín y lo abrazó. El gato se subió suavemente a su regazo y se frotó contra la almohada hasta colocarla a su gusto antes de dejarse caer sobre ella. Rhona acarició sus aterciopeladas orejas, y su ronroneo fue cambiando hasta convertirse en esa especie de susurro de placer que siempre conseguía calmarle los nervios. Si intentaba contarle a Sean lo de sus pesadillas, reflexionó, tendría que explicarle por qué la muerte de aquel chico la obsesionaba tanto. Ya llevaban el suficiente tiempo juntos para que él supiera que, por lo general, tratar con la muerte no constituía ningún problema para ella. Tendría que contarle lo de Liam. Y eso nunca se lo había contado a nadie.

Había llamado al teléfono que el hospital le había proporcionado y le había contestado una mujer. Al comprender que no estaba muy dispuesta a hablar y que era muy probable que le colgase el teléfono, la mujer le sugirió que llamase a un consejero y que hablase con él. En un principio, Rhona pensó en hacerle caso y pidió una cita.

Pero cuando llegó el momento, buscó un millón de excusas para no ir. En lugar de asistir a la cita, esperó a una noche en la que Sean tocaba en el club de *jazz* y telefoneó a Edward a su casa. Le explicó lo del asesinato y lo de la marca de nacimiento, y le dijo que necesitaba saber lo que había sido de su hijo.

El silencio al otro lado de la línea fue tan profundo como la distancia que separaba sus vidas. Edward se aclaró la garganta. Ni siquiera a él le parecía demasiado inteligente, pero decidió interrumpir la airada respuesta de Rhona para decirle que si insistía en mantener esa línea de acción, conocía a alguien que podía ayudarla. Eso sí, Rhona debía prometerle que no iba a contarle nada a nadie, ni siquiera a su irlandés.

Y ella aceptó.

—Volveré a llamarte —le dijo Edward.

—¿Cuándo?

—No lo sé. En cualquier momento de esta semana. Y, Rhona, si no estás en casa no voy a dejarte ningún mensaje en el contestador.

—No tendrás que hacerlo. Estaré aquí, esperando tu llamada.

Así que les dijo a Chrissy y a Tony que se tomaba una semana libre para irse a París con Sean, y a Sean que no podía ir con él porque el trabajo se lo impedía.

Se quitó al gato del regazo muy a pesar del animal y cogió el mando a distancia. Encendió el televisor y se puso a cambiar de canal hasta que encontró las noticias de media tarde. Vio con impaciencia los habituales titulares políticos, y por fin el locutor anunció que a continuación les ofrecerían un llamamiento de colaboración por parte de la madre del chico asesinado en Glasgow. Flanqueada por dos detectives y frente a toda una sala llena de periodistas, se veía a una mujer bajita y de pelo oscuro, sentada. Una mujer que en nada se parecía físicamente a la víctima.

Rhona se recostó en el sofá mientras la cámara se movía hacia la cara de la mujer, como si necesitase estar muy cerca de ella para escuchar el susurro de su voz, tan cerca que se podía apreciar lo rojos e hinchados que tenía los ojos, hundidos en sus cuencas por el dolor. De pronto, consciente de la presencia de la cámara, la mujer se recompuso un poco y comenzó:

—Mi hijo ha sido asesinado. —Su voz era un golpe al corazón—. Lo ha asesinado un psicópata. Un loco que ataca a chicos. Mi hijo era inteligente, tenía un futuro brillante. Yo lo quería. Por favor, ayuden a la policía a encontrar al asesino de Jamie. Si tienen hijos, me comprenderán. —Empezó a fallarle la voz—. Por favor, por favor, cuéntenle a la policía cualquier cosa que pueda ser de ayuda antes de que ese loco vuelva a matar... —Las palabras se fueron apagando y la cámara se movió a un lado, como si le diese vergüenza captar semejante dolor.

Había llegado el turno de palabra del policía que se encontraba a su derecha.

Bill parecía exhausto, pero se mostró tan profesional y contundente como siempre. Explicó que la víctima, James Fenton, era estudiante de informática en la Universidad de Glasgow. Era un chico trabajador y callado, de los que guardan las distancias. La policía tenía en su poder una cortina que había aparecido bajo su cadáver. Se creía que el asesino se había marchado con prisa de la escena del crimen, ya que de otro modo se la hubiera llevado consigo. Si alguien la reconocía, tal vez esa pista pudiera llevarlos hasta el asesino.

La cámara giró hacia la izquierda. Tras el grisáceo rostro de la pena, aparecieron los remolinos de brillantes colores del cortinón, un contraste tan violento en la mente de Rhona que le hizo daño en los ojos.

Rhona se pasó el día siguiente examinando con todo cuidado revistas forenses a la búsqueda de algunos artículos que se había prometido a sí misma que iba a leer. Salió unos minutos a comprar leche fresca y pan y volvió corriendo, preocupada por si Edward llamaba en su ausencia. Pero fue Sean quien llamó primero. Por teléfono se le notaba más el acento irlandés, como si la distancia contrastase aún más su identidad.

Se produjo un silencio embarazoso; después le comunicó que se iba a quedar en París todavía una semana más.

—Pero ¿por qué? —preguntó ella, con voz tímida.

—El tipo al que estoy sustituyendo ha conocido a una divorciada rica en Florida —respondió, tratando de bromear para romper el hielo—. Y aún no quiere volver. Así que... podrías venir la próxima semana.

Las reservas que ponía en su voz eran evidentes.

—Sean...

—De momento duermo en el sofá de casa de alguien, pero podría conseguir alguna habitación de hotel para los dos. Durante el día estoy libre. Ya sabes, la primavera en París y todo eso.

Esperó su respuesta.

—No lo sé.

—Ya veo.

—Quiero decir que tengo que ver cuánto trabajo tengo.

Silencio.

Él le dio un número de teléfono.

—Puedes intentar localizarme en mi móvil o en este otro número.

—¿Es el de la casa en la que te alojas?

—No, es el del club.

—Vale.

La llamada terminó tan mal como había empezado. Cuando colgó, a Rhona se le pasó por la cabeza que Sean no estaba acostumbrado a que lo rechazasen.

Después de tomar el té, se puso una película de vídeo y se sentó a tomar una copa de vino. El gato volvió a ocupar su lugar favorito en su regazo. La llamada de Edward se produjo a las nueve en punto.

—Te enviaré un sobre en el correo de mañana —le comunicó—. Como podrás ver, el chico asesinado no tiene nada que ver contigo.

—Con nosotros —le corrigió.

Edward ignoró el comentario.

—Espero que esto ponga fin al asunto.

Rhona colgó sin contestar.

Por supuesto, Edward prefería ocuparse de aquello por carta. Si hablaban en persona, tal vez tuviera que utilizar el nombre de Liam, o peor aún, quizá tuviera que referirse a él como «tu hijo». Edward jamás haría eso. Él siempre había procurado alejarse del asunto como si fuera un mal olor. De hecho, eso era lo que representaba para él: un mal olor del pasado que había vuelto a su encuentro.

Rhona se tomó lo que le quedaba del vino y se sirvió otra copa. El gato refunfuñó disgustado y, optando finalmente por la comodidad mucho más fiable de la alfombra, se bajó de su tenso cuerpo.

Fuera había escampado. El sol del atardecer entraba por las ventanas. La

habitación parecía vacía. *Igual que mi vida*, pensó ella.

Era extraño mirar atrás y ver vacío donde antes había visto éxito. Se había licenciado, había estudiado el doctorado. Había podido decidir el lugar donde deseaba trabajar. Había tenido el privilegio de que le confiaran la responsabilidad de llevar su propio laboratorio. Se había comprado el piso. Tenía dinero en el banco. Pero, en definitiva, todo aquello no era nada. *Todo lo que he hecho ha sido pasar el tiempo*, pensó, *hasta ahora*.

El teléfono volvió a sonar. Se maldijo a sí misma por no haber encendido el contestador automático. Pero de pronto se dio cuenta de que podía ser Edward, que volvía a llamarla para decirle algo que se le había olvidado. Quizá algo importante.

—¿La doctora Rhona MacLeod?

Era una voz masculina.

—¿Sí?

—Esto te va a parecer un disparate —dijo el hombre, dubitativo, y luego se aclaró la garganta con nerviosismo—. Nos conocimos ayer bajo la lluvia. Me llamo Gavin MacLean. Compartimos un taxi.

—Sí, me acuerdo.

—Me preguntaba si te gustaría venir mañana por la noche conmigo al cine —y prosiguió antes de que ella pudiese contestar—. Lo comprenderé perfectamente si piensas que soy un loco y me dices que no.

—No.

—Está bien —dijo con tono decepcionado.

—Quiero decir que no creo que seas un loco —se rió Rhona.

—¡Qué alivio! ¿Vas a venir?

—No lo sé.

—Solo una película. Sin compromiso.

Se lo pensó un momento. Al día siguiente le llegaría la carta. Ya no tenía que quedarse en casa esperando. Y necesitaba volver a hacer vida normal. Parecía un tipo simpático. Y solo iban a ver una película. Además, si Sean podía hacerlo, ¿por qué ella no?

—Vale. Solo una película.

—Genial. ¿Te recojo hacia las ocho?

Cuando colgó el teléfono, Rhona estuvo por lo menos media hora preguntándose a sí misma por qué había aceptado salir con un extraño. Solo después se percató de que no sabía cómo era posible que Gavin MacLean conociese su nombre y su número particular.

Capítulo 10

La noche en que Rhona lo llamó por lo del niño había empezado bien para Edward. Fiona y él estaban dando una cena con el mismísimo *sir* James Dalrymple como invitado. Edward sabía que podía contar con el apoyo de su esposa. Ella comprendía la importancia que todos aquellos juegos de sociedad tenían para su carrera política.

Se había pasado media noche en el umbral de la puerta, contemplando el salón. El sol de junio entraba radiante por las puertaventanas y danzaba sobre los azulones y rosas de la alfombra china, sobre la cretona que cubría los sofás y sobre la pulida superficie de caoba de los muebles. Aquella estancia simbolizaba todo lo que había luchado por conseguir, desde las ventanas enmarcadas en seda, con vistas al césped cuidado escrupulosamente, hasta los jarrones con flores (jarrones caros para flores caras) y el mueble bar, perfectamente surtido.

Sin Fiona, sin sus contactos y sin su familia, jamás hubiese llegado tan lejos. Se le daba bien su trabajo, pero había muchos otros tan capacitados como él. Ella era quien marcaba la diferencia.

Al otro lado de las dobles puertas que comunicaban con el comedor podía verla, aún en bata, dando los últimos retoques a una mesa ya perfecta. Mientras se inclinaba para recolocar el centro de mesa, Edward pudo admirar tanto la atención al detalle de su esposa como su muslo desnudo.

A estas alturas ya le había servido dos güisquis, bastante rebajados, por cierto, pero fuertecitos aún, con la idea de que en algún momento entre el arreglo del centro de mesa y el ir a ponerse su vestido negro, ella le permitiera hacerle el amor.

Fiona lo miró, esperando que diese la aprobación final a los preparativos para la cena. Su marido le dio la respuesta que estaba buscando. Después, señaló con la cabeza las escaleras que conducían al dormitorio. Ella sonrió.

Edward había conocido a la que ahora era su esposa en una fiesta que daban su empresa y un cliente corporativo en las lujosas oficinas de este último, que tenían, por cierto, unas vistas magníficas al río Clyde. Aquella noche se sentía muy orgulloso de sí mismo, ya que había cerrado una transacción en el extranjero que le había ahorrado a aquel cliente en particular una fortuna en impuestos en el Reino Unido. Además, se alegraba de poder estar fuera de su apartamento durante un rato. La situación entre Rhona y él había tocado fondo.

Fiona estaba preciosa de negro. Era algo que tenía que ver con la combinación de aquel cabello rubio tan cuidado y su piel levemente bronceada. Aquella noche en concreto, el corte de su vestido insinuaba especialmente el contorno de sus nalgas.

Rhona y él no habían practicado sexo desde hacía tiempo. Y Edward se sintió de

pronto como un adolescente que tiene su primera erección.

A mitad de la velada, la joven lo había invitado a subir a conocer su oficina, situada dos pisos por encima del salón donde se celebraba la fiesta.

Edward había tumbado a Fiona contra el imponente escritorio de caoba y le había bajado los finos tirantes del vestido, dejando al aire sus pechos turgentes.

Ella se liberó de la boca de Edward para deslizarse hacia abajo hasta dejar descansar la cara sobre su entrepierna, y él sintió un deseo irresistible de dejar que su pene hiciese erupción allí mismo, en aquel momento.

Pero el ritmo de Fiona resultaba perfecto.

Se había girado y estaba reclinada sobre la mesa, y Edward pudo cumplir su deseo. Sobre aquel escritorio cubierto de cuero, separó las pequeñas y prietas nalgas de la mujer y se deslizó en su interior. Si en la fiesta no pudieron oír sus gritos de placer fue porque aquella música, tan cuidadosamente seleccionada, estaba, sin lugar a dudas, demasiado alta.

Incluso ahora, después de tantos años, su esposa seguía ejerciendo el mismo influjo sobre él. Había habido otras mujeres desde entonces, y también sabía que ella había tenido otros hombres. Pero siempre habían permanecido juntos. Los dos eran conscientes de que eran más fuertes juntos que separados.

El murmullo de la conversación en la mesa de la cena confirmaba el éxito en la disposición de comensales organizada por Fiona. Había ocho invitados, todos relacionados de un modo u otro con la campaña electoral. Frente a Edward, su mujer se encontraba enfrascada en una conversación con el juez Cameron MacKay. Ella ya le había advertido a su marido que a aquel hombre, a sus 65 años, a veces le costaba localizar su propia rodilla, y que con frecuencia se le escapaba la mano para acariciar el muslo de la dama que se sentaba a su lado, ella misma en esta ocasión.

Edward había dejado caer su servilleta para ver con sus propios ojos lo enérgica que resultaba la actitud del juez MacKay. Lo que vio le hizo maravillarse de lo exquisitamente discreta que podía llegar a ser la conducta de su esposa.

El resto del grupo estaba formado por dos clientes de negocios (que apoyaban a su partido político) y unos cuantos activistas, la más atractiva de los cuales era Sarah Anderson. Edward estaba convencido de que era lesbiana, ya que jamás había dado la menor indicación de encontrarlo atractivo. Con todo, pensó él, mientras la miraba desde el otro lado de la mesa, había que reconocer que hasta las bolleras tenían tetas, y había algo muy tentador en la forma de las de ella.

A la izquierda de Sarah se sentaba Ian Urquhart, su jefe de campaña. Ian no estaba interesado en Sarah. Sus inclinaciones tendían hacia otro lado. Aquella noche Fiona lo había sentado junto a *sir* James Dalrymple.

Parecía, pensó Edward, que Fiona no se había equivocado sobre los gustos de *sir* James.

Cuando sonó el teléfono, los invitados estaban a punto de retirarse al invernadero para tomar la última copa de la noche. La anfitriona hizo un gesto con la cabeza a su esposo y se fue a contestar, claramente molesta porque Amy no hubiese llegado antes que ella. Cuando volvió, Edward ya había hecho pasar a los asistentes al invernadero, donde les había servido las bebidas. Y era una suerte, ya que las copas consiguieron que no repararan en la expresión de Fiona.

—Es una mujer —le dijo fríamente—. Quiere hablar contigo.

Él utilizó una de esas sonrisas que indicaban que probablemente se tratase de una votante, pero su mujer no se dejó convencer con tanta facilidad.

—Aún no eres parlamentario —le recordó mientras se dirigía al invernadero.

En cuanto Rhona se puso a hablar, él supo que había estado llorando. Le sorprendió que, después de tantos años, algo en su interior se removiese al oírla en aquel estado. Ella comenzó a divagar sobre una marca de nacimiento y un chico muerto.

Cuando se paró a respirar, Edward se vio de pronto a sí mismo prometiéndole que daría con la información que le solicitaba. Cualquier cosa con tal de conseguir que se callara y librarse de ella. Se despidió y recogió el vaso de güisqui de donde lo había dejado minutos antes, cuando la vida aún le sonreía. Le temblaba la mano. La sacudida del alcohol en su garganta no consiguió hacer desaparecer el sentimiento de miedo que lo atenazaba. Edward se esforzó por organizar sus pensamientos y ver el asunto con perspectiva. Rhona siempre había sido una neurótica, especialmente tras el nacimiento del niño. Fiona nunca se había comportado así. Su esposa se había tomado los nacimientos de los chicos con calma. A los pocos días ya estaba jugando al tenis de nuevo. Pero Rhona, no. Ella había pasado por meses de frialdad y rechazo. Había sido una tortura para él. Edward se estremeció con solo recordarlo. Gracias a Dios que la había dejado. Y ahora la escenita de la galería de arte, cuando lo único que él había hecho había sido pedirle un simple favor. La verdad era que no debió acercarse a ella. Había sido todo un error. ¡Y ahora más que nunca!

Se acabó el güisqui y volvió al comedor para rellenarse el vaso en la licorera. Después respiró hondo y regresó al invernadero.

Hizo un gesto con la cabeza a su mujer para que se tranquilizara y se sentó junto a Sarah Anderson, quien, por una vez, le dedicó una sonrisa de bienvenida. Él se la devolvió, mientras tomaba nota mentalmente de que debía fijarse ciertas prioridades: nada (ni los bebés, ni los chicos muertos, ni la seducción) podía interponerse en la conversación que pretendía sostener con *sir* James Dalrymple aquella noche.

Capítulo 11

El dormitorio estaba desordenado. Había camisetas sucias por el suelo y tres vasos vacíos sobre la mesilla de noche, pegajosos y con restos de Coca-Cola *light*. El cajón de los calcetines estaba abierto y olía a ceniza vieja de cigarrillos, porque había estado escondiendo las colillas dentro de él, con sus calcetines. Pero ya había demasiadas metidas en aquella caja, y cada vez que abría el cajón para sacar unos limpios, Jonathan podía olerías. Desde que su madre le había «cedido la habitación a él», como solía decirle, era más fácil que antes esconder las evidencias de que fumaba. Ahora Amy, el ama de llaves, ya no le traía la ropa limpia a su cuarto, se la dejaba en una pila en el suelo, junto a la puerta. Como ya no entraba, él no tenía que tirar las colillas de una en una. El problema era que si ahora las echaba todas juntas al cubo de la basura que había en la cocina, la mujer notaría el olor y se lo diría a su madre.

Jonathan dio una última calada, apagó el cigarrillo en el alfeizar y cerró la ventana, antes de añadir la colilla a la ya rebosante caja. Pensar dónde tiraría aquellos restos era lo único que podía hacer por el momento.

Se fue al armario y revolvió la parte de atrás del ya de por sí desordenado mueble. Abajo parecía que la fiesta se había trasladado al invernadero. Había oído el chirrido de las sillas del comedor sobre el suelo de parqué y el rumor de la conversación mientras salían de la estancia. Después sonó el teléfono y durante unos segundos, Jonathan pensó que sería estupendo que fuese Mark. Pero una mirada al reloj le confirmó que este ya habría salido. Llamarlo a él sería lo último que se le ocurriría. Mark no era de los que se quedaban en casa los sábados por la noche.

El recibidor estaba justo debajo de su habitación, así que siempre sabía cuándo alguien subía por las escaleras. Y lo que también podía hacer era oír las conversaciones telefónicas. Aquella noche estaba claro, por su tono entrecortado, que su padre estaba enfadado con la persona que le había llamado.

Jonathan encontró la botella de vodka que tenía escondida dentro de una bota al final del armario y la sacó. Había prometido, cuando ambos la cogieron del mueble bar, que la compartiría con su hermana Morag. Pero parecía que ella, a pesar de sacarle solo diez meses, siempre conseguía bebida cuando salía. Se acercó a los tres vasos, eligió el que estaba menos pegajoso y se sirvió un trago. El zumo de naranja que había mezclado con el vodka no olía demasiado bien y se preguntó si se habría estropeado.

Las luces del invernadero iluminaban el jardín. Si se quedaba muy cerca de la ventana y pegaba la nariz contra el cristal, podía vislumbrar los dos asientos más cercanos a las puertaventanas. La joven a la que antes le había abierto la puerta estaba allí. Jonathan se estremeció al recordar lo simpática que se había mostrado al llegar, y cómo él, al darse cuenta de que no llevaba sujetador, se había sentido demasiado

azorado como para responder a ninguna de sus preguntas.

Luego su atención se centró en su padre, que tenía la típica expresión que ponía siempre que se encontraba junto a una mujer atractiva. Tomó un sorbo de vodka y disfrutó de la sacudida que le produjo al bajar por la garganta. Después dejó el vaso, se desabrochó los vaqueros y se la sacó. Allí la tenía, echada hacia un lado, pálida y llena de venas azules, contra el pantalón. Comenzó a tocársela con el vaso frío y enseguida empezó a crecer. Fuera, la chica estaba de pie, con la cabeza girada hacia la casa; y la leve gasa verde de su vestido se plegaba sobre sus pechos. Él se la quedó mirando e imaginó qué aspecto tendrían sus tetas bajo aquel vestido mientras se frotaba el vaso frío arriba y abajo por la polla.

Siempre esperaba a que sus padres estuvieran dormidos antes de acceder al sistema. Generalmente, tenía que aguantar que Morag viniese a contarle las cosas que había hecho durante la noche, pero hoy ella ya había llegado. Había vuelto como a media noche y se había ido directamente a su habitación, así que por una vez no había tenido que sufrir el recuento pormenorizado de sus hazañas. Después de eso, normalmente tenía que aguantar los resoplidos y jadeos procedentes de la habitación de sus padres. Desde que le habían ofrecido la candidatura a su padre, se habían mostrado de lo más cariñosos el uno con el otro. Jonathan se preguntaba cómo podía soportar su madre a aquel bastardo lameculos. Al menos, aquella noche no tendría que escucharles. Sabía que sus padres ya habían echado uno antes, los había oído cuando subía a su habitación.

Ahora toda la casa estaba dormida, y el único hálito de vida provenía del pálido azul de la pantalla del ordenador que tenía en el rincón de su cuarto.

Su primer pensamiento fue mandarle a Mark un mensaje; algo que le hiciese reír, algo sobre que sus padres habían echado un polvo antes de la cena. Por lo general Mark echaba un vistazo a su correo electrónico al volver a casa, por tarde que fuera.

Jonathan pinchó el icono y esperó.

Tenía dos correos nuevos.

Darse cuenta de que su padre era un auténtico mamón había constituido una verdadera revelación, una enorme sorpresa para él. Cuando Jonathan era pequeño, Edward no pasaba demasiado tiempo con ellos. Su madre siempre le decía que estaba trabajando, y cuando volvía a casa solía estar muy cansado. Así que Morag y él siempre recurrían a su madre para cualquier cosa que necesitasen, e incluso aún con más frecuencia a Amy, que llevaba trabajando en la casa desde que él tenía uso de memoria. Amy era como una amiga, pero tenía ideas muy claras acerca de lo que estaba bien y lo que estaba mal. Beber, fumar y el sexo «a su edad» pertenecían a esta última categoría, y Jonathan jamás había tenido el suficiente valor como para

preguntarle cuándo, a su modo de ver, empezarían a estar bien. Cuando era pequeño, siempre se quedaba con ella cuando su madre estaba «fuera». Nunca supo dónde era «fuera», pero siempre olía muy bien cuando iba allí. Desde luego, no salía por asuntos de trabajo, de eso estaba seguro, pero cuando volvía a casa lo hacía «exhausta». Se dejaba caer en el sofá y le pedía que le trajese la bebida que le había enseñado a preparar. Lo que sí sabía era que la suya era una familia respetable, rica y conservadora. No les gustaban los negros, los de piel oscura (a excepción de los bronceados que se obtenían gracias a vacaciones en el extranjero), los amarillos ni los de izquierdas. Eran de la opinión de que uno debía valerse por sí mismo (por duro que resultase) y que trasladarse a Londres era señal de prosperidad.

Cuando Jonathan tenía unos diez años, un día la madre de un amigo lo trajo a casa antes de la hora prevista. El coche lo había dejado frente a la enorme puerta de entrada y al ver que el de su padre también estaba allí, de repente se sintió sin fuerzas para entrar y someterse a sus preguntas (lo que ellos llamaban «tener una conversación»), así que decidió marcharse hasta su GESA (guarida especial secreta del árbol) antes de entrar en la cocina a buscar a Amy. Se había escabullido por el jardín delantero y había rodeado la casa hasta llegar al huerto; después había corrido entre la espesura de los manzanos en flor, a toda prisa, como si estuviesen persiguiéndolo, y se había escabullido por la puerta de la tapia, no sin antes echar un vistazo para asegurarse de que el enemigo no le había visto escapar. Ya podía oír a su alrededor el sonido del río y de los árboles, además de un murmullo de voces. A Jonathan le encantaba el bosque. No era como el jardín de su casa, con las flores de los rododendros salpicadas por el famélico césped. Allí las cosas crecían como querían; grandes, audaces, fuertes y dulces. Él podía olerías crecer, especialmente cuando se tumbaba en su guarida con la cara pegada a la tierra.

Caminaba con rapidez, ansioso por llegar al refugio. El viejo pino que marcaba su posición tenía el tronco retorcido por los años, partido en dos y separado en ramas más jóvenes. En tres de sus cuatro lados el suelo estaba cubierto de matas de tojo y enebro, y zarzas llenas de espinas. El cuarto lado daba al camino que conducía hasta un claro lleno de hierba y sol. Jonathan rodeó el árbol hasta perder de vista el sendero y se tumbó para evitar las puntiagudas espinas de las zarzas. El suelo comenzó a hundirse bajo su cuerpo y se dejó caer rodando hasta llegar a su madriguera, donde pudo lanzar un suspiro de placer.

Allí estaba, tumbado, observando el espeso dosel de follaje que le hacía de techo, cuando oyó unas voces. Se incorporó un poco, lo justo como para poder echar un vistazo por el agujero que tenía a tal efecto y observar a la pareja que se le acercaba por el camino. La mujer era joven y guapa. Llevaba un vestido azul brillante que relucía bajo la luz del sol, cuyos rayos entraban entre las hojas sacudidas por el viento. Ella se rió, y aquel sonido, como el de un cascabel, hizo que al niño se le erizara el vello de la espalda.

Entonces oyó la voz del hombre. Era su padre.

Jonathan se pegó todo lo que pudo al suelo. Su corazón latía tan fuerte que estaba seguro de que iban a oírlo. Pero ninguno de los dos tenía ojos ni oídos para nada que no fueran ellos mismos. Cuando la charla y las risas se detuvieron, hubo algo que hizo que Jonathan se retorciera contra la tierra, algo que lo obligó a girarse para ver mejor. La mujer estaba apoyada contra la corteza del árbol, con lo cual él no podía ver más que la línea de sus torneadas piernas a cada lado del agujero. Se oía, además, un sonido frenético, como si alguien estuviese escarbando. Luego vio que una de las piernas se elevaba para abrazar el cuerpo de su padre y la otra quedaba en el aire, balanceándose violentamente con cada embestida.

Lo único que se oía eran los chillidos y los gemidos de la mujer.

Pava, pam, pam, pam... y entonces el zapato de ella comenzó a soltarse y se quedó suspendido de sus dedos un momento hasta caer sobre la hierba.

Cuando Jonathan volvió a casa, después de esperar media hora completa (contabilizada con el reloj que su padre le había regalado en Navidad), Edward estaba en la puerta de entrada, contándole a Fiona que acababa de llegar hacía unos minutos.

De ahí en adelante, supo que todo lo que su padre dijera sería mentira.

El primer mensaje era de Mark. Debía de habérselo mandado antes de salir, porque decía: «¿Qué pasa, tío? Acabo de echar un trago y me largo. Imagínate las tetas de Shona Saeton y sabrás dónde estoy».

Jonathan trató de pensar en alguna respuesta que pudiese hacerle gracia a su amigo. Pero cualquier cosa que pudiera decirle sería inventada, y hablar del polvo que habían echado sus padres en lugar del que había echado él resultaba bastante triste. Se preguntó por qué Mark se molestaba en mandarle correos a él. En el colegio Mark era demasiado enrollado como para permitir que los vieran juntos.

Jonathan fue a por el vodka, y esta vez se lo tomó directamente de la botella. Le estaba produciendo el efecto esperado. Pensó que podía contarle a su amigo lo de la paja con el vaso frío y las tetas de la mujer del invernadero. Mejor aquello que nada. Pero finalmente no pinchó el botón de responder. Dio otro trago, a sabiendas de que lo que estaba haciendo era retrasar el momento de abrir el segundo correo.

Ya llevaban así unos tres meses. El primer mensaje había sido poco menos que un accidente. Jonathan se había pasado una semana diseñando su página web, en la que había detallado las cosas que le gustaban y las que no. Se suponía que la había hecho para un concurso de una revista de ordenadores, pero después de terminarla se dio cuenta de que ni siquiera le apetecía participar. Cuando la subió, recibió como media docena de respuestas. A cuatro les gustaba el mismo equipo de fútbol que a él, y dos le decían que se jodiese y se espabilase, y que podía comenzar por apoyar a otro equipo. Después ya no recibió más mensajes hasta que le llegó el primero de Simon.

Jonathan se había pasado un montón de tiempo hablando con él después de aquel primer contacto. Había llegado la época de los exámenes, y su padre le había estado

dando nuevamente la lata con el Derecho y con las notas que tenía que sacar si quería estudiarlo en Edimburgo o en la puta Cambridge. ¿Quién quería ir a la puta Cambridge? ¿Quién quería estudiar Derecho, joder?, le decía a Simon, y él siempre estaba de acuerdo. Le decía que tenía que estudiar lo que le gustase, aunque fueran Bellas Artes. Incluso le mandó información sobre varias universidades en las que se impartía esa carrera y algunas direcciones electrónicas en las que podría encontrar más datos.

Jonathan jamás se planteaba la edad de Simon. En las relaciones electrónicas la edad no importaba. Era obvio que pensaban igual. Una noche había empezado a quejarse de las chicas. A partir de entonces, Simon había estado hablándole de eso durante mucho tiempo, y muchas de las cosas que decía sobre ellas eran verdad.

Dejó la botella e intentó abrir el cajón de su escritorio. Veía el tirador borroso y el condenado objeto no dejaba de moverse cuando intentaba agarrarlo. Pero al final consiguió pillarlo y abrir el cajón. Había dejado allí las primeras fotos que había imprimido, bajo sus libros de clase. Estaban dentro de un viejo cuaderno de álgebra. Su madre jamás miraría allí.

El cartucho de tinta de la impresora ya se estaba acabando y las copias se veían un tanto borrosas en algunos sitios, aunque se distinguía con toda claridad lo que estaban haciendo los protagonistas. Buscó entre todas hasta que dio con su favorita.

Se peleó un poco con la cremallera de su pantalón pero, ya fuera por la bebida, por la naranja pasada o por la visita anterior, lo cierto era que su pene no le respondió, así que decidió tomarse otra copa.

Cuando le llegó la segunda entrega, les echó un vistazo y después las rompió. Observó la tercera durante mucho más tiempo, y luego se la llevó a su GESA. NO había vuelto a ir allí desde hacía una semana, y la verdad es que ya casi había decidido que lo que iba a hacer con ellas era quemarlas. Guardó las fotos en el cajón y miró la pantalla. El archivo que aún no había leído era grande, lo que probablemente significaría que incluía imágenes.

Jonathan apuró el vodka, pinchó dos veces en la pantalla y lo abrió.

Capítulo 12

El sobre llegó con el correo de la mañana.

Rhona ya estaba despierta. El ruido del buzón hizo que el corazón le diese un vuelco. Se puso en pie y corrió hacia el vestíbulo. Sobre la alfombra había un sobre grande de color marrón. Lo cogió, se lo llevó a la cocina y lo dejó encima de la mesa. Luego puso a calentar la tetera. Había esperado diecisiete años; podía esperar unos minutos más.

Su familia nunca había sabido nada del niño. Rhona se lo había ocultado hasta el final. Después de que su padre se jubilara, se habían mudado fuera de la ciudad; se habían ido a vivir a la costa oeste, de donde él era oriundo. Rhona, en su infancia, había pasado allí las vacaciones, corriendo por la playa, trepando por aquellas rocas que, según su padre, eran las más viejas del mundo. De estudiante había visitado el lugar muy a menudo; le robaba largos fines de semana a sus obligaciones y hasta una semana entera en verano para poder hacerlo. Adoraba aquella casa, con su fachada blanca orientada hacia el mar. Estar allí era como ser niña de nuevo, ir a pescar, pasear por la orilla... Una vez había ido allí con Edward. Él se había pasado todo el tiempo sentado en la cocina con una copa en la mano y hablando con sus padres. Entonces ella aún lo amaba. Pero cuando se marcharon por la carretera en su MG retocado, él le había dicho que no le gustaba la naturaleza, que era más bien un chico de ciudad. Jamás volvió a llevarlo a su paraíso. Cuando descubrió que se había quedado embarazada y decidieron dar al niño en adopción, no fue capaz de enfrentarse a sus padres y comenzó a inventarse excusas siempre que su madre la llamaba; le decía que tenía mucho trabajo, que los vería en verano cuando todo se tranquilizase un poco...

El niño debía tener unos cinco años cuando su madre murió. Después, Rhona comenzó a ir a casa los fines de semana para visitar a su padre, y cada vez que volvía se daba cuenta de que iba quedando menos de él. Una o dos veces fue su padre quien se acercó a Glasgow y se quedó con ella algunos días. Iban a visitar la galería, pero él ya solo aguantaba recorrer la planta baja. Mientras rehacían los paseos de siempre, Rhona veía cómo se iluminaba la cara de su padre al recordar los días de infancia que habían pasado allí juntos y comprendía que le había robado algo muy preciado.

Edward y ella permanecieron unidos apenas seis meses tras la adopción. No pudieron soportarlo más. Toda aquella mezcla de amor y odio dolía demasiado. De odio y amor. Ella lo odiaba por haberla convencido (*¿de verdad lo había hecho?*) y se odiaba incluso más a sí misma por haberse dejado convencer. ¿Y Edward? Él simplemente odiaba la situación entera.

La dirección del sobre venía escrita por Edward, de su puño y letra. Desde luego,

no era un asunto que pudiera encomendar a su secretaria. Rhona se lo quedó mirando durante un buen rato y después lo abrió con cuidado. Tenía la boca seca.

Sacó dos hojas de papel. La de arriba era la copia de una partida de nacimiento. Sus manos temblaban mientras la leía: «Liam James MacLeod, nacido a las 2.35 a. m. del lunes 2 de enero de 1985». Nunca había visto aquel certificado. Era Edward quien se había encargado de registrar al niño. Le había dicho que no merecía la pena que se angustiase, que sería mejor que él tramitase todo el papeleo y así ella podría ir olvidándolo. Que tenían que seguir adelante con sus vidas como si nada de aquello hubiera ocurrido. Tocó la letra. En la casilla de la madre aparecía su propio nombre, Rhona Elizabeth MacLeod. La del padre estaba vacía. Edward le había dicho que era mejor así.

—De esta forma no podré buscarle para pedirle dinero cuando se haga millonario —había bromeado entre risas.

La segunda hoja era poco más que una nota.

«Adjunto copia de la partida de nacimiento. Como sabes, legalmente los padres biológicos no tienen derecho a solicitar información sobre sus hijos, ni tienen acceso a documentación judicial. Sin embargo, he descubierto que la adopción tuvo lugar un mes después del nacimiento. Conseguí contactar con el secretario del registro civil, quien me proporcionó un certificado de adopción a nombre de Hope. Un amigo que tengo en la policía me ha dicho que el chico asesinado ha sido identificado como James Fenton, de Manchester».

Por supuesto, no había conexión alguna entre los dos muchachos. Edward estaba en lo cierto. Todo era fruto de su imaginación. Liam estaba por ahí, vivo y feliz. Edward le había puesto en orden la vida. Una vez más.

Cuando llegó Gavin MacLean, a las ocho en punto, ella ya se había tomado dos ginebras. Una mientras estaba sentada en el baño, llorando; y la otra mientras se vestía, se secaba el pelo y se maquillaba.

Cuando sonó el timbre, miró por la ventana. Él estaba de pie en la acera. La vio, le hizo una señal con la mano, y ella le devolvió el saludo. Al llegar Rhona a la calle, los dos se quedaron embarazosamente quietos durante un segundo.

—Esto me resulta un tanto incómodo —reconoció él.

—Sí, a mí también.

Era incluso más alto de lo que había creído, y su pelo parecía más rubio ahora que ya no estaba mojado. Pero sus ojos y su sonrisa seguían siendo los mismos.

—Estás muy guapa —le aseguró.

—Por lo menos no estoy tan mojada como el otro día.

Los dos se rieron.

—Pensé que si cenábamos antes, sería más fácil romper el hielo —comentó él. Parecía algo nervioso—. Así que reservé mesa en un restaurante italiano.

—Me parece perfecto.

Mientras caminaban juntos, ella decidió que le ofrecería que pagasen a medias. Sería mejor mantener las cosas equilibradas.

—Podemos pagar a medias —dijo él, como si le hubiese leído el pensamiento—, si eso hace que te sientas más cómoda.

Cuando cruzaron la carretera, él la cogió del brazo para conducirla entre el tráfico. De pronto, Rhona recordó cuando atravesaba aquellas mismas calles de la mano de su padre.

Rhona se quedó mirando a Gavin con expresión perdida. Le había dicho algo y estaba claro que esperaba una respuesta, pero ella no tenía la menor idea de lo que debía contestar, ya que los últimos cinco minutos no le había estado escuchando.

—Lo siento.

—No te preocupes.

Le sirvió más vino, y ella levantó el vaso y tomó un sorbo para evitar los ojos de su acompañante.

—Tengo... Es que hay algo que me ronda por la cabeza —se disculpó.

—¿Asuntos de trabajo?

—Sí —respondió, pues le pareció más sencillo que inventar una excusa.

—¿Te apetece hablar de ello?

—Déjalo, no quiero que te deprimas.

—Tranquila, no lo haré.

—Bueno —comenzó—. Últimamente estoy trabajando en un caso... Un chico al que encontramos muerto en un piso.

—¿El estudiante?

—Sí —asintió, mientras le miraba asombrada—. ¿Cómo lo sabes?

—Porque leo los periódicos y veo la televisión.

—Ah, claro.

Se sintió tonta. Toda Escocia conocía el caso del chico muerto.

—Lo que pasa es que... —prosiguió, antes de hacer una pausa— que el caso me ha afectado un poco. El chico se parecía a alguien que conozco. Solo eso.

—Ya veo. ¿Prefieres que no vayamos al cine?

—Te lo agradecería.

Gavin le hizo una seña al camarero para que se acercase y le pidió la cuenta.

—Mira, ¿qué te parece si vamos a mi casa, escuchamos algo de música...?

—No quiero que pienses...

—No lo haré.

Confortablemente sentada en el apartamento de Gavin, con un café en la mano,

Rhona le contó que en aquel momento tendría que estar en París con Sean. No le explicó por qué no había ido y él no se lo preguntó. En cambio, sí le contó algunos detalles de su propia vida. Tenía cuarenta años, no se había casado, pero había convivido con una chica durante bastante tiempo, siete años concretamente.

—Yo no hacía más que pedirle que se casase conmigo y ella no hacía más que decirme que no —comentó, mientras hacía una mueca—. Le daba miedo el matrimonio. Su padre había sido marino mercante, así que solo volvía a casa cada seis meses. Su madre crió a los tres hermanos sin ninguna ayuda. Cuando su padre se quedó en tierra, quiso «retomar su puesto», o eso decía ella. Y su madre lo aceptó, pero los niños, no. Finalmente su hermano menor le plantó cara al padre y se pelearon. Siempre había dicho que ella no se casaría.

—¿Y por qué rompisteis?

El vaciló un momento, como si estuviese buscando una razón.

—Llegamos a un punto en el que estaba claro que el camino se acababa. A ella le ofrecieron un trabajo en el sur. Los dos juramos que seguiríamos en contacto, pero no lo hicimos.

—Yo creo que los hombres y las mujeres somos incompatibles —comentó Rhona—. Nuestras prioridades siempre son diferentes.

—No digas eso.

—Es cierto. Tal vez la homosexualidad sea la respuesta; seguro que a los gays no les ocurre lo mismo.

—Tal vez.

Se miraron y se rieron.

—Tengo que irme —dijo ella.

—De acuerdo. Te llamo un taxi.

La acompañó hasta la puerta. En el exterior, el aire se había caldeado. Escocia por fin recordaba que estaban en junio.

—No he llegado a preguntarte cómo conseguiste el número de teléfono de mi casa —mencionó.

Gavin pareció repentinamente avergonzado.

—Pirateé el sistema —admitió—. Todo el mundo tiene sus datos archivados en algún sitio. Y yo, frente a un ordenador, puedo localizar prácticamente todo lo que quiera saber sobre una persona. Es tan fácil como localizar los fluidos corporales de mi propio cuerpo.

—Ya, como en 1984 y tal, ¿verdad?

—Exacto.

Llegó el taxi.

—¿Te puedo piratear en alguna otra ocasión? —preguntó él.

—Solo si yo puedo tomar muestras de tus fluidos corporales. —Y entonces, repentinamente, se dio cuenta de lo que acababa de decir.

—Cuando quieras —le aseguró él, mientras se reía y levantaba las cejas.

Cuando Rhona regresó a su apartamento, la luz verde del contestador estaba encendida. Le dio al botón de reproducción. Era Sean quien había llamado. Había música de fondo, y a mitad del mensaje se escuchaba una risa muy aguda, seguida por la voz de una chica, que lo llamaba por su nombre con tono ñoño. Le dijo que volvería a intentarlo la noche siguiente y le recordó el número del club. Rhona se preguntó por qué no le habría dado el teléfono del piso en el que estaba viviendo. Tal vez fuera la casa de la chica a la que había oído reír.

El segundo mensaje era de Edward, y le decía que esperaba que hubiese recogido el sobre que le había enviado.

—De veras que espero, Rhona, que con esto des por concluido el asunto.

Rhona soltó un improperio en voz alta. Se fue al dormitorio, abrió el sobre, sacó los dos documentos y se los quedó mirando. Si Gavin MacLean podía saberlo todo sobre ella pirateando un ordenador, tal vez pudiese encontrar algo sobre su hijo.

Y además, por lo que a ella concernía, a Edward Stewart podían darle por saco.

Capítulo 13

Bill Wilson se había pasado la noche en blanco. Por dos veces había bajado al piso inferior y había estado viendo una de esas películas que ponen a altas horas de la madrugada. Pero en cuanto le entraba el sueño y volvía a la cama, se espabilaba de nuevo. En cuanto la luz del día empezó a colarse por la abertura de las cortinas, se rindió y decidió levantarse definitivamente. De forma automática, se hizo un café y se sentó a la mesa de la cocina.

A mitad de la segunda taza, oyó que alguien en el piso de arriba caminaba hacia el baño. No eran los pasos de Margaret; la había dejado dormida. Veinte años viviendo con un policía le habían permitido entrenarse en ignorar sus hábitos nocturnos.

La puerta de unas de las habitaciones se cerró, se oyeron una serie de golpecitos y una especie de zumbido largo y agudo, y Bill comprendió que uno de sus hijos se estaba conectando a Internet.

Si todos los chicos hacían eso, pensó, jugar con la red mientras sus padres estaban dormidos, debía de resultarles terriblemente fácil acceder a lo que les viniera en gana. Se puso en pie, pero al instante volvió a sentarse. Ya había hablado con los dos de aquel asunto.

Jamie Fenton, desde luego, había sido un buen estudiante hasta dos semanas antes de su muerte. Se había trasladado a un colegio mayor nuevo, al Dalrymple Hall, construido con el patrocinio del generoso *sir* James Dalrymple. Los pedófilos tenían acceso a chavales vulnerables a través de Internet, pero el departamento de Informática de Glasgow aseguraba que sus laboratorios estaban bajo supervisión para asegurarse de que allí no se producían «actuaciones licenciosas», como ellos las llamaban.

La señora Fenton le había dicho que Jamie no podía permitirse un ordenador. Estudiaba con una beca y ella no tenía dinero para comprarle nada.

Cuando Bill sacó el tema del sexo, la mujer se sintió incómoda. Su hijo era normal, protestaba, tenía una novia en Manchester, una chica muy agradable con la que salía cuando estaba en casa.

Sus compañeros tampoco le aportaron ninguna otra pista. Jamie era un solitario y pasaba la mayor parte de su tiempo libre en el laboratorio de Informática. Siempre estaba sin blanca. Había intentado que le prestasen dinero para ver si conseguía llegar hasta fin de curso. Bill era consciente de que ser estudiante hoy en día era duro, mucho más que en su época.

Se puso en pie y aclaró la taza en el fregadero. Los primeros rayos del sol de la mañana le recordaron que le había prometido a Margaret que cortaría el césped. El chico de los periódicos paró su bicicleta con un derrape y se acercó silbando por el sendero. Bill recogió el diario del suelo del vestíbulo y lo extendió sobre la mesa de la cocina. Lo último que esperaba era encontrarse con los detalles de su investigación

en él.

Helen Connelly contestó al teléfono.

—¿Helen? Soy Bill Wilson. Siento llamarte tan pronto. ¿Está Jim por ahí?

—Aún está en la cama, Bill. Anoche llegó tarde. Recibieron algo especial en la redacción, algo que incluso les ha obligado a retrasar la edición matinal.

Bill intentó no soltar tacos mientras hablaba con ella. La mujer no tenía la culpa de tener a un idiota como marido.

—Pero puedo despertarlo, si es importante.

—Lo es.

—Vale. Ahora lo aviso.

Oyó cómo llevaba Helen el teléfono al piso de arriba y después cómo zarandeaba a Jim. Mencionaron su nombre y después una voz de hombre dijo:

«¡Oh, joder!».

—Buenos días, Bill —lo saludó una voz animada y jovial—. ¡Qué pronto te levantas!

—¿Qué coño crees que estás haciendo al sacar a la luz esta historia?

Después de un momento de silencio, Jim se aclaró la garganta.

—La historia es cierta —dijo, defendiendo su terreno—. Nuestras fuentes son fiables.

—Ya sé que es cierta.

—Entonces... ¿Cuál es el problema?

—El problema es —aseguró Bill, respirando lo más profundo que podía— que gracias a ti esa gente ahora sabe que le seguimos la pista. ¿Qué crees que estarán haciendo?

Y prosiguió, sin esperar siquiera a que su interlocutor respondiese a la pregunta.

—Estarán borrando sus huellas y suprimiendo todos y cada uno de los archivos pornográficos de aquí a la eternidad.

—Oh.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre decir?

—Anoche recibí una llamada. La fuente era buena, así que incluí la noticia. Nos llenaba un hueco.

—¡Os llenaba un hueco! ¿Sabes que hay críos ahí fuera a quienes les están llenando el hueco ahora mismo? —La voz de Bill temblaba de rabia.

—Mi trabajo es poner la verdad en letra impresa.

—La verdad... —Bill se detuvo—. La única verdad es que me has jodido la investigación.

Para cuando Bill llegó a la oficina, las noticias también lo habían hecho. Una

mujer de la universidad ya les había llamado para preguntar quién había revelado la información confidencial que tanto les había costado recopilar durante los tres últimos meses. Janice le dijo que estaba fuera de sí.

Todo lo que habían descubierto era ya inútil.

Bill volvió a extender el periódico encima de su escritorio, por puro masoquismo. «Pedófilos de Glasgow echan las redes al inocente».

Jim Connelly sabía escribir un titular, de eso no le cabía la menor duda.

Capítulo 14

Chrissy echaba de menos a Rhona. Con Tony no se estaba mal, pero después de un rato le aburrían las historias de sus conquistas durante las vacaciones y de sus juergas y borracheras en México, habida cuenta de que lo más cerca que aspiraba ella a estar de ese país era el restaurante mexicano Amigos.

La llegada del buen tiempo la tenía inquieta. El parque de abajo estaba lleno de estudiantes que haraganeaban al sol tumbados en la hierba, tocaban música o estudiaban para los exámenes finales. Todo aquello le hacía sentir el deseo de volver a los días en los que su única preocupación era pensar de dónde iba a salir la próxima comida y si la mitad de los apuntes que había repasado iba a ser la que le preguntasen en el examen.

Neil se había puesto en contacto con ella por la mañana. Le había dicho que aún no se había gastado todo el dinero que le había dado y que ya había encontrado suficiente información sobre su problema. Ella se había reído, porque no se podía creer que el dinero no hubiese desaparecido aún, pero también porque hablar con él la ponía nerviosa. La voz del hombre parecía más juvenil por teléfono y él, que lo sabía, utilizaba un acento afectado y no usaba tacos. Le preguntó si podían reunirse en el parque cuando saliese a comer.

Chrissy miró la hora. Ya era la una en punto y la verdad era que aquella mañana no había adelantado demasiado, incluso menos que Tony, que ya se había marchado a comer con una de las camareras del *Amigos*. Se estaba tomando lo de México muy en serio.

Chrissy dijo en recepción que iba a salir, pero volvería al cabo de una hora.

Neil la estaba esperando, sentado en un banco del quiosco de música. Al verla, agitó en el aire dos paquetes envueltos en papel con el logotipo de la panadería Mackays.

—Pastel escocés y *donuts* —le dijo, sonriendo.

—Genial.

—Y... —Sacó una botella del bolsillo— vodka con naranja. Recién exprimida, además. Nada de esas mierdas a base de zumo concentrado.

Se echó a reír.

Tenía la piel bronceada, los ojos de color azul oscuro y las pestañas muy largas. No era raro que les gustase a los viejos. En realidad, podría gustarle a cualquiera.

Mientras se comía el pastel, le pasaba a Chrissy la botella de vez en cuando, después de limpiarla con la manga. Llevaba una camiseta blanca y ella vio que el cuello ya se le había curado.

—He estado fuera un par de días —le dijo—. Un tipo tiene una casa de veraneo en mitad de la nada.

Una mirada lúgubre asomó a su cara.

—Aunque la verdad es que apenas he tenido oportunidad de disfrutar del paisaje. Chrissy no quería que se pusiese a pensar en eso.

—Espera —le pidió él, al ver que se echaba la mano al bolsillo, sacaba algo de dinero y se lo daba—. Esto es tuyo.

—¿Has descubierto quién envió la carta?

—Sí. —Ya había empezado con el *donut* y parecía que le daba más sed aún que el pastel—. Ya está todo arreglado.

—¿Qué has hecho?

—Tu hermano se juntó con un tipo que lo reconoció. Pensó que Patrick era un modo fácil de conseguir el dinero que necesita para drogas. Pero él se negó a dárselo, así que lo intentó con el chantaje.

Su expresión se endureció.

—Le he hecho cambiar de opinión.

—Muchas gracias, Neil —respondió ella, tremendamente aliviada.

—De nada.

Él se la quedó mirando y, de pronto, Chrissy se preguntó qué sentiría si lo besase. Sus miradas se cruzaron y él dejó de comer.

—¿Estás segura de que no quieres echar ese polvo que tenemos pendiente? —le preguntó en tono bromista.

—Neil...

—Vale, vale. —Volvió a reírse y se puso en pie—. Entonces será mejor que vuelva a trabajar.

—Esta noche voy al cine —se oyó decir.

—¿Con tus colegas?

—No.

—Mira, Chrissy... —Neil volvió a sentarse—. ¿Por qué no dejamos todo este rollo? Te recojo después del trabajo, vamos a mi casa, tomamos una copa, nos acostamos y después nos ponemos con lo de las fotos. Y a lo mejor tomamos algo de *curry* entre medias.

—Vale —aceptó ella, para su propia sorpresa.

—¿Sin avemarías?

—Sin avemarías —convino Chrissy.

Él cerró las cortinas, pero la luz del día seguía entrando, bañando la habitación en una iluminación lánguida. Las sábanas eran blancas y cuando Neil apartó la colcha, su claridad la cegó.

—He puesto ropa de cama limpia —le informó, al ver su expresión.

Chrissy miró la cama y después a él.

—Demasiado arriesgado, ¿verdad? —le dijo Neil con una voz en la que no se vislumbraba rastro alguno de acusación.

Chrissy repasó los riesgos en su mente como buena oficial científica.

—No he cambiado de opinión —le aseguró al fin.

Él se quitó la ropa y se quedó allí desnudo mientras la desvestía. Su cuerpo era el de un chaval, con las caderas y la cintura estrechas y el pecho suave como la seda. A Chrissy le daba vergüenza tocarlo, así que probó a hacerlo como en broma, diciéndole que no había vuelto a acostarse con nadie desde que lo dejara con Lent, hacía ya un año.

—Entonces más vale que esta vez merezca la pena —murmuró él.

Neil buscó su boca y la tocó levemente, y luego se deslizó con suavidad para rodearle los pechos, pellizcarle los pezones y respirar contra su mullido vello, hasta que el cuerpo de ella se elevó para salir a su encuentro. Entonces le levantó las piernas, se colocó entre ellas y su lengua comenzó a explorarla. Cuando ella ya gemía de placer, él se tumbó a su lado.

—¿Ha estado bien?

—Mejor que bien.

Él metió la mano bajo la almohada, sacó un condón y lo abrió con los dientes.

Se deslizó dentro de ella y la acometió con delicadeza, como quien mece a un niño, hasta que ella gritó, y se le escaparon unas lágrimas, que se deslizaron por sus mejillas como regueros salados hasta su boca.

—Hiciste bien en esperar —dijo Neil, mientras le secaba las lágrimas con el pulgar—. En segundo curso no era tan hábil.

Ella se rió y lloró al mismo tiempo.

Después dobló las almohadas, se sentaron muy pegados y observaron cómo la brisa jugaba con el borde de la cortina. Chrissy se sentía feliz, cosa que no era frecuente en ella.

—Me hormigean los dedos de los pies —le dijo.

—Es que yo llego a sitios inalcanzables para el resto de los hombres.

Ella le dio un alegre codazo en las costillas y él fingió que se caía de la cama del dolor antes de dirigirse al baño. Chrissy cruzó las manos sobre el estómago y se dio cuenta de que no había ningún otro lugar en el mundo en el que desear estar. Se había abierto de piernas, como decía su madre, por primera vez a los dieciocho años. La experiencia había resultado tremendamente decepcionante. Había ocurrido después de un baile del Club Social Católico y con un tío cualquiera. Chrissy estaba harta de reservarse para su futuro marido. La virginidad ya no estaba de moda, por mucho que el padre Riley hablase del infierno.

—Déjalo ya.

Neil la miraba desde el baño, mientras salpicaba todo el suelo.

—¿Que deje de qué?

—De pensar.

Hablaba como su madre.

—Vamos —gritó, mientras volvía a entrar en la ducha—. Ven, que te froto la espalda.

Se metieron juntos en el baño. El agua se colaba entre sus cabezas y les resbalaba por la espalda. Él pegó su nariz a la de ella y ella pudo ver el agua sobre sus pestañas.

—Me muero de hambre —dijo el hombre—. ¿Estás lista para ese *curry* que te prometí o quieres echar otro?

—¿Me estás dando a elegir entre la comida india y tú? —respondió ella.

Neil volvió a cruzar su mirada con la de Chrissy y se agachó para elevar el pezón de la chica hasta su boca.

Capítulo 15

—Guau —dijo Rhona mientras miraba a su alrededor, impresionada por la decoración del estudio de Gavin.

—Es como la nave *Enterprise*.

De la pantalla plana de pared que iluminaba la habitación parecía gotear una línea vertical de números y letras de color verde.

Gavin sonrió como disculpándose.

—Es que soy fan de *Matrix*.

En silencio, empezó a responder a una línea de comandos tras otra, ninguna de las cuales significaba nada para Rhona.

—Está claro que te gustan estas cosas, ¿eh? —señaló ella.

—Es un tanto penoso, ¿verdad? —afirmó él, mientras hacía una mueca.

—No es tan diferente de lo que yo hago. Todo consiste en buscar pistas y descubrir su significado.

—Sí, supongo que sí.

Durante su segunda cena juntos, ella había mencionado como por casualidad que tal vez necesitase realizar una búsqueda por ordenador. Cuando Gavin había vuelto a pedirle que salieran, ella accedió, ignorando la voz que le decía en su interior que encontrar a Liam no era el único motivo para hacerlo.

—Quizá esta vez lleguemos al postre —le había dicho él—. El helado es fenomenal.

—Lo siento.

—Era solo una broma.

Se había mostrado deliberadamente imprecisa al sacar el tema, entre dos bocados de sorbete de arándano. Le había preguntado si sería capaz de localizar el paradero actual de alguien si ella le proporcionaba cierta información.

Gavin había dejado de prestar atención a su helado de chocolate y plátano.

—Eso depende.

La expresión de ella cambió.

—Quiero decir que depende de la información que me des y del tiempo que quieras dedicar a la búsqueda.

—Te puedo dar un nombre y una fecha y lugar de nacimiento. ¿Te parecen suficientes datos?

—Puede ser. Depende de la edad de la persona. Si es contribuyente...

—No. No creo que pague impuestos —replicó ella, un poco azorada—. Al menos todavía.

—Mmmm. —Gavin, en un alarde de tacto, hizo la vista gorda ante el evidente malestar de su acompañante—. Son los padres los que los pagan, ¿no?

—Probablemente.

—Si crees que esta persona...

—Es un chico.

—Si crees que este chico vive aún en casa, tal vez podamos encontrarlo a través de sus padres.

—Oh.

—¿Tiene alguna característica especial? ¿Hay algo que pueda estar documentado en alguna parte?

—Sí. Sí que lo hay.

Gavin le explicó que, después de haberla conocido en el taxi, se había pasado una hora buscando en su ordenador algún dato que le permitiera contactar con ella.

—Estás en los archivos de la policía, ¿lo sabías?

Ella negó con la cabeza.

—Seguramente te investigaron al darte el trabajo.

—Sí, es probable.

Recordó que había tenido que firmar unos formularios cuando aceptó el puesto en el laboratorio.

—De haber querido, hasta podría haber averiguado cuánto tienes en la cuenta del banco, pero no lo hice.

—¿Qué?

—Era solo una broma. Además, yo no voy con las mujeres por su dinero, sino por su cerebro.

Rhona respondió que más le valía.

—Entonces, ¿qué datos tienes?

Rhona le dio el trozo de papel con la fecha y el lugar de nacimiento de Liam y su nombre tras la adopción.

—Podría llevarme un rato.

—No importa.

—¿Quieres hacerlo todo esta noche?

Entonces se dio cuenta de que Gavin tenía la esperanza de pasar, al menos parte de la velada, haciendo otras cosas.

—Lo siento. Si te resulta demasiado problemático...

Él lo haría porque era buena persona o porque quería llevársela a la cama.

—Está bien —le dijo, rozándole el brazo—. Pero será mejor que te vayas a casa. Te llamaré si encuentro algo.

—Prefiero quedarme —le aseguró ella.

Rhona se le quedó mirando un rato, con la silla muy pegada a la de él. Al principio, Gavin le iba explicando todo lo que hacía. Comenzó con el centro principal

de impuestos en East Kilbride para ver si podía encontrar en sus archivos alguna referencia a los padres adoptivos. Al notar que ella lo miraba de reojo, comentó que tenía acceso a aquellos datos porque trabajaba como detective cibernético para la policía.

—No quiero que te busques un problema por mi culpa.

El sonrió.

—No te preocupes, que no nos vamos a meter en ningún lío. Esto se me da muy bien, ¿recuerdas?

A medida que la búsqueda lo iba absorbiendo más y más, dejó de explicarle a qué archivos accedía, qué referencias cruzadas utilizaba, y Rhona llegó a quedarse medio dormida. Gavin debió de llevarla al sofá entonces, porque allí fue donde despertó más tarde, muy desorientada, por cierto.

—Lo siento —se excusó con aire de culpabilidad.

—No te preocupes. Ven y mira lo que he encontrado.

James y Elizabeth Hope habían registrado la adopción de un niño un mes después de que la enfermera se hubiera llevado a Liam de los brazos de Rhona. El bebé había recibido el nombre de Christopher Liam Hope. Edward tenía razón: Liam no tenía conexión alguna con el estudiante asesinado.

Gavin intentó contener un bostezo y Rhona se dio cuenta de lo cansado que debía de estar.

—Lo siento —le dijo, poniéndose en pie.

—¿El qué?

—Haberte hecho trasnochar.

—¿Era esto lo que querías saber?

—Sí, te lo agradezco —le dijo, de todo corazón.

El cruzó su mirada con la de su acompañante con aire especulativo.

—Te sacaré una copia.

Hubo un momento incómodo mientras esperaban a que llegase el taxi.

—Preferiría que anotases los datos que necesites y después rompieras la copia —le pidió Gavin, un tanto incómodo.

—Desde luego.

Ya en la puerta, él le dio un leve beso en la mejilla. Por un momento, Rhona deseó no irse a casa, pero enseguida se le pasó. Volvió a darle las gracias y se subió al vehículo. La puerta se cerró y ella se quedó sola.

Mientras recorría la oscura y silenciosa ciudad, pensó en lo rápido que Edward había dado con la información que le había pedido. Cuando le preguntó cómo lo había logrado, él no le había hecho demasiado caso. Era abogado. Dar con documentos legales era su trabajo. Su voz se había mantenido firme, pero Rhona había detectado un cierto tono subyacente de alarma. Estaba molesto y quería quitársela de encima lo antes posible.

El amanecer ya asomaba por el horizonte cuando empezó a subir las escaleras de

su casa. Su semana libre ya casi se había acabado. Tendría que volver al trabajo el lunes y admitir que no había estado en Francia. Cuando giró la llave en la cerradura, Rhona sintió el súbito deseo de que Sean estuviera dormido en su enorme cama, para poder meterse a su lado y abrazarse a él.

En la penumbra de la entrada, el punto verde de la luz del contestador iluminaba el lugar, pero ella decidió ignorarlo. Ya tenía suficientes cosas en las que pensar. Ningún mensaje sería tan urgente como para no poder esperar hasta la mañana siguiente. Hacía al menos tres días que no sabía nada de Sean y se preguntaba si finalmente la habría dejado. No sabía muy bien por qué, pero no tenía valor para llamarlo. Necesitaba poner sus ideas en orden y no sería capaz de hacerlo hasta no dar con su hijo.

Cerró la puerta delantera y se dirigió al cuarto vacío. El mensaje que Chrissy le había dejado con voz aguda y asustada se quedó esperando en el contestador sin ser escuchado.

Capítulo 16

Chrissy dirigió la mirada hacia la carretera. Rezaba para que apareciese otro taxi por la colina y que esta vez estuviese libre. Habían pasado dos en los últimos quince minutos, pero ambos iban ocupados. Tras la segunda decepción, se sentía tan inquieta que echó a andar. Su cerebro funcionaba a toda velocidad y repasaba una y otra vez el mismo asunto. No podía evitarlo. Se decía a sí misma que era una inútil, que tenía que haberle contado a alguien lo de las marcas que Neil tenía en el cuello. A Rhona, a la policía, a alguien. Pero no lo había hecho, y ahora ya era demasiado tarde.

Distinguió una sombra negra a lo lejos y empezó a hacerle señas como loca con la mano. El taxi desapareció por la carretera, pendiente abajo, y cuando volvió a aparecer a unos cuarenta y cinco metros de ella la luz de libre ya estaba apagada. Chrissy soltó unos cuantos improperios de pura desesperación, convencida de que lo habían llamado de la central. Pero se equivocaba. El vehículo se le aproximó y ella lo agradeció en silencio; echó el bolso sobre el asiento y se subió.

—¿Adónde, nena?

Hacía ocho horas que había hablado con Neil. Él le había pedido que no se acercase a su apartamento antes de la medianoche. «Podrías encontrarte con algún cliente», le había dicho. «Coge un taxi hasta la zona peatonal y el resto hazlo a pie. Si alguien te molesta lo mandas a la mierda, y no te metas en el edificio hasta que se haya largado. Y ojo con los coches, ¿vale?».

Chrissy lo había escuchado en silencio y su mente había saltado de una idea a otra al verlo tan asustado. También a ella le atemorizaba todo aquello.

—¿Chrissy?

—Sí.

—Nos vemos pronto. Y recuerda, procura comportarte con la máxima normalidad posible, ¿de acuerdo?

—Sí, de acuerdo.

Y lo había intentado de verdad. Se marchó del trabajo (le costó ignorar la mirada burlona de Tony), se fue a casa, se tomó un té y comentó que el fin de semana se iba de acampada.

—¿Ah, sí? —le dijo su madre, como si quisiera reprocharle algo.

Gracias a Dios que su padre y sus hermanos no estaban allí. Era viernes y habían salido a tomar una copa, como de costumbre.

Se marchó a las nueve y estuvo en casa de una amiga hasta las once. A Claire le inspiró curiosidad la bolsa que llevaba, pero Chrissy le contó la misma historia que a todos. Le dijo que se iba de acampada con unos compañeros de trabajo, pero que no podían salir hasta un poco más tarde. Hasta ella misma empezaba a creérselo.

—¿Y cómo vais a montar las tiendas de noche?

—Ah, no, ya hay gente allí —mintió.

Después se fue al piso de Neil y decidió que llamaría a Rhona a casa, dijera lo que dijese él. Pero no sirvió de nada. Aún no había llegado.

Cuando Chrissy le pidió al taxista que se detuviera, el hombre le dijo con aire preocupado, mientras le cobraba la carrera:

—Es muy tarde para andar por aquí tú sola, nena. ¿Seguro que no te pasa nada?

Ella hizo una broma estúpida sobre lo de andar vagando por el barrio chino de Glasgow a altas horas de la madrugada.

—A ti y a la mitad de Glasgow, mona —replicó el taxista con un resoplido.

La calle de Neil estaba vacía. Chrissy pasó caminado junto al callejón hasta llegar a la segunda bocacalle, como su amigo le había indicado. Se relajó un poco y comenzó a caminar de nuevo, esta vez con más lentitud.

Un coche se le puso a la par.

—¿Me estabas buscando?

Estaba a una puerta de distancia del apartamento de Neil. Se estremeció. Si seguía caminando, el coche la seguiría...

—Vamos, muñeca, échame una mano.

El conductor señaló su abultada bragueta.

Ella negó con la cabeza y giró para entrar en el portal.

—Zorra —le escupió él.

Al menos habían arreglado la luz. Chrissy subió rápidamente por las escaleras esperando que al tipo del coche no se le metiese en la cabeza ir tras ella. Había dos condones usados en la esquina del descansillo del piso de Neil. Parecía que aquel sitio era un picadero habitual para alguien.

Chrissy levantó la mano y deslizó los dedos por el marco de la puerta hasta encontrar la llave justo donde Neil le dijo que la pondría. La introdujo en la cerradura y la giró. Mientras se abría la puerta, pudo oír el golpeteo de unos tacones de aguja y una risa nerviosa. Parecía que algún tipo había tenido suerte.

Rápidamente cerró la puerta tras de sí. El paquete de fotos estaba sobre la alfombra. Lo recogió y se lo metió en el bolsillo.

Las ventanas estaban bien cerradas y el aire muy cargado. Chrissy se dirigió directamente hacia la cajonera y echó alguna ropa de Neil en la bolsa que llevaba consigo. Después fue a la cocina. La botella de vodka estaba debajo del fregadero y el dinero, donde él le había indicado, en la caja del estropajo. Metió el vodka en la bolsa y el dinero en el bolsillo, con las fotografías, y se marchó.

Ya se oían los primeros jadeos en el descansillo. La mujer estaba contra la pared. Cruzó la mirada con la de Chrissy y comenzó a gruñir y gemir con más fuerza, como para desviar hacia sí la atención del cliente y cubrir así la salida de la chica.

Al salir, Chrissy pasó junto al coche negro, que estaba esperando el regreso de su dueño.

Capítulo 17

Edward apretó durante unos segundos la mano de Fiona y se recostó de nuevo contra el suave cuero negro del Rolls Royce de *sir* James Dalrymple. Ella le devolvió el gesto, giró la cabeza, y apartó la mirada de las colinas de Perthshire para sonreírle.

Edward tocó la puerta de cuero con la otra mano, para admirar su brillo sedoso. Ya había abierto el mueble bar de nogal y servido dos güisquis, que ahora descansaban sobre la mesa plegable. El hielo de su interior tintineaba levemente contra el refinado cristal mientras el vehículo recorría suavemente las pronunciadas curvas de aquella carretera rural. Cuando, la noche anterior, *sir* James se había ofrecido a enviar un coche para que les recogiera; Edward le había asegurado que no era necesario, pero él había insistido.

—Tonterías. No voy a necesitarlo y prefiero que viajéis cómodos. Estoy deseando veros a ti y a Fiona en Falblair. Este será el primero de muchos fines de semana juntos, espero.

Edward también lo esperaba.

Con el mes de junio habían llegado el fin de las lluvias y el comienzo del verano. Todos los días amanecían claros y azules. La clase de clima que elevaba el ánimo y hacía feliz a la gente, pese a todo.

Era el tiempo perfecto para hacer campaña, se dijo Edward a sí mismo.

—¿En qué piensas?

—Nada, en cosas. En la campaña.

—¿Y?

—Todo va bien.

—¿Y Urquhart? ¿Qué tal le va a él?

Edward sabía a qué se refería Fiona.

—Ya está en Falblair —le dijo—. Fue antes para discutir unos temas económicos con *sir* James.

—Eso suena muy bien.

Fiona levantó el vaso y tomó un sorbo de su bebida. Edward miró a su mujer, encantado. Acababa de arreglarse el pelo. Estaba más rubia, o eso creía él. Su rostro era suave y de un color beis uniforme que contrastaba de una forma deliciosa con el rojo de sus labios.

Ella sintió su deseo, apartó el vaso y dejó que sus dedos recorrieran la abultada entrepierna de su marido.

El coche aminoró y se preparó para girar entre dos pilares de piedra rematados con elaboradas gárgolas. Un hombre abrió los portones de metal negro sobre la gravilla y les hizo una señal para que entrasen. Un único camino se adentraba entre

serbales, abedules y pinos.

Oyeron un crujido amortiguado al salir un corzo de la espesura del bosque y saltar sobre el camino por el que avanzaban.

—*Sir James* dijo que Falblair era un coto de caza —comentó Edward, lleno de gozo.

Entonces vislumbró la casa y por un segundo se quedó sin palabras.

La mansión victoriana se levantaba en medio de una vasta extensión verde. Se trataba de una increíble mole de estilo gótico frente a la que se extendía un jardín primorosamente dispuesto que ocupaba el espacio existente hasta un lago privado con muelle y una barquita de remos amarrada. Al otro lado del lago, entre los árboles, distinguieron por un segundo la chimenea de otro de los edificios del complejo residencial.

—Ése debe de ser el pabellón de caza que mencionó *sir James*. Lo alquila para fiestas de fin de semana —comentó Edward.

—La verdad es que todo esto es muy agradable —murmuró Fiona.

—Desde luego que sí —asintió él, mientras se preguntaba para sus adentros cuántas legislaturas tendría que aguantar para conseguir un lugar así.

Se detuvieron frente a la magnífica entrada. Mientras el chofer les abría la puerta del coche, apareció *sir James*, acompañado de Ian Urquhart, que parecía extremadamente orgulloso de sí mismo. Al parecer, la negociación había llegado a buen puerto.

Sir James se adelantó para recibirles.

—Bienvenidos a Falblair, Edward y Fiona. Tienes un aspecto adorable, querida. Algo acalorada tal vez por el viaje a través de las colinas de Perthshire. Pasad y sentíos como en casa.

—El problema de Escocia, a mi modo de ver, es que está lleno de partidarios de los laboristas.

Sir James levantó la ceja con gracia, lo que hizo que todos los asistentes se echasen a reír.

—Así que, Edward —prosiguió—, es tarea tuya demostrarme que estoy equivocado. Tendrás que despertar al electorado. Hazles ver que con nosotros vivirán mejor.

Tras haber disfrutado una estupenda comida servida, por lo que Edward había visto, por no menos de tres mujeres jóvenes y atractivas, estaban sentados alrededor del fuego de leña. Ahora estaban tomando un *brandy* de magnífica calidad.

—Es como en los viejos días del imperio —dijo *sir James*—. A veces los nativos no saben distinguir lo que les conviene.

Edward se unió a las evidentes muestras de aprobación de los asistentes.

—Simplemente no comprenden nuestra política —continuó el caballero—. Por

eso la rechazan.

Alguien dejó escapar un ruido de desdén.

—Es nuestro deber explicárselo. Pero no os preocupéis, cuando el tratamiento haga efecto, despertarán.

—¡Eso, eso! —exclamó el candidato.

—Me alegro de que estés de acuerdo conmigo. Tu elección supondrá un enorme paso adelante. Tu predecesor era bastante sólido, pero sus costumbres estaban excesivamente arraigadas. Tendría que haberse retirado hace ya muchos años. Necesitamos savia nueva. Nos encontramos ante un tremendo reto, y estoy seguro de que eres el hombre que necesitamos para afrontarlo con éxito.

Sir James le dirigió una mirada llena de esperanza.

Edward levantó el vaso para que se lo rellenasen. No se cansaría nunca de semejante vida, de eso estaba seguro. El ambiente era magnífico, la comida excelente y el vino insuperable, pero lo mejor de todo era el penetrante aroma de la opulencia, una mezcla de seda, brocados y madera pulida. Exactamente lo que había intentado crear en su casa y habría conseguido de no haber sido por los dudosos olores que emanaban de los dormitorios de los chicos.

—Bueno, por esta noche ya es suficiente —continuó *sir James*, mientras su mirada seguía a Ian Urquhart, que se disponía a servirle más bebida a Fiona—. ¿Qué planes tenemos para mañana? Propongo una cacería, para los señores, por supuesto y...

Se había detenido para admirarse ante su propia magnanimidad.

—Una mañana de cuidados corporales en Gleneagles para las señoras.

Se produjo un murmullo de satisfacción por parte de las damas, Fiona incluida, se percató Edward. Él estaba deseando poder ir de caza; sentir el frío del metal del arma entre sus manos y sus embestidas al apretar el gatillo. *Bang. Bang. Bang.* Miró a su esposa y ella le devolvió una sonrisa.

La velada ya estaba tocando a su fin y los asistentes se dirigían hacia la amplia curva que conducía a la escalera. Ian Urquhart se acercó a Edward para preguntarle si necesitaba comentar algún punto con él antes de irse a la cama.

—Habrà tiempo de sobra para hablar de trabajo por la mañana —los interrumpió *sir James*—. Estoy seguro de que estáis deseando ir a la cama; ha sido un día muy largo para todos. Debo decirte, Edward, que el joven Urquhart ha representado tus intereses con verdadero celo desde que llegó. Tienes suerte de contar con él.

—Desde luego que sí, *sir James*. No me cabe la menor duda.

Fiona cerró con firmeza la puerta de la habitación.

—Bueno —dijo.

—Bueno.

Cruzó hasta el tocador y comenzó a quitarse las joyas. Edward la observó,

pensando en lo hermoso que parecía su cuello a la luz del fuego.

—*Sir James* apenas podía quitarle los ojos de encima a Ian. Estoy segura de que le pidió que llenase los vasos para poder mirarle el culo —comentó la mujer.

Edward se puso de pie junto a su esposa, colocó las manos sobre sus hombros, y comenzó a acariciarlos hasta quitar de en medio los tirantes de su vestido.

—No me extraña, Fiona. Todo el mundo sabe que yo hago lo mismo contigo.

Ella se echó a reír y lo miró.

—¿Qué crees? ¿Estarán juntos?

—Sin duda.

—¿Y no te molesta?

—Todo lo contrario. Me encanta. Siempre y cuando el romance dure al menos hasta las elecciones.

—Eres un verdadero mercenario, Edward.

—Y por eso me quieres.

Deslizó su mano hasta el pecho de su esposa.

—Creo que todo esto podría llegar a gustarme... —dijo Fiona, abriendo los brazos para abarcar la estancia.

—Exactamente eso mismo pensaba yo antes —asintió él.

—Y todo depende del resultado de las elecciones.

Era una afirmación, desde luego, no una pregunta.

—Es inevitable que me elijan. —Edward no estaba dispuesto a mostrar la menor vacilación, ni siquiera frente a su esposa.

—No me gustaría que nada se interpusiese entre nosotros y el éxito —dijo ella.

—Nada lo hará —repuso su marido.

Capítulo 18

Jonathan no había encendido el ordenador en los últimos dos días. Se los había pasado tumbado en la cama, mirando el techo, que parecía poseer una increíble capacidad para transformarse en imágenes digitales ante sus ojos. Cuando aquello empezó a ponerse raro de verdad, salió a comprar tabaco y algo de alcohol. Al volver, se encontró con que Mark le había dejado un mensaje en el móvil para preguntarle por qué no respondía a sus correos y para decirle que estaba en Aviemore, que volvería el sábado y se lo contaría todo. Pero Jonathan no quería que le contase nada.

Se levantó de la cama, recogió cuatro vasos pegajosos que se encontraban en diferentes lugares de la habitación y bajó con ellos a la cocina. Lo malo era que allí había casi tanto desorden como en su dormitorio, y se sintió un poco culpable de que Amy tuviera que limpiarlo todo antes de que sus padres regresasen de su fastuoso fin de semana en el campo. Pero, se dijo a sí mismo, el desorden no lo había organizado él solo.

Morag y sus comidas dietéticas para microondas también habían contribuido lo suyo. Había tapas de papel arrancadas por toda la cocina, que se curvaban de forma nada agradable sobre los restos que aún quedaban en los paquetes blancos. Ya le había dicho a la estúpida de su hermana que tomar dos de aquellas raciones de régimen era como hacer una dieta llena de grasa, pero ella no le hacía caso.

Echó los cartones al basurero, que a esas alturas ya estaba bien repleto, y alargó la mano para sacar del armario la que aparentaba ser la última lata de alubias en salsa de tomate que les quedaba. Fue a buscar un plato limpio, pero enseguida comprendió que la esperanza de encontrarlo era vana. Aclaró bajo el chorro del agua caliente el que le daba menos asco, echó las alubias en él y lo metió en el microondas. Mientras esperaba a que pitase, comenzó a plantearse la posibilidad de tomar un vaso de leche con la cena; pero cambió de opinión al ver la fecha de caducidad del envase y decidió que sería mejor una cocaola.

Mientras se introducía cautelosamente las alubias, que verdaderamente estaban ardiendo, en la boca, trató de decidir lo que debía hacer después. Si se atrevía, tendría que ser aquel mismo día, ya que sus padres regresaban al día siguiente. Alargó la mano hacia el refresco y tiró de la anilla. La lata estalló con furia y parte del líquido salió convertido en espuma y acabó en el suelo. *Mierda*. Había un trapo junto al fregadero; comenzó a secar el suelo con él, pero el trapo ya estaba rígido por culpa de unas manchas procedentes, probablemente, de algún vertido anterior.

Se rindió y tiró el trapo a la pila.

De nuevo en su habitación, le mandó un correo electrónico a Simon. Su respuesta llegó de forma casi inmediata. Quedaron en verse frente a la Galería de Arte Moderno a las siete. Cogerían un taxi e irían a hacer lo que a Jonathan le apeteciese.

Así de sencillo.

El chico apagó el ordenador y se dirigió a la ducha, no sin antes coger la botella de vodka para llevársela. Mientras el agua le golpeaba en la cabeza, pudo cantar a pleno pulmón sin que nadie aporrease la puerta del cuarto de baño para decirle que se diese prisa o se callase.

Capítulo 19

Fue la madre de Chrissy la que respondió al teléfono. Le dijo a Rhona que su hija se había marchado el viernes por la noche y que no volvería hasta el domingo.

—¿Qué pasa, nena? ¿Va todo bien?

—Sí, perfectamente —le aseguró Rhona—. Acabo de regresar de París y me apetecía hablar con Chrissy, pero parece que tiene el móvil apagado. ¿Hay algún otro modo de ponerse en contacto con ella?

—No, cariño. Se ha ido de acampada —le respondió, mientras Rhona podía oír al otro lado del hilo telefónico una puerta que se cerraba de golpe—. Tengo que irme, encanto. Le diré a Chrissy que te llame en cuanto llegue.

Rhona estaba desesperada. Se maldijo a sí misma por no haber escuchado antes los mensajes del contestador. Pero, de todos modos, ¿de qué hubiera servido? Cuando llamó Chrissy, ella no estaba en casa para hablar con ella.

Se fue a la cocina.

En el claustro del convento, su amigo el jardinero estaba pasando el rastrillo por el sendero que se abría entre los rododendros. Debió de darse cuenta de que alguien estaba mirándolo, porque levantó la vista y la saludó. Cualquiera otra mañana, Rhona le habría bajado un café, pero aquel era un día diferente.

Había un mensaje de Sean, pero algo había obligado a su novio cortar antes de acabarlo. Un segundo intento, más confuso aún, terminó también a mitad de frase. Después, apareció otra voz, una voz en la que apenas fue capaz de reconocer a Chrissy.

Lo mirase como lo mirase, Rhona no se tragaba la historia de la acampada. Sería raro que Tony supiese algo, pero decidió llamarle. Le respondió una soñolienta voz femenina.

Rhona se disculpó.

—¿Está Tony?

—Sí. Espera un momento. Te paso con él.

—Parece que te he fastidiado la fiesta —le dijo cuando lo tuvo al teléfono.

—Tranquila, no pasa nada. Bienvenida a casa. ¿Cómo va todo?

—Bien. Mira, ¿te dijo Chrissy a dónde se iba el fin de semana?

—No. ¿Tendría que haberlo hecho? —Se detuvo—. Espera un minuto. Hay algo que sí puedo decirte.

Alguien la llamó ayer por la tarde y después se puso un poco rara. Me dijo que su padre había vuelto a desmadrarse.

—Vale. Gracias. Probablemente no sea más que eso.

—¿Te puedo ayudar en algo?

—Supongo que no.

—Entonces, nos veremos el lunes.

El correo y el periódico llegaron mientras Rhona estaba en la ducha, reflexionando aún sobre lo que iba a hacer a continuación. Los cogió y los dejó sobre la mesa de la cocina. Había una postal del Sacré Coeur bañado por la cálida luz del sol.

Mi queridísima Rhona:

Vivo rodeado de buena comida, buen vino y fantástica música.

Te echo de menos. Llámame.

Con cariño,

S.

Su mano temblaba al soltar la tarjeta. Sean no la había dejado, al menos por el momento. Pero él no sabía la verdad sobre ella, aunque, bien mirado, tampoco ella lo sabía todo de él.

Rhona abrió el periódico y se encontró con que Edward le sonreía con engreimiento en una entrevista a toda página. La leyó por encima.

—Edward Stewart, la cara amable del Partido Conservador Escocés —murmuró Rhona.

Ni Jim Connelly había conseguido romper aquella fachada que con tanto cuidado se había construido. Al menos no había salido en primera plana, cosa que seguro que le fastidiaba muchísimo.

Les echó un vistazo a los alegatos contra la pedofilia que aparecían a continuación en el diario, y después lo dejó. No estaba de humor para pensar en los horrores de aquella historia. Sin embargo, un segundo más tarde reparó en el nombre de Bill Wilson y volvió a coger el periódico. En esta ocasión sí leyó el artículo a conciencia.

Capítulo 20

La furia había dejado agotado a Bill Wilson. De algún modo, en aquella ocasión había interiorizado la rabia, la había personalizado, lo cual no era bueno ni para su estómago ni para su corazón, o al menos eso le decía Margaret. Aunque en realidad él ya lo sabía.

Pero también sabía que no podía hacer nada por evitarlo. La muerte de aquel chico en semejantes circunstancias había afectado a su hogar más que otros casos, y no sabía explicar por qué. Además de haberle provocado una subida de tensión, y otra a su esposa, había conseguido irritar a sus hijos.

—No podemos vivir como en la cárcel —le había dicho la chica después de la última bronca—. Vas a tener que dejarnos salir de vez en cuando.

Y tenía razón.

En cuanto el asunto de los pedófilos llegó a los periódicos, el equipo de investigación cibernética, encabezado por Gavin MacLean, comenzó a informarles de que tenían problemas para crear un mapa de los sitios web más relevantes para la investigación. Era como si nunca hubieran existido. Además, las pesquisas sobre el asesinato tampoco avanzaban.

Habían encontrado multitud de pistas sobre las cortinas, pero todas falsas. Nadie había visto a Jamie durante las horas previas a su muerte y nadie había observado nada extraño en el edificio. Como la mayor parte de sus ocupantes evitaban a la ley, el hecho no resultaba sorprendente.

Bill le dijo a Janice que iba a bajar al bar. Le había prometido a Margaret que comería con regularidad aunque se quedase trabajando hasta tarde.

—Nos han llamado de Childline^[3].

Bill se dio cuenta de que la joven agente estaba dedicándole tanto tiempo al caso como él mismo, lo cual significaba un gran número de horas.

—¿Por qué no bajas conmigo al bar y me lo cuentas allí? Pago yo —le dijo, y Janice refunfuñó.

—Bueno, ya veremos quién paga.

Se llevaron a una mesa la caricatura de lasaña vegetal que servían en el bar y se sentaron. Bill levantó la vista para no seguir investigando el contenido poco fiable de su plato y miró a su oficial subalterno. Cuando él tenía su edad, la mayoría de la gente jamás había oído hablar de la pedofilia. Pero ahora, una semana sí y otra no, aparecía alguna historia de abusos a menores. En realidad, no es que fuera algo nuevo, sino que antes los chicos no se lo contaban a nadie, porque pensaban que

nadie iba a creerlos. Y tenían razón.

—Sobre la llamada de Childline...

—¿Lo que me vas a contar va a quitarme las ganas de comer, Janice?

—Probablemente.

Bill se alejó el plato.

—Vale. Suéltalo ya.

—Un chaval se ha puesto en contacto con ellos. Dice que se ha visto atrapado en una red de pedófilos.

—¿Y la llamada era fiable?

Janice asintió. En Childline estaban seguros, le confirmó. El chico había dicho que lo habían reclutado vía Internet y que ahora no podía escapar. Le habían amenazado con mandar fotos tuyas a su familia si se lo contaba a alguien.

—Parece que estaba desesperado, señor.

—¿Tenemos idea del lugar desde el que llamaba?

Janice negó con la cabeza.

—¿Dio alguna pista sobre la identidad de alguno de los adultos implicados?

—No. Dijo que si los delataba lo matarían como al último chico.

—¡Qué hijos de puta!

—Sí, señor, así es.

Necesitaba una pista, solo una pista real para acercarse a esos animales. Después los atraparía.

—Ponte en contacto con Gavin MacLean. Dile que intente dar con las conexiones de ese correo.

Janice se puso en pie para marcharse, dispuesta a dejar que su lasaña se endureciese en el plato. Bill vio las señales de cansancio en su rostro e hizo que volviese a sentarse.

—Antes de nada vas a comer, agente. Es una orden.

—Sí, señor.

Esta vez fue él quien se levantó.

—Voy a salir un rato. Volveré dentro de una hora.

El aparcamiento subterráneo estaba casi vacío. Su Rover azul oscuro permanecía solo, en la esquina más alejada. La gente del turno de mañana ya se había marchado a casa. Giró el dial de la radio hasta encontrar una música de fondo que le resultase agradable, luego encendió el motor y salió por la puerta del garaje, en dirección a la suave luz de la tarde.

Lo primero que hizo fue recorrer un rato la zona sin rumbo fijo. Conducir le ayudaba a pensar. Le gustaba que ambos lados de su cerebro trabajaran al unísono. Una mitad se concentraba en la carretera y la otra se afanaba en deshacer los nudos de la madeja en la que se había convertido aquel caso.

Desde que el artículo de Connelly sobre los pedófilos saliera a la luz se había producido un enorme revuelo popular. Era lo que el superintendente llamaba «una excelente respuesta popular». Un montón de gente que, simplemente, no confiaba en sus vecinos, aprovechaba la coyuntura y les denunciaba por cualquier tontería. Había incluso quien la había tomado con los homosexuales, independientemente de que llevaran vidas decentes o no.

Pero el amplísimo catálogo de quejas recibidas no los llevó a ninguna parte. Quienquiera que fuera el asesino seguía ahí fuera, y había borrado sus huellas a la perfección, por cierto.

Bill se dirigió a Maryhill. Una vez en Erskine Street, se detuvo en el número once y recorrió con la vista el edificio hasta dar con la ventana del segundo piso. Estaba tan sucia que parecía borrosa. Bajo el sol, el andrajoso trozo de red que cubría su parte inferior tenía el color de un día de lluvia.

Había ocurrido una jornada como aquella, también del mes de junio. Ese día abandonó su calle para siempre. Su madre se había asomado a aquella ventana para saludarlo, decidida a no mostrar el menor vestigio de pena. Su hijo salía en busca de lo que ella siempre había deseado para su futuro. Había criado a cuatro buenos muchachos en aquella casa y les había inculcado el auténtico sentido del bien y del mal. Su hermano John estaba en Canadá trabajando como policía. Malcolm, el más inteligente, ejercía como abogado en Edimburgo, lo más lejos posible de aquel lugar. El segundo empezando por abajo, Kenny se había ido a trabajar en la mar, como su padre. Y por fin había llegado su turno de abandonar el nido.

Una persona que acababa de salir del edificio lo miró de arriba abajo. Era un chico con aspecto espabilado, de unos 24 años. Echó a correr hacia el coche, escupió en la ventana y le enseñó un dedo.

Cuando la madre de Bill se puso enferma, se negó a marcharse de Erskine Street e irse a vivir con Margaret y con él, así que le consiguieron ayuda domiciliaria y empezaron a visitarla siempre que podían. A veces, Bill hacía que un coche de policía se acercase a comprobar qué tal estaba, y su madre siempre ofrecía a los agentes una taza de té. En más de una ocasión, unos chavales tan jóvenes como aquel les habían quitado una rueda o el retrovisor, mientras ellos estaban en su casa tomando mantecadas.

Bill encendió el motor y el chico se metió en otro portal, aún con el dedo levantado de forma desafiante. Bill le miró por última vez y se alejó del destrozado bordillo, feliz de que su madre no hubiese llegado a ver tamañas barbaridades.

Volvió a la ciudad. En esta ocasión se dirigió a la Galería de Arte de Kelvingrove. Aparcó en la larga avenida, sembrada de hojas. Se bajó del coche y echó a andar.

Los hombres que matan así nunca lo hacen una sola vez. Lo más probable era que el deseo de hacerlo se hubiera ido desarrollado a lo largo del tiempo, que al principio se hubiese sentido satisfecho con pequeños actos de violencia, pero que después la pulsión se hubiera hecho cada vez más fuerte. El acto sexual sería solo una pequeña

parte del placer, que se completaba con la satisfacción que producía la violencia. Sabía que el asesino ya estaba esperando para volver a hacerlo. De las cuatro muertes violentas de aquel año, las dos últimas habían quedado sin resolver; la de Martin Henderson, el estudiante que habían encontrado en aquel mismo parque, y la de Jamie Fenton.

Bill repasó en su mente el primero de los casos.

Habían visto salir a Martin de la Unión Estudiantil, sin compañía, aproximadamente a las diez. El médico estableció la hora de la muerte hacia la medianoche. Eso dejaba dos horas en las que no se sabía lo que había ocurrido. En el cadáver encontraron signos de actividad homosexual y de asalto con violencia. La muerte se había producido por un traumatismo craneoencefálico posiblemente causado por un instrumento romo, aunque tampoco podía descartarse que el chico se hubiera golpeado con una roca al caer. Pero no encontraron nunca ni el instrumento romo ni la roca.

Cuando hallaron el cuerpo, a la mañana siguiente, había llovido tanto que el río casi se había desbordado.

Rhona y el equipo de forenses no habían encontrado absolutamente nada. Llegaron a la conclusión de que probablemente la víctima hubiese salido en busca de sexo y después se hubiera encontrado con un asaltante. Pero la doctora había planteado la hipótesis de que tal vez el chico se hubiese citado allí con alguien para practicar el sexo y que fuese esta misma persona la que lo había asesinado.

—¿Recuerdas la correa que llevaba al cuello, con una cruz? —le había dicho.

—El doctor dijo que la utilizaron para echarle la cabeza hacia atrás.

—Sí. Pero no murió asfixiado, aunque tenía moratones en el cuello, como los que le habrían quedado si alguien hubiera tirado de ese modo del cordón.

—Y si el asesino es el mismo, ¿por qué a este no le mordió?

—Tú y yo sabemos que este tipo de actos suelen volverse cada vez más violentos con el paso del tiempo. Es posible que la segunda vez necesitare ser más agresivo.

—¿No sacamos nada de aquel caso? ¿Ninguna evidencia de ningún tipo?

—Solo una pequeña cantidad del fluido seminal de la víctima. Nada del asaltante.

—Si habían tenido relaciones sexuales, eso es muy extraño.

—Es lo mismo que dije yo, Bill. Sin rastro alguno de pruebas, no hay encuentro sexual. Yo creo que el fluido seminal que encontramos fue producto de una eyaculación en el momento de la muerte. Los dos sabemos que eso no es infrecuente.

Rhona se detuvo, para luego proseguir:

—Pero ahora ya no estoy tan segura. Cuando examiné a Jamie Fenton, la mayor parte del líquido seminal lo tenía en los muslos. En la boca apenas había unas trazas. El doctor Sissons dijo que el esófago estaba limpio, y que en el recto prácticamente no había encontrado nada.

—¿Entonces?

—Puede que el asesino tenga problemas para alcanzar el clímax. Si se trata del

mismo hombre, es posible que la primera vez no llegara a lograrlo. Tal vez eso fuera precisamente lo que le hizo perder los papeles.

—¿Y en el caso de Jamie?

—Creo que le apretó la garganta para ayudar a que tuviese un orgasmo y al ver que no funcionaba, le mordió.

—Empiezas a hablar como los psiquiatras forenses.

Se quedó callada un momento.

—Debemos intentar comprender el porqué de los hechos, Bill. Es el único modo que tenemos para poder cogerlo antes de que vuelva a actuar.

Ninguno de ellos necesitaba a un psiquiatra forense para decirles eso. Ambas víctimas eran estudiantes. Esa podía ser la conexión. Aparte de eso, poco más tenían ya que investigar.

Cuando las autoridades universitarias se entrevistaron con él, le dijeron que Martin Henderson también había sido usuario habitual del laboratorio de Informática.

Bill se fue a dar un paseo y dejó que el murmullo del río fluyese a la deriva por su mente. Luego regresó al coche y condujo hasta la comisaría.

Janice estaba esperándolo. Había ocurrido algo. Una redada en el establecimiento de un proveedor de vídeos pornográficos de la zona les había proporcionado una pista con la que no contaban. Mientras el equipo realizaba una revisión rutinaria del material para intentar reconocer alguna cara, dieron con un vídeo en el que aparecía Jamie Fenton. Estaba atado a una cama, con las muñecas sujetas por un cordel azul trenzado con borlas en los extremos.

Detrás había colgadas unas cortinas que les resultaban familiares; estaban totalmente cubiertas de remolinos de colores.

Capítulo 21

Justo en el momento en el que Jonathan cerraba la puerta de la entrada sonó su móvil. Era Mark.

—¿Quieres que nos veamos esta noche?

—No puedo. Voy a salir.

—¿Con quién? —La voz de su amigo tenía un cierto tono de incredulidad.

—Lo siento, me tengo que marchar; se me hace tarde.

Jonathan apretó el botón rojo mientras se reía de la imagen que se había formado en su mente con la cara de Mark.

De camino hacia la parada del autobús pasó junto a Susan Wheatley. Ella lo saludó e hizo ademán de pararse a hablar, pero él siguió caminando. Cualquiera otro día se hubiera vuelto loco de contento. Pero aquel no. Aquel día no necesitaba a Susan Wheatley.

El vodka que se había tomado antes de salir de casa le hacía sentir que no necesitaba a nadie. Todo era perfecto. Sus padres no aparecerían antes de la noche del día siguiente. Se suponía que Morag estaba al cargo, pero en realidad estaba demasiado ocupada tirándose a su nuevo novio.

Se sentó en el piso superior del autobús y le entraron ganas de fumar un cigarrillo. Se preguntaba si Simon fumaría. Él nunca se lo había comentado. Ni siquiera sabía qué edad tenía su amigo cibernético. Pero no era mayor, de eso estaba seguro.

Llevaban semanas mandándose mensajes mutuamente. Jonathan sentía que le había contado prácticamente todo lo que sentía y pensaba. Incluso se había inventado algunas cosas. En la red era fácil hacerlo. Resulta sencillo decir que uno había hecho esto o lo otro, o reírse de las cosas que lo asustaban o molestaban. Simon siempre le comprendía. Justo lo contrario que su familia.

Estuvo a punto de pasarse la parada, tan enfrascado estaba en sus pensamientos, así que se apresuró a ponerse en pie y tocar el timbre. El conductor dio un frenazo y a Jonathan le faltó poco para caerse.

—La próxima vez, decídete antes, hijo —le gritó.

Un grupo de jóvenes de atuendo gótico estaban sentados en las escaleras, tomando el sol. Jonathan miró a un lado y otro de la calle. Había llegado justo a la hora, pero Simon no estaba. Se sintió tremendamente defraudado. Entonces, una figura alta y de rostro agradable emergió de detrás de una columna. Aquella persona le llamó por su nombre. Jonathan sonrió y se acercó a él.

Cuando el chico despertó a la mañana siguiente, Amy ya había llegado. Se oía el zumbido monótono de la aspiradora al pasar por la alfombra del recibidor. La asistente, además de tener la radio a todo volumen, estaba cantando en voz alta y

desafinada.

Jonathan salió de la cama, esperando a que llegase el consabido golpe en la cabeza que acompañaba siempre al exceso de alcohol. Pero entonces recordó que, al final, casi no había bebido. A Simon no le gustaba colocarse.

Se dirigió al baño mientras pensaba que, cuando Amy terminase, le pediría la aspiradora y arreglaría su cuarto. Incluso abriría la ventana y dejaría que entrase un poco de aire fresco.

Se metió en la ducha, dejó que el agua le cayese sobre la cabeza y que el estremecimiento recorriese el resto de su cuerpo. La noche anterior había sido genial. Por una vez en su vida, había sentido que estaba en el lugar adecuado, con la persona adecuada y diciendo las cosas adecuadas.

Cortó el chorro del agua caliente y se secó. Cuando su madre y su padre volvieran lo encontrarían fuera, en el jardín, cortando el césped. Seguro que por eso le darían cinco libras. Y seguro que tenía un mensaje de Simon. El corazón le dio un vuelco con solo pensarlo. Simon era un tío muy enrollado.

Cuando, una hora más tarde, el coche entró ronroneando por la calle, Jonathan ya se había puesto manos a la obra. Definitivamente, el esfuerzo había merecido la pena. La cara de su padre fue todo un poema cuando el chófer le abrió la puerta para que saliese.

—Pero, por Dios... ¿Qué te ha pasado?

—Mamá dijo que había que cortar el césped. Así que...

—Pero si tu madre siempre está hablando de lo que ha crecido la hierba y eso nunca te ha importado lo más mínimo...

—Anda, hombre, no desanimes al chico.

—Ah, mamá, he limpiado mi cuarto. Le he pedido a Amy la aspiradora.

—Dios mío. Ahora sí que puedo decir que el fin de semana ha sido perfecto — dijo Edward.

—¿Os lo habéis pasado bien, entonces?

—Sí, muy bien. ¿Está tu hermana en casa?

Edward echó un vistazo a su alrededor, como si Morag fuera a aparecer de pronto de entre los setos.

—Ha salido con Anthony —respondió Jonathan, mientras se decía que luego tendría que sacarle a su hermana algo de dinero por no haberles contado que en realidad no se había asomado por casa desde que ellos se marcharan.

Su padre refunfuñó y entró en casa, mientras su madre le regalaba un billete de diez libras por cortar el césped.

—Espero que hayas tenido un buen fin de semana, Jonathan —le dijo, y el chico pensó de repente si su madre iría a preguntarle qué había hecho en su ausencia. Pero esta vez no le importaba que lo hiciera porque ya tenía preparada una historia.

Después de la cena, Jonathan se fue un rato a su escondite. Ya había soportado durante suficiente tiempo las interminables anécdotas de su padre. «*Sir James* dijo esto, *sir James* dijo lo otro...». ¿A quién le importaba lo que hubiera dicho aquel viejo?

Estaba tumbado en el suelo, con la cabeza apoyada sobre la pendiente de hierba, y fumándose un cigarrillo. Observaba cómo el humo se elevaba y se disipaba entre el espeso follaje. Estaba repasando mentalmente lo que le había sucedido.

Habían estado hablando durante horas. Jonathan se sorprendió de lo mucho que tenían que contarse el uno al otro, especialmente después de tantos correos como se habían intercambiado. Simon era mayor de lo que en un principio había supuesto, pero daba igual. Era muy divertido. Se rieron mucho del colegio, de las chicas y de la familia de Jonathan. Hablar con Simon tenía la virtud de aplacar un poco la rabia que sentía por todo.

Habían ido a tres clubes diferentes. Todo el mundo parecía conocer a Simon. Había gente que incluso se acercaba a su mesa y se sentaba un rato.

Cuando se fueron al apartamento de Simon, las cosas se habían puesto un poco raras. El hombre le preguntó directamente si quería irse a casa y le ofreció la posibilidad de llamar a un taxi de inmediato. Pero él no quería marcharse.

Apagó el cigarrillo. Levantó las caderas y se desabrochó el pantalón. Se bajó los vaqueros y los calzoncillos por debajo de las caderas. Su pene, liberado, saltó fuera de la ropa. Se colocó boca abajo y se pegó con fuerza contra la tierra. De inmediato, como respuesta a la presión, se le puso gorda. Su cerebro se llenó con imágenes de sexo. Empezó a frotarse arriba y abajo contra el suelo, mientras respiraba profundamente al ritmo que se iba marcando. Se imaginó que estaba encima de Shona Seaton y que ella le gritaba que lo hiciera más fuerte, más dentro, más rápido. Entonces empezó a ver los suaves pelillos rubios de la mano de Simon, que le frotaba delicadamente la rodilla, se deslizaba entre sus muslos y le agarraba la entrepierna. Metió la cabeza entre las hojas caídas y se imaginó que chupaba los duros pezones de Shona, mientras Simon le lamía a él la turgente erección del miembro. Entonces se corrió, chorro a chorro. Su profundo gemido de placer se ahogó en la tierra y sus orificios nasales se llenaron con el olor de la vegetación putrefacta, el sudor y el esperma.

Cuando Simon le pidió finalmente un taxi, hacia medianoche, le metió dos billetes de veinte libras en la mano y le dijo que, con lo que le sobrara, se comprara un CD nuevo.

—Mañana te mandaré un mensaje. Bueno, si quieres que volvamos a vernos.

Él asintió. El corazón se le salía del pecho con solo pensar que Simon quería volver a estar con él.

Jonathan se sentó y se limpió con unas hierbas. Se subió los calzoncillos, salió de la guarida, se sacudió los hierbajos de la ropa y volvió a casa para revisar su correo electrónico.

Cuando abrió la puerta principal, la amable atmósfera de antes se había evaporado. Podía oír la voz de su padre desde el estudio, dura y enfadada, y las tensas respuestas de su madre. Morag le echó una mirada de advertencia desde lo alto de las escaleras. A Jonathan se le revolvió el estómago. ¿Y si su padre había encontrado su botella de vodka o, peor aún, las fotos que había escondido en el cuaderno?

Se quedó quieto como un conejillo bajo los faros de un coche. ¿Debía subir a su cuarto y fingir que seguía fuera o debía salir de verdad nuevamente? Entonces se dio cuenta de que la bronca no debía de tener nada que ver con él, o su padre ya habría salido hacía tiempo al jardín a gritarle.

Tenía que haber sucedido alguna otra cosa. Algo grave, a juzgar por el tono de la discusión. Miró hacia arriba. Morag estaba inclinada sobre el pasamanos y en su boca se dibujó de forma melodramática la palabra «teléfono». A continuación, dirigió la mirada hacia la mesa del recibidor. La luz verde del contestador automático estaba iluminada. Jonathan se acercó y cerró la puerta del salón lo más suavemente que pudo. La estancia estaba separada del estudio y sus padres no oirían nada. Le dio al botón de reproducción. Se oyó una especie de silencio penetrante y entonces una mujer se aclaró la garganta y empezó a hablar con voz entrecortada, como si estuviese enfadada, o hubiese estado llorando. Le pedía a su padre que la llamase inmediatamente para hablar de los papeles que le había enviado. Necesitaba comentar un asunto con él lo antes posible.

La discusión aún continuaba. Su padre estaba tratando de engatusar a su madre o de explicarse. Jonathan se deslizó furtivamente por el salón, se quedó muy quieto detrás de la puerta medio abierta del estudio y escuchó.

Así fue como descubrió que, en alguna parte, fuera de aquella casa, tenía un hermano.

Sabía que su padre estaba temblando de rabia por dentro, aunque por fuera pareciera calmado.

—¿Podemos confiar en que esa mujer mantenga la boca cerrada? —preguntó su madre.

—Sí. Rhona tiene principios.

—Ah, ¿y yo no? —replicó Fiona.

—No es eso lo que quería...

Ella lo interrumpió en mitad de su disculpa.

—¿Y por qué quiere ponerse en contacto contigo precisamente ahora?

—Por ese asesinato. Rhona es la forense del caso. Dice que el chico tenía un increíble parecido físico con ella.

—¡Por Dios! —exclamó Fiona, realmente alterada—. ¿No creerás...?

Edward meneó la cabeza con vehemencia.

—Por supuesto que no.

—¿Entonces dónde está el niño?

—Ya te lo he dicho. No lo sé. Pero no era la víctima.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque el chaval muerto ha sido identificado.

—¿Entonces por qué te ha llamado esa Rhona otra vez?

Edward se acercó a la ventana y salió del campo de visión de Jonathan.

—¿Y bien? —insistió Fiona con tono impaciente.

—Ha decidido tratar de ponerse en contacto con... su hijo.

Jonathan oyó a su madre tomar aire.

—Eso no es buena idea, y menos ahora.

—¿Crees que no lo sé? —Edward parecía furioso—. Creí que ya lo había solucionado, pero parece que no.

Fiona trató por un momento de asimilar los hechos.

—Si se le ocurre contactar con los periódicos... Connelly...

—Lo sé, lo sé, no des detalles. Connelly me sacaría de una patada de las elecciones.

—Eso no va a ocurrir.

La voz de su madre adoptó ese tono decidido que Jonathan conocía tan bien.

—¿A qué te refieres?

—Si es necesario, yo hablaré con... esa mujer. Le explicaré que nuestro hijo sufriría mucho si descubriese que tiene un medio hermano. Le pediré ayuda, de mujer a mujer.

Capítulo 22

La bruma baja que coqueteaba con las aguas del lago dibujaba unos remolinos que ascendían con la refrescante brisa. Al otro lado, el Cobbler dormitaba, con su montañosa figura claramente recortada contra el cielo azul.

Era fácil creer que allí se estaba seguro. Demasiado fácil. Chrissy sentía el frío de la brisa en la cara. Tembló un instante y se envolvió los hombros con la manta escocesa que había traído.

Estaba sentada junto a la orilla del agua, de espaldas a la zona que se elevaba hacia la hierba del *camping*, llena de caravanas de turistas y tiendecillas muy separadas. La suya la habían montado sobre una alfombra de vegetación bien mullida que habían localizado alrededor de un viejo serbal.

Cogió la lata, la llenó de agua y la puso al fuego.

Vio que Neil llegaba a la parte más alta de la zona verde y luego desaparecía rápidamente por el otro lado. Al reparar en ella, su mirada de preocupación se desvaneció. Había ido a comprar algo de pan y beicon a la tienda del campamento.

Chrissy cogió la sartén y la colocó junto al bote de agua.

Ya de vuelta, él anduvo de un lado a otro, mientras ella colocaba cuidadosamente las tiras de beicon, añadía palitos a la fogata, cuidaba del agua y echaba en ella dos bolsitas de té.

Sus manos se encontraron cuando le pasó una taza de la infusión. Él le acarició los dedos.

—¿Va todo bien? —le preguntó mientras se sentaba a su lado.

Ella asintió.

—Después del desayuno te llevaré a dar una vuelta.

Mientras estaban allí sentados, comiendo en silencio, el sol se abría paso entre la niebla.

Tras haber recogido las cosas de Neil de su apartamento, Chrissy había ido directamente a la estación de autobuses. Tuvo que esperar hasta que llegó su autocar, a primeras horas de la mañana.

No había más pasajeros, a excepción de una mujer con dos niños que se subió a la parte trasera y se sentó entre ambos para mantener la paz. Chrissy se hundió en el asiento delantero, enrolló la chaqueta a modo de cojín y se durmió inmediatamente. Cuando despertó, Glasgow ya se había perdido de vista.

—Entonces, ¿estás bien?

Neil había bajado los platos a la orilla del lago y los había lavado. Había vuelto a subirlos y los había apilado para que se secasen junto al fuego. Luego, tras echar dos trozos grandes de madera a la lumbre, había dejado nuevamente a un lado la lata llena

de agua. Ya estaba listo para marcharse.

—Vamos.

La ayudó a levantarse del suelo, apretándole fuertemente la mano.

—Iremos camino arriba. La vista desde allí es magnífica.

Tardaron unos diez minutos en recorrer el sendero que rodeaba el valle y después tomaron una senda que discurría a la izquierda, entre árboles. Durante un rato, Chrissy solo pudo ver el escarpado camino que tenía delante y la parte de atrás de la camiseta de Neil, a la que se agarraban pequeñas mosquitas para que alguien las llevase hasta la colina. Él tuvo que detenerse en varias ocasiones y esperar a que ella lo alcanzase. Entonces, los árboles desaparecieron súbitamente y el aire se hizo más frío. El camino comenzó a serpentear entre rocas y matas de brezo. Pasaron por una zona quemada, siguieron por el sendero que rodeaba la colina y por fin llegaron a la cima. La vasta extensión del lago se abrió bajo sus pies. El agua relucía en la distancia.

—Pura magia —afirmó Neil mientras le sonreía—. ¿Qué te parece?

—Es fantástico —le contestó ella.

—Sí. Pura magia.

La atrajo hacia sí, le señaló unos cuantos puntos de referencia e incluso le dio sus nombres. Hablaba con la mirada fija en el lago, acariciando cada curva del agua, cada cambio en su orilla.

—Solía venir aquí cuando mi padre se emborrachaba. Hacía autoestop para llegar y, cuando el dinero se me acababa, volvía a casa.

—No sabía que te gustaran estas cosas.

—Sí, bueno, una tienda de campaña es el mejor sitio para echar un buen polvo.

—No bromees. —Su voz se puso tensa.

—No estaba bromeando.

Entonces la besó. Su boca aún sabía a la sal del beicon.

—¿Quieres seguir subiendo o prefieres bajar ya?

—Creo que tenemos que decidir qué vamos a hacer —repuso ella muy seriamente.

Neil negó con la cabeza, con expresión obstinada.

—Yo ya sé lo que voy a hacer.

—¿Y se puede saber qué es?

—Te voy a quitar toda la ropa y me voy a quedar mirándote hasta que me supliques que te lo haga.

—Pues entonces vas a esperar para siempre —le dijo ella.

—Hay cosas por las que merece la pena esperar hasta el fin de los días.

De vuelta a la tienda, pasaron por el camino junto a dos hombres. Iban equipados con botas caras de escalar y mochilas.

—¡Buf! —murmuró Neil.

—Vienen a pasear, igual que nosotros.

—Esos tíos piensan que son los dueños de Escocia.

—A lo mejor les gusta el sitio.

—Sí, pero les gustaría mucho más si nosotros no viviésemos aquí.

Siguió caminando. Aquel encuentro le había fastidiado de verdad, y habría preferido que ella no se hubiese dado cuenta. Pero, por supuesto, ya era demasiado tarde.

Chrissy tenía claro que Neil seguía pensando en los dos hombres que habían ido a su casa a «discutir» el problemilla de las fotografías. Fotos que él había jurado que no tenía. Fotos que podían incriminar a un buen número de ciudadanos relevantes. Las mismas fotos que ella había recogido y había traído consigo. Eran su red de seguridad, como él las llamaba. Siempre le decía que si le ocurría algo, aquellas imágenes se publicarían y por eso se limitaban a amenazarlo. Pero ella le recordaba entonces que aquellos matones habían ido a su casa y le habían dado una buena paliza. Y él le aseguraba que esa era la razón por la que se había ido allí, más allá de la vista y la mente de sus enemigos; y que regresaría cuando las aguas volviesen a su cauce.

Él sabía que Chrissy tenía que coger el autobús de las ocho en punto. Después de pasar un buen rato tirados en la tienda, hablando y haciendo el amor, Neil avivó el fuego y preparó unas salchichas con alubias. Ella le prometió que volvería el fin de semana siguiente.

—No, no es necesario que vengas.

Chrissy sintió que se le hacía un nudo en el estómago.

—Pero...

—Las cosas ya se habrán calmado. Para entonces habré vuelto a Glasgow.

—¿A tu casa? —le preguntó con incredulidad—. Pero sabrán que estás allí.

—No puedo permitirme el lujo de fallarles a mis clientes habituales —le explicó él evitando su mirada.

Chrissy trató de disimular el horror que le producían aquellas palabras, pero él se apartó, como poniéndose a la defensiva.

—Es mi trabajo —le dijo con dureza.

—Pero ese tío trató de estrangularte.

—Las cosas se pusieron un poco duras. A veces pasa —le explicó, intentando convencerse a sí mismo al tiempo que a ella—. Muchos solo se corren así. Es patético.

Se apartó de su lado y Chrissy empezó a sentir náuseas.

—Pues déjalo.

La ira se borró del rostro de Neil y le rozó la mejilla con la mano.

—Me quieres para ti sola, ¿verdad?

—Lo que quiero es que estés bien. —Su voz se había convertido en un tímido susurro.

—Ya estoy bien —le aseguró con firmeza—. VIH negativo, tengo dinero en el banco y un buen seguro de vida... ¿Qué más puedo pedir?

Mientras lo decía, se tocaba el bolsillo de la chaqueta.

Chrissy hubiera querido discutirse, decirle que dejase de hacerse eso a sí mismo. Pero la mirada del hombre, una mezcla de enfado y dolor, la obligó a guardar silencio. Se metió en la tienda para recoger su bolsa. Cuando volvió a salir, él se comportó como si no hubiese pasado nada. Cosa que se le daba demasiado bien, pensó ella.

—Entonces, ¿está todo en orden? —preguntó Neil.

Ella afirmó con la cabeza, aunque se sentía vencida.

—Estás loco —le dijo.

—Y a ti te gustan los locos —replicó él.

Había gente en la parada del autobús, así que no pudieron hablar. La cara de él era como una máscara. A ella le dolía el alma solo de pensar que tenía que dejarlo allí. Antes de subirse al autocar, se besaron con mucha fuerza.

—Te llamaré, ¿vale? —dijo él.

De camino a casa, trató de descubrir cuándo había ocurrido, cuándo se había transformado el sexo en amor. A pesar de todas las bromas que le había gastado sobre follar, Neil se había tomado su tiempo, la había puesto a punto a conciencia. Ella había pensado, de forma cínica, que lo hacía porque era muy experimentado. Pero ahora estaba segura de que esa no era en absoluto la razón. Nadie se toma tantas molestias por algo que para él no tiene ningún significado.

Capítulo 23

—Vamos a tener que contárselo a Bill.

—No puedo.

—Pero podría tratarse del mismo tipo. Podría matar a Neil.

—Ni se te ocurra decirlo.

Rhona nunca había visto a Chrissy tan vulnerable como en aquel momento. Las dos habían llegado pronto a trabajar el lunes por la mañana. Una única mirada a la cara de su compañera le había bastado para darse cuenta de que le sucedía algo; así que Rhona la agarró, la metió en la habitación trasera del laboratorio y cerró la puerta.

—Bill es un hombre decente y un buen policía. Él podría protegerlo.

—¡No! —exclamó Chrissy inflexible—. Le prometí que no se lo contaría a nadie. Parecía a punto de echarse a llorar.

—Ni siquiera a ti tenía que habértelo dicho.

Rhona agarró la mano de Chrissy entre las suyas.

—Has hecho bien. Está claro que eres mucho más valiente que yo.

—¿A qué te refieres?

—Yo también tengo mis secretos. No me he ido a París con Sean, he estado aquí todo el tiempo.

—¿Qué ha ocurrido?

—Las cosas entre nosotros están un poco..., bueno..., raras. Lo he visto con otra mujer y le he preguntado si se ha estado acostando con ella.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que no importaba si lo estaba haciendo o no.

—Pero eso no significa que...

—Estás pensando que por qué no ha dicho directamente que no, ¿verdad?

—En realidad, aunque te lo dijera no ibas a creerlo.

—Y tampoco sabes lo de Edward...

—¿Edward?

Así que Rhona terminó por contárselo todo.

—Me pidió que me mantuviese en silencio porque esto podía perjudicarlo en las elecciones.

—¡Será bastardo! Y parece una persona encantadora.

—Oh, claro que es encantador —le aseguró Rhona—, siempre y cuando se salga con la suya.

—Supongo que lo mandarías a tomar por el culo.

—No exactamente —dijo Rhona, y estuvo a punto de sonreír al ver la cara de indignación de Chrissy—. Pero seguí dándole vueltas al asunto.

De repente se dibujó una expresión de desesperación en su rostro.

—Y también está lo del asesinato. El chico tenía una marca de nacimiento igual que la de Liam.

—¡Dios santo! ¿No pensaras...?

Las palabras salieron a borbotones. Le contó que el médico forense y el sargento habían comentado lo mucho que el chaval se parecía a ella, y después lo de Bill, y lo de la marca de nacimiento, exactamente en el mismo sitio que la tenía su niño.

—Podrías comparar tu ADN con el del...

—Pero ya sabes que todo queda registrado. ¿Cómo iba a explicar por qué estaba contrastando mi ADN con el de la víctima?

—Y entonces, ¿qué hiciste? —preguntó Chrissy.

—Esta vez fue Edward quien se encargó de los trámites. Lo llamé y le dije que quería saber dónde estaba nuestro hijo.

—Seguro que se cagó encima.

Rhona se echó a reír.

—Lo que hizo fue mandarme el nombre de adopción de Liam para probarme que no era el chico muerto.

—Si yo estuviera en tu lugar, se lo contaría todo a la prensa. A los periodistas les encantaría enterarse de algo así.

—No puedo hacerlo.

—No, no puedes. Y tampoco yo puedo contarle a nadie lo de Neil.

—¿Y si el tipo que le pegó fuera el asesino?

—Neil dice que ese tipo de comportamiento forma parte del juego, y que por esas cosas le pagan.

—¿Y no te ha contado nada más sobre ese individuo? Qué aspecto tiene o algo así. Algo que nos permita relacionarlo con la investigación.

—No. Únicamente, que tiene mucho dinero. Cuando le sugerí que le denunciase, Neil me dijo que la policía jamás creería a alguien como él.

Rhona pasó el resto del día concentrada en estudiar las fibras que se habían encontrado en los vaqueros del chico, mientras Chrissy se dedicaba a la cortina, sobre todo en busca de alguna pista de la víctima anterior.

Había comentado con Chrissy que era una posibilidad bastante remota, pero que si el asesino utilizaba la cortina como parte de su rutina, quizá lograsen detectar algún rastro de la persona a la que había asesinado previamente y, en ese caso, sería como cantar bingo.

Al microscopio, las fibras de los vaqueros resultaron ser de dos clases. La primera la identificaron fácilmente: lana de color azul oscuro. Habría que pasar el tinte por un espectrómetro y un cromatógrafo para saber más. Las fibras de la segunda clase también eran naturales. El chico llevaba puesto unos pantalones vaqueros de algodón y una camiseta, pero aquellas fibras eran de seda cultivada.

Rhona levantó la vista del microscopio y vio aparecer ante sus ojos la imagen del asesino.

Tenía dinero. Le gustaba que todo lo que rozase su piel fueran fibras naturales. Llevaba camisas y corbatas de seda; y chaquetas y pantalones de lana virgen azul oscura. Usaba perfumes caros. Podía ser rubio o moreno. Para él, el sexo tenía que ir de la mano de la violencia.

¿Cuántos hombres en Glasgow responderían a esa descripción, suponiendo que viviese en la ciudad?

—Creo que debes echarle un vistazo a esto.

La enorme hoja de papel de filtro con la que había cubierto la cortina tenía varias manchas moradas, cada una de las cuales identificaba una muestra de semen.

—Parece que esa cortina tiene mucha historia —comentó Rhona.

—Cortaré los trozos más destacados y sacaré muestras.

—¿Hay sangre antigua?

Chrissy señaló otros dos papeles de filtro ya secos. Ambos se habían rociado con una mezcla de fenolftaleína, alcohol y agua oxigenada, que, en presencia de sangre, producía una coloración rosada.

—Hay pocos restos de sangre, aparte de los producidos por las heridas de Jamie Fenton —dijo Chrissy—. Si la violencia va en aumento con el paso del tiempo, esas manchas deben ser producto de pequeñas laceraciones, causadas por raspaduras, arañazos y cosas por el estilo.

—La cortina parecía importante para el asesino. ¿Por qué la dejaría? —preguntó Rhona—. Seguro que sabía que contenía pistas que nos ayudarían a identificarle.

—¿Porque algo o alguien trastocó sus planes?

Parecía lógico. Los hombres que matan durante o después del acto sexual generalmente siguen una especie de ritual, mantienen una estructura. Sus víctimas no son más que objetos. *Les resultan mucho más prescindibles que un trozo de tela*, pensó Rhona. El asesino no hubiera dejado la cortina de no haberse visto obligado a hacerlo.

—Ah, y nos ha llegado el análisis químico de los fragmentos de pintura que encontramos en el bolsillo del chico. Se trata de una pintura en capas, de la de antes, con plomo. ¿Habría estado en algún sitio en que estuviera cayéndose la pintura de las paredes?

—Eso podría ocurrir en cualquier piso de estudiantes —respondió Rhona con tono pesimista.

—¿Y qué sabemos de la abrazadera de las cortinas?

—Hemos hallado trazas correspondientes al chico muerto, escamas de piel y alguna salpicadura de su sangre. Nada más.

—Sin tener un sospechoso, trabajamos a ciegas —dijo Chrissy.

—Lo sé. Y yo ya empiezo a resentirme de todo el tiempo extra que le estamos dedicando a este caso. Además, nadie nos lo va a pagar.

—¿Y Bill sabe eso?

—No. Y no tengo la menor intención de decírselo. Ya tiene bastante con que se le haya echado encima el superintendente desde que el asunto apareció en los periódicos. Esperemos que pueda dar con el origen de la cortina, y lo antes posible.

El resto del día transcurrió sin mayores incidentes. Tony no reparó en la preocupación de sus colegas. Tenía la mente en otra parte. A la hora del almuerzo se marchó para reunirse con su novia mexicana e ir a dar un paseo por el parque.

Justo después de su salida, Chrissy comenzó a sondear nuevamente a Rhona.

—¿Y qué vas a hacer con lo de tu hijo?

—Le dije a Edward que trataría de dar con Liam.

—¿Y él qué te contestó?

—Siguió hablando de las elecciones. Dice que tiene posibilidades de ganarlas. Se trata de un escaño con el que los conservadores cuentan como seguro antes de las elecciones generales; nadie espera que lo obtengan los laboristas. Además, tiene partidarios muy importantes. Incluso mencionó a *sir* James Dalrymple.

—Y lo tuyo con Gavin no es serio, ¿verdad? —le preguntó Chrissy.

Rhona no contestó.

—¿Te has acostado con él?

—¡No!

Chrissy le echó un buen repaso con la mirada.

—Pero te lo has planteado, ¿no es cierto?

Esperó una respuesta, pero al ver que no recibía ninguna, no se dio por vencida.

—¿Y qué pasa con Sean?

Rhona se encogió de hombros. Era capaz de sacarse a Sean de la cabeza cuando no lo tenía cerca. Si rompían, él saldría adelante. Había muchas mujeres esperando para sustituirla.

—Pues yo creo que con Sean te equivocas —le dijo—. Vale, le gustan las chicas. Pero a ti te mira de un modo diferente.

Chrissy había estado buscando las palabras más adecuadas antes de decirlo.

—¿Y con eso qué me quieres decir?

—No me lo tomes a mal —dudó Chrissy—. Me da la impresión de que no quieres que nadie se te acerque demasiado. Como si no confiases más que en ti misma.

Su expresión adoptó un aire de disculpa, pero siguió adelante.

—Pensé que tu actitud era cosa del cargo, que tenías que comportarte así para que te respetasen en el trabajo. Pero puede que lo hayas trasladado a tu vida personal.

—¡Excelente comentario viniendo de ti!

—Vale, yo también sé lo que es actuar así. —Su voz se fue apagando mientras lo decía.

Se acercó a su amiga y se detuvo a su lado.

—Neil es un poco como Sean. Cree que es un regalo del cielo para las mujeres.
Pero la verdad es que con él me divierto, y no me pide nada.

Al fondo, sonó el teléfono.

Era Gavin. Quería saber si le apetecería ir a cenar con él aquella noche.

Tenía algo que enseñarle, algo importante.

Capítulo 24

Cuando, a las ocho en punto, llegó Rhona y llamó al apartamento de Gavin, el portero automático no respondió. Se apartó unos pasos de la puerta principal y miró hacia la ventana del segundo piso mientras se preguntaba si no habría llegado demasiado pronto. Las cortinas estaban cerradas sobre los enormes miradores y la luz eléctrica estaba encendida, a pesar de encontrarse en mitad de una tarde de verano. Estaba claro que él tenía que estar en casa.

Rhona volvió a llamar, y esta vez él respondió inmediatamente.

—Sube. Pero te advierto que acabo de salir de la ducha.

Ella entró en un pasillo cargado del delicioso olor del ajo, el aceite de oliva y el pan francés caliente. Se le hizo la boca agua de forma instantánea y se dio cuenta, no sin cierto remordimiento, de que no había olido nada tan delicioso desde la marcha de Sean.

Gavin estaba frente a la cocina, dando vueltas enérgicamente al contenido de la cazuela, con una gran toalla de baño atada alrededor de la cintura. Cuando Rhona entró, se giró y le sonrió sin parar de remover. Obviamente era un experto cocinero.

—La salsa me reclama —le explicó.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó ella, con verdaderas dificultades para apartar la vista de su torso desnudo.

—¿Quieres decir que así podré ir a vestirme y tú dejarás de sentirte incómoda?

—Sí —admitió la mujer.

—Muy bien. Ven aquí.

Ella se le acercó. Él cogió su mano y la llevó hasta la cuchara.

—El secreto está en la forma de remover —le explicó—. Hay que hacerlo a velocidad constante y aumentarla un poco cuando comience a hervir. Luego necesita otro par de minutos de cocción.

Ella podía notar su aliento en el cuello mientras asentía en silencio.

—Muy bien —dijo Gavin mientras le soltaba la mano—. Voy a ponerme algo encima.

Cuando volvió, la salsa ya estaba lista y apartada del fuego.

Echó un vistazo a la cazuela e hizo un gesto de aprobación.

—Perfecto. Espero que tengas hambre.

—Mmm.

—Menos mal, porque me he levantado a la fuerza del ordenador para preparar todo esto. Incluso he hablado con los expertos de la bodega local para que me aconsejen sobre el vino.

Rhona le lanzó una sonrisa.

Gavin sacó delicadamente una silla de debajo de la mesa y se la acercó.

—Te voy a servir un poco.

—Dijiste que tenías que enseñarme algo —le recordó ella.

—Eso puede esperar hasta después de la cena. En contra de la opinión popular, no me gusta pasarme toda la vida delante de una pantalla. Y no siempre hablo con la gente con un ordenador de por medio.

Ella se echó a reír.

—Lo siento —se disculpó.

—No, no pasa nada.

Su mano rozó la de Rhona al llenarle la copa.

—¿Has venido andando?

Ella asintió.

—Bien, porque he comprado dos botellas como esta, aprovechando una oferta especial.

Rhona tomó un sorbo.

—Pues los de la bodega deben ser muy convincentes.

—Por Dios, no me digas que no te gusta...

Gavin hizo una divertida mueca con la cara, como si estuviese verdaderamente afligido.

—No, no —se rió ella—. Está bien. De hecho, está muy bueno.

Él le pasó la ensalada.

—De acuerdo. Empecemos.

A la altura del café, Gavin le había hecho reír al menos media docena de veces y ella le había contado con todo lujo de detalles por qué le gustaba tanto su trabajo. Él había confesado sentirse igual de satisfecho con el suyo.

—Es excitante descubrir cosas —dijo—. La forma en la que emerge ante tus ojos un patrón si sabes dónde buscarlo. El patrón siempre nos cuenta una historia.

Gavin era igual que ella, pensó. Encaraban las cosas del mismo modo. Disfrutaba resolviendo problemas. No como Sean, que nunca encontraba ninguno que mereciese un segundo de su pensamiento. Se sintió culpable por pensar de este modo sobre el irlandés. Para ser honestos, no era justo que le criticase precisamente por la misma cosa que le había gustado de él cuando se conocieron, su manera soñadora de aceptarlo todo.

—¡Eh! —dijo Gavin para llamar su atención—. Estás a kilómetros de distancia.

Rhona se disculpó.

—¿Lista para ver lo que he encontrado?

—Más que lista —le aseguró ella, impaciente.

La llevó hasta su estudio.

—He localizado una lista de las adopciones que se produjeron alrededor de la fecha que me diste —le comentó con tono serio—. Todos los niños provienen de la zona de Glasgow y han cumplido los dieciséis años, así que ya pueden buscar a sus padres biológicos, siempre y cuando sepan que son adoptados, claro.

En la pantalla apareció una lista de nombres. Con el corazón en un puño, Rhona

comenzó a buscar. Un nombre tras otro. Niños, niñas, todos abandonados. Regalados por sus madres.

Mujeres como ella misma.

—¿Te encuentras bien? —le dijo Gavin.

Asintió, mientras en su fuero interno se preguntaba si todas aquellas mujeres se habrían obligado a olvidar, igual que ella; si habrían emprendido vidas nuevas, vidas en las que no había lugar para un hijo.

Su nombre y su dirección aparecieron al final de la primera página. Casi le saltaron a la cara, como si también aquellos datos la estuviesen buscando a ella. Repasó con intensidad cada una de las letras y guardó su imagen en la memoria.

—¿Lo has encontrado? —le preguntó él, mientras le cogía la mano.

—Sí —respondió—. Lo he encontrado.

El móvil de Gavin sonó en aquel preciso momento. Murmuró una disculpa y se acercó a la cocina para atender a la llamada.

Liam había sido adoptado por James y Elizabeth Hope, Warrender Park Street número diecinueve, Glasgow, el 3 de febrero de 1985. Hacía tanto tiempo, y a la vez tan poco...

Volvió a pensar en aquellos años. Recordaba su terrible desesperación tras el parto y los seis meses que pasó luego castigándose a sí misma y a Edward por la decisión que habían tomado. Cuando él se marchó, se sintió aliviada, pues no tendría que ver su irritado rostro nunca más. Poco a poco había ido reconstruyendo su existencia. Y, hasta cierto punto, había funcionado. El sentimiento de culpa comenzó a disiparse con el paso del tiempo y los remordimientos ocuparon el lugar que les correspondía, casi en el subconsciente.

Todos estos años, ahora se daba cuenta, había estado esperando, aguardando aquel momento, el momento de volver a encontrar a su bebé.

Alargó la mano e hizo clic en el icono de la impresora, pero el aparato permaneció en silencio. Después apareció un cuadro en la pantalla del ordenador que le informaba de que la impresión anterior se había interrumpido y le pedía que, por favor, volviese a colocar la bandeja del papel. Ella la sacó y volvió a encajarla en su sitio con fuerza.

Por fin.

La luz verde se encendió, la impresora cobró vida y la preciada copia salió de su interior.

Recogió el papel y se quedó mirando la dirección. Estaba tan cerca... A tan solo veinte minutos de donde se encontraba en aquel mismo momento. Todo su cuerpo se estremeció de la emoción. Si quería, podía ir a ver a Liam. Podía quedarse fuera de su casa y observarlo. Podía llenar el vacío de todos aquellos años con una visión robada de su hijo. Comenzó a planearlo, sin valor siquiera para prometerse a sí misma que

iba a hacerlo de verdad. En el fondo de su alma sabía que aquello no estaba bien, que debía esperar a que fuese él quien viniese a ella.

Otra hoja de papel había caído sobre la bandeja. Rhona la recogió y le echó un vistazo, convencida de que se trataría de una segunda página de nombres.

Pero no era así.

Sus ojos recorrieron las inescrutables líneas de códigos que ocupaban la parte superior e inferior del mensaje.

La pesadilla volvió a cernirse sobre ella.

Rhona leyó las palabras una y otra vez. Sugerían algo que apenas podía comprender. Algo horrible. Se sintió enferma. Aquello no podía tener nada que ver con Gavin, se dijo. Con Gavin, no. Era imposible.

Pero ¿realmente lo era?

Pensó en las veces que se habían visto; el modo en que la miraba, su clara decepción al ver que ella decidía volver a casa en vez de quedarse con él. Jamás la había presionado, pero estaba segura de que la deseaba. Lo supo aquella misma noche en la cocina, cuando habían estado removiendo el contenido de la cazuela con las manos. Los dos ardían en deseos de que aquel ritmo continuase, de seguir pegados el uno al otro. Si ella le hubiese dado pie, habría ocurrido.

Y en un segundo, todo aquello había quedado reducido a nada.

Estaba atónita por lo que había visto en la segunda hoja. ¿De verdad podía tratarse de un hombre de esos? Era consciente de que ese tipo de gente a veces tenía novia, mujer o hijos. Pero se negaba a seguir alimentando semejantes especulaciones. No creería eso de Gavin. Él le había ayudado a encontrar a su hijo. Se había mostrado paciente y comprensivo y ahora no iba a pagarle con una sospecha como aquella.

Sin embargo, sabía que Gavin era capaz de encontrar en Internet cualquier cosa que desease; él mismo se lo había dicho. Sin ir más lejos, había usado esos conocimientos para buscar la información que ella le había pedido.

Información a la que, por otra parte, no debería tener acceso.

Rhona advirtió que la conversación telefónica acababa. Después oyó cómo se abría la puerta del frigorífico y el sonido de una botella.

—¿Más vino? —le preguntó él.

Todo aquello era ridículo, se dijo Rhona con firmeza. El trabajo de Gavin consistía precisamente en encontrar cosas como esa. ¿No trabajaba acaso para la policía?

La voz se le acercó.

—¿O prefieres un licor?

Se guardó a toda prisa las dos hojas de papel en el bolsillo.

—Sería estupendo —le contestó con la voz un tanto temblorosa.

—Vale, ¿qué prefieres? —La sonriente cara de Gavin apareció por la puerta—.

Güisqui, *brandy*...

—Güisqui, por favor.

Él se la quedó mirando con una extraña expresión en la cara y la cabeza ligeramente ladeada.

—Pero la verdad es que voy a tener que marcharme enseguida —añadió.

—Pues entonces será mejor que me dé prisa.

Volvió a aparecer casi de inmediato y le acercó un vaso grande del licor.

—Te sacaré una copia de la lista de adopciones para que te la lleves —apuntó.

—¡No! —exclamó ella, tratando de contener el pánico—. Ya he copiado yo el nombre.

—¿Dónde?

Parecía asombrado. Ella se dio unos golpecitos en el bolsillo.

—Ah, vale —le dijo él, mirándola—. Vamos a sentarnos en un sitio más cómodo.

—Lo siento, Gavin. De verdad que tengo que irme.

—Rhona, no pasa nada, en serio...

La voz del hombre fue apagándose y ella de pronto sintió lástima por él. Se estaba comportando como una idiota, se decía. ¿Por qué no le preguntaba directamente, aceptaba su respuesta y así podrían volver a comportarse como antes?

Pero ninguna de sus reflexiones servía para tranquilizarla.

—Gracias por esta encantadora velada —le dijo ella con firmeza.

Gavin pareció verdaderamente decepcionado.

—Si quieres, te acompaño a casa dando un paseo —le sugirió.

—No, lo siento, necesito pensar.

Al menos, esta vez estaba diciendo la verdad.

Él le dirigió una mirada penetrante. En cuestión de segundos, había pasado de ser un amante potencial a un monstruo en potencia.

—Lo comprendo —le aseguró—. Deja que te llame un taxi.

—Prefiero ir caminando. No está lejos.

Cuando llegaron a la puerta, se le acercó y la besó la frente, y Rhona sintió el frío de aquellos labios contra su piel.

—Estaremos en contacto —le dijo.

—Muy bien —respondió ella.

Gavin le sujetó la puerta y Rhona salió rápidamente hacia las escaleras. El sonido de sus tacones resonó por el edificio, lo que le hizo recordar de pronto el piso del asesinato, el olor a sudor, semen, violencia y muerte. Y a algo más. A un perfume caro.

Capítulo 25

El tal Calígula era un bastardo retorcido.

Estaba claro por qué el tipo había elegido semejante nombre. Bill recordaba la serie de televisión sobre los emperadores romanos. Todos habían sido crueles, pero Calígula había superado a todos los demás en capacidad para mostrarse despiadado. La muerte era su mayor pasión.

—Así que sabemos que uno de ellos se hace llamar Calígula.

—Sí —confirmó Janice.

—¿Algo más?

—Childline dice que hay otro llamado Simon que se ocupa del reclutamiento. Entabla amistad con los chicos en Internet, queda con ellos y les convence para que practiquen el sexo con él. Les hace fotos en secreto y luego les amenaza con enseñárselas a sus padres. Los aterroriza. Después se los presenta a otros miembros del grupo.

—Y en todo esto, ¿dónde encaja Calígula?

—Parece ser que Simon le dijo al chico que a Calígula le gusta el sexo duro.

—Vale. —Bill tuvo que aguantarse para no estallar en aquel mismo momento—. ¿Conseguiremos que el chaval nos dé algún dato de contacto? Una dirección electrónica, un número de teléfono, una calle... Lo que sea.

—Childline dice que solo llama cuando está verdaderamente asustado, señor. Que no responde a sus preguntas, solo les dice lo que quiere y luego cuelga.

—¿Conoce Gavin MacLean estos últimos datos?

—Sí, yo misma le he pasado la información.

—¿Y qué ha dicho?

—Dice que ha interceptado mensajes entre un tal Simon y un Calígula, aunque asegura que es muy probable que a estas alturas ya se hayan cambiado el nombre.

—¿Y algo más?

—Sí, señor. Tenemos los nombres de seis personas que compraron tela de cortina en aquella tienda de París. Ya los estamos investigando. Y, señor, creo que debe saberlo: uno de ellos es *sir* James Dalrymple.

La llamada del superintendente llegó cinco minutos después de que Bill autorizase que se pusieran en contacto con *sir* James. Era obvio que el caballero no había perdido un segundo para comunicarse con su compañero de golf. El superintendente le dijo a Bill que comprendía que era importante seguir todas las líneas de investigación posibles, pero que el propio *sir* James le había asegurado que la tela nunca se había utilizado en su casa. Al final se había arrepentido. El estampado le había parecido un tanto barroco para la residencia de un hombre soltero, y la había

entregado hacía un año a un mercadillo de la iglesia.

—¿De qué iglesia, señor?

—No lo recuerda. —Se oyó un chasquido en la línea y, tras una pausa, el otro continuó—. Así que, Bill, de momento, no hace falta que moleste más a *sir James*. Tras las elecciones de mañana, va a estar fuera del país durante un par de semanas.

No, pensó Bill. Desde luego que a sir James no le conviene que su nombre se vea involucrado en todo este asunto.

—Infórmame si hay novedades.

—Por supuesto, señor.

El superintendente, desde luego, tenía un trabajo de mierda, peor aún que el suyo, concluyó Bill. Sin ir más lejos, tenía que jugar al golf con gente de la calaña del tal *sir James*.

Bill Wilson no tenía nada seguro entre manos; en realidad, menos que nada. Y a pesar de todo, un presentimiento rondaba su cabeza. Su instinto se lo decía. Y su instinto siempre iba un paso por delante de su razón.

Fiona estaba encantada por el pronóstico de que Edward consiguiera superar la última mayoría laborista.

—Va a ser como una patada en la boca para el laborista ese... ¿Cómo se llama?

—George Rafferty.

—Qué hombrecillo más horrible.

—Fiona.

—Pero, bueno, si es cierto —replicó ella, haciendo un mohín—. Sírveme una copa. Ya casi he terminado.

Se marchó dejando tras de sí el embriagador aroma de su perfume. Edward lo inhaló con placer antes de encaminarse hacia el salón.

Amy había vuelto a llenar la licorera con el güisqui que *sir James* les había regalado. Sirvió dos vasos del dorado líquido y atravesó las puertas de cristal que conducían al jardín. Hacía una tarde estupenda para sentarse allí fuera. El parterre de flores, lleno de brotes jóvenes, estaba esplendoroso. Se fijó en que la verja que separaba el jardín del bosque que rodeaba la casa estaba abierta. Consideró la posibilidad de dar un tranquilo paseo hasta el río para recargar baterías antes de la dura jornada del día siguiente. Hacía mucho que no bajaba hasta allí. En tiempos había sido su rincón preferido.

Los pensamientos de Edward se retrotrajeron a los deliciosos escarceos de los que había disfrutado allí con la secretaria del juzgado. Ella solía llevarle documentos a casa para que los firmara y siempre tenía tiempo para dar un paseo por el bosque.

—¡En qué estarás pensando!

—Ah, en nada especial. Solo pensaba en lo mucho que me alegro de que encontres este sitio.

—Sí. Es muy agradable. —Fiona siguió la mirada de su marido a través del jardín —. No olvides que eso es precisamente lo que mejor se me da: descubrir cosas.

Una sonrisa enorme se dibujó en su cara.

Edward miró a su esposa con atención. Siempre resultaba difícil discernir cuánto sabía Fiona. Cuando salió a relucir lo de Jennifer (la primera chica con la que tuvo relaciones extramatrimoniales), le había dado la impresión de que hubiese preferido no enterarse nunca. Formaban un buen equipo. Ella esperaba que llegase lejos y tenía toda la intención de acompañarlo en el viaje. Además, aceptaba que el poder potenciaba los instintos masculinos.

Desde entonces, nunca habían vuelto a hablar de sus aventurillas.

—¿Te apetece dar un paseo? —le preguntó, recordando con añoranza su árbol favorito.

—No. —Fiona se acomodó en la silla acolchada—. Vamos a sentarnos aquí y a relajarnos.

Levantó las piernas y las colocó sobre el escabel, que hacía juego con el asiento. La liviana tela de su vestido se apartó y la bella curva de sus pantorrillas se dibujó debajo.

—Quiero contarte —comenzó— mi conversación con tu amiguita Rhona MacLeod.

Cada vez que Edward tenía que tratar de Rhona, su mente parecía agarrotarse. Algo alarmantemente parecido a la conciencia afloraba en su interior. Por lo general podía suprimir semejantes síntomas, sobre todo cuando era Fiona quien ponía voz a los argumentos perfectamente ensayados que había elaborado para sí mismo. Pero aquel tema en concreto era diferente.

Edward tenía la certeza de que la adopción había sido la decisión más acertada. Rhona no quería ni plantearse el aborto, pero los numerosos «¿y si...?» aún paseaban por su mente: ¿Y si se hubiese casado con Rhona? ¿Y si se hubiesen quedado con el niño?

Fiona lo sacó de su estado de abstracción.

—Me dijo que lo olvidara. Que ya había encontrado lo que quería saber. Por cierto, se mostró muy sorprendida de que hubieses comentado conmigo el «incidente».

El timbre de su voz estaba teñido de indignación.

Edward se imaginó la reacción de Rhona al saber que su esposa conocía la existencia de Liam, y la idea le hizo estremecer.

Lo de la adopción había sido algo que habían decidido ellos solos. «Es nuestro bebé», decía Rhona, subrayando lo de «nuestro»; «somos nosotros los que debemos tomar una determinación al respecto». Y eso es lo que habían hecho (a Edward le gustaba fingir que la decisión la habían tomado al cincuenta por ciento), y no se lo habían contado a nadie. Cuánto le había dolido a ella no haber podido compartirlo con su adorado padre... Que él se lo hubiera contado a Fiona era una traición

imperdonable. Pero ¿qué esperaba? Ella era su esposa.

—Le he dicho que no hay secretos entre nosotros —continuó Fiona, mientras levantaba con elegancia sus cejas perfectamente depiladas en su dirección— y le he sugerido que, por el bien de todos, sería mejor que el asunto no trascendiese.

—¿Y qué te ha respondido a eso?

—Me ha dicho: «¿De verdad?», y ha colgado.

Edward tomó un sorbo de su güisqui. No tenía ni idea de cómo habría conseguido Rhona dar con el paradero del niño. Ni siquiera estaba seguro de que lo hubiese hecho de verdad. Pero, fuera como fuese, tenía claro que jamás se lo contaría a nadie más.

Capítulo 26

La razón de la pelea era la misma de siempre: el dinero.

Chrissy se levantó de la mesa y llevó su plato al fregadero.

—Venga, Chrissy. Solo cinco libras.

El tono mimoso que empleaba Joseph en esas ocasiones solo conseguía que a ella le entraran ganas de cruzarle la cara. De todos sus hermanos, Joseph era el más gorrón.

—Joseph, ¿pero es que no has oído lo que te ha dicho tu hermana?

Su madre, la eterna pacificadora.

—Chrissy te ha dicho que no tiene dinero hasta que cobre.

Bienaventurados los que buscan la paz, porque de ellos será el reino de los cielos.

—Pues yo no me lo creo. —La expresión del chico se tornó desdeñosa—. He oído que tiene más fuentes de ingresos que el sueldo del laboratorio.

—¿A qué te refieres? —preguntó Chrissy, mirando con crueldad a su hermano.

Joseph era como un perro que daba vueltas alrededor de su presa, pero sin reunir el suficiente valor como para atacar.

—Ya sabes a qué me refiero; mejor dicho, a quién me refiero.

Chrissy echó una mirada rápida a la puerta y se imaginó a sí misma saliendo en silencio por ella. Joseph no podía hacerle eso, no sería capaz.

Pero se equivocaba.

—El nuevo novio de Chrissy se gana la vida poniendo el culo.

—¡Joseph! —exclamó su madre, horrorizada—. ¿De qué estás hablando?

Perdóname, Padre, porque he pecado.

—Digo —insistió Joseph, mientras le lanzaba una mirada despiadada a su hermana— que a tu preciosa e inmaculada niña se la está tirando un chaperero muy conocido en la ciudad.

—¿Chaperero? ¿Qué significa eso, Chrissy? —Su madre la miró con expresión suplicante.

—Olvídalo, mamá. Está mintiendo. Siempre lo hace cuando quiere dinero y no se lo doy.

—¿Ah, sí? —La voz de Joseph sonaba triunfante—. Está bien, pregúntale con quién se fue de *camping* y lo que pasó en la puta tienda.

—¡Basta ya! —le gritó Chrissy.

—¿No le preguntaste dónde había estado antes de meterse en la cama contigo? —insistió Joseph, con una retorcida expresión de malicia.

—Joseph, no. No, por favor —susurró ella.

Su madre los miraba sin comprender. Después, con un enorme esfuerzo, dijo:

—Vete a tu cuarto, Chrissy. Enseguida subo yo.

Se encaminó escaleras arriba como una autómatas. Si Joseph estaba dispuesto a contarle todo a su madre, también se lo diría a su padre. Cuando él lo descubriese, la casa se convertiría en un verdadero infierno. Además, saldría a la luz todo lo de Patrick. Su padre la echaría también a ella de casa; y a su madre se le partiría el corazón.

Se tumbó en la cama y se quedó mirando al techo. Desde que Patrick se había ido, su casa se le antojaba una auténtica prisión. Se había quedado únicamente por su madre; no podía abandonarla en medio de aquella jauría.

El deber de una buena hija católica es obedecer a su padre.

Finalmente, la conversación cesó en la planta baja y Chrissy oyó que la puerta de atrás se cerraba de un golpe. Su madre debía de haberle dado algo de dinero a Joseph. Era lo único que conseguía que se largase.

El sonido de unos nudillos en la puerta hizo que apartase los ojos del techo. Su madre le preguntó en voz baja si podía entrar. Había estado llorando. Chrissy se había pasado toda la vida intentando no hacer llorar a su madre.

—¿Hay algún sitio al que puedas ir esta noche? —Se lo preguntó allí mismo, sentada a su lado en la cama.

Chrissy asintió sin pronunciar palabra.

—¿Irás a casa de ese chico?

—Yo... no sé si Neil está en Glasgow. Pero podría ir a casa de la doctora MacLeod. Rhona me dejará quedarme con ella.

Vio cómo su madre se estremecía de vergüenza.

—No sé qué va a hacer tu padre cuando Joseph se lo cuente...

Su madre se frotó la falda como intentando alisar una arruga que solo ella parecía ver.

—No te preocupes, mamá —dijo con voz de desaliento—. Tengo adónde ir.

Chrissy acarició el hombro de su madre.

—¿Seguro que estarás bien?

Ella asintió.

—No te preocupes por mí.

Capítulo 27

Eran las nueve en punto de la noche. El día había sido caluroso y se notaba olor a lluvia en el ambiente.

Chrissy se cargó el bolso al hombro y se marchó.

En la distancia apareció un autobús. La acercaría al centro. Tenía pensado ir al apartamento de Neil. Y si él no estaba, o no la dejaba quedarse (aunque no se le ocurría razón alguna por la que eso pudiese ocurrir), se iría a casa de Rhona.

La calle de Neil estaba desierta. No había coches aparcados ni tampoco pasó ninguno mientras caminaba por allí. Acababan de limpiar el edificio. En la escalera, que ahora parecía brillar con la poca luz que entraba por la claraboya, aún se veían fragmentos de lana de una fregona que debía estar deshilachándose y un penetrante olor a desinfectante llenaba la atmósfera.

Chrissy carraspeó un par de veces por si la mujer que había visto la última vez estaba de nuevo trabajando, pero el piso superior solo le devolvió silencio.

Cuando llegó a la puerta de Neil se detuvo, con una repentina sensación de inseguridad.

¿Y si estaba con alguien?

Neil cambiaba sexo por dinero. Y también se acostaba con ella. No, Neil la quería. Había una diferencia sustancial entre practicar el sexo y hacer el amor, se dijo a sí misma.

Chrissy llamó con fuerza y horrorizada, vio que la puerta se movía bajo el impulso de su mano.

Un hedor nauseabundo empezó a expandirse por el aire.

La estufa de gas silbaba con fuerza y la habitación parecía un horno. Se tapó la nariz y abrió la ventana antes de apagarla. Solo entonces se sintió con fuerzas para indagar más de cerca la procedencia de aquel olor.

La cama era un amasijo de sábanas, sangre y vómitos. Cruzó hasta el baño. La puerta se abrió con una especie de suspiro producido en su lucha contra la corriente de aire que entraba por la ventana. Bajo sus pies había una alfombra de agua teñida de rosa. Antes de abrir la cortina de la ducha se puso a rezar en silencio una oración. El agua rebosaba de una bañera en la que no había nadie, pero que alguien había usado para lavarse. Alguien que estaba sangrando abundantemente.

Volvió a la sala y siguió las huellas de sangre hasta la cocina. No dejaba de rezar, sin saber a quién ni a qué, con palabras que se le atropellaban en la garganta.

Perdóname, Padre, porque he pecado. Dios te salve, María, llena eres de gracia. Por favor, Dios, que no esté muerto.

Abrió de un empujón la puerta de la cocina. Había una botella de vodka sobre el

escurridero, con el tapón a un lado. Alguien había bebido directamente de ella y había dejado sobre el cristal la tenue huella de una mano teñida de rosa.

Sabía que no debía hacerlo. Sabía que debía dejarlo todo como estaba. Pero si metía a la policía en aquel asunto, solo haría que las cosas empeoraran para Neil.

Cambió la cama, metió las sábanas y la funda de las almohadas en una bolsa de basura y las bajó a la calle. Había empezado a llover. Volvió a subir, buscó desinfectante y limpió con él las manchas de sangre del baño y la cocina. Después encontró sábanas limpias en un cajón y volvió a hacer la cama. Dejó la ventana abierta, haciendo caso omiso de las gotas de lluvia que se deslizaban por el alféizar y acababan empapando la alfombra.

Cuando terminó de hacer todo lo que se le ocurrió, se sentó en el sofá y esperó. Quería estar allí cuando volviera.

Chrissy abrió los ojos. El amanecer acariciaba los tejados. Se incorporó de un salto y miró el reloj. Eran las cinco de la mañana. Calle abajo se oía el zumbido del motor diésel de un taxi. Se dio cuenta de que eso era lo que la había despertado. Hacía frío en la habitación, pero al menos olía a fresco. Cerró la ventana y corrió la cortina.

Fue entonces cuando oyó que alguien andaba junto a la puerta.

Se dirigió rápidamente al baño. Se metió dentro y se escondió, mientras se apretujaba contra la pared y escudriñaba por la rendija. Oyó que se abría la puerta de la entrada y luego se cerraba. Se hizo un silencio. Alguien estaba en el recibidor. Luego el desconocido pasó a la sala y encendió la luz.

—Jesús, María y José.

—¡Neil!

—¡Por Dios, Chrissy, menudo susto!

Corrió hacia él. El chico hizo un gesto de dolor al cogerla entre sus brazos, pero enterró la cara en su pelo y deslizó sus labios hasta los de ella. Su boca sabía a sangre, y Chrissy se retiró. Tenía la cara destrozada, amoratada y enrojecida, e hinchada por todas partes. Tenía un ojo totalmente cerrado y bajo su camisa se vislumbraba un vendaje blanco.

—¿Pero qué te han hecho?

—Tranquila. Estoy bien. No es para tanto, créeme —le dijo, tratando de restarle importancia a la situación—. Te advierto que yo era el más guapo de la sala de urgencias.

Sin que Chrissy supiera cómo, aquella boca tan deformada había logrado esbozar una sonrisa. Lo ayudó a llegar hasta la cama y se oyó emitir, con voz queda, unos arrullos, como si Neil fuera un bebé al que quisiera dormir. Él se recostó.

—Échate a mi lado —le pidió, mientras le cogía la mano.

Ella empezó a llorar.

—Chrissy, no, por favor. Pero si estoy bien... Calla, no te preocupes —le dijo mientras le acariciaba el pelo—. No van a volver. Esos bastardos creen que me han cerrado la boca. Vinieron a por las fotos y, ya sabes, querían pasárselo bien.

—¿Y se las has dado?

—Sí, claro que se las he dado. —Hizo un gesto de dolor al girarse hacia ella—. Pero lo que no pudieron llevarse esos cabrones es lo que yo sé.

—¿A qué te refieres? —le preguntó mientras se sentaba.

—Sé de dónde ha salido la cortina, Chrissy. Sé de dónde procede.

—¿Se lo vas a decir a la policía?

Él negó con la cabeza.

—No hace falta. Lo único que tengo que hacer es delatarles. Voy a ver a ese tío del periódico, Connelly. Él me escuchará.

Chrissy estaba aterrorizada. En lo único que podía pensar era en la próxima vez que fueran a por él. Entonces querrían cerrarle la boca para siempre.

—Por Dios, Chrissy. Ni siquiera sabrán que seré yo quien los delate.

Ella era consciente de que aquello era ridículo. Irían a por él, estaba segura. Neil seguía hablando como el chaval que ella había conocido, engreído, fantasioso sobre su vida.

—¿Chrissy? —inquirió.

—Dime.

—Hay algo que debes saber —le levantó la cara—. El médico me ha comentado que no voy a poder tener relaciones sexuales normales durante al menos tres semanas.

Lo dijo un tono de lo más solemne.

—¡Neil!

Él intentó reírse.

—Pero no me ha dicho nada sobre relaciones sexuales anormales...

Capítulo 28

La calle era una imponente circunferencia dibujada por bloques de viviendas y casas de dos pisos. Los pequeños jardines delanteros estaban todos bien cuidados y llenos de color, y la vista desde las ventanas debía de ser muy bella. En el cercano parque había árboles altos.

Era, sin lugar a dudas, un lugar precioso para crecer.

El número diez se encontraba hacia la mitad de la calle; tenía un gran portón y de las ventanas delanteras colgaban varias macetas llenas de flores. Rhona pasó caminando por la acera de enfrente y luego volvió a pasar, esta vez junto a la casa. Al llegar ante la puerta azul se detuvo y miró el nombre que estaba escrito sobre el timbre, mientras el corazón le latía a toda velocidad. Solo quería saberlo. Si vivían allí tendría que marcharse, se decía a sí misma, irse de allí y esperar a que fuera Liam quien se pusiese en contacto con ella.

Pero el nombre del letrero no era Hope.

La mujer que respondió a su llamada debía de tener cincuenta y pocos años, llevaba el pelo gris y ahuecado y unas curiosas gafas. No pareció asustarse al encontrar a una extraña en la puerta; de hecho, se mostró muy dispuesta a colaborar. Rhona sospechaba que era una de esas personas a quienes les gusta proporcionar información de cualquiera; proporcionarla y recibirla, en realidad.

—Lo siento, querida —le dijo—. Los Hope se marcharon de aquí hace cuatro años; se fueron a vivir a Inglaterra.

—¿Y no sabe a qué parte de Inglaterra?

La mujer le aseguró que no habían dejado dirección alguna a la que remitirles el correo.

—Lamento no poder ayudarla más, querida. Lo único que puedo decirle es que se fueron a una ciudad grande, con universidad. El señor Hope es profesor de Geología, creo. Le dieron trabajo allí. En Manchester, o en Birmingham tal vez —dijo, mientras meneaba la cabeza—. Allá ellos. Dicen que Glasgow es violento, pero nosotras sabemos que no es así, ¿verdad?

Rhona regresó al coche. No merecía la pena sentirse decepcionada, se dijo a sí misma, ni siquiera tendría que haberse acercado hasta allí.

Se subió al vehículo y conectó la radio. Mientras encendía el motor, decidió que volvería al trabajo. Trataría de olvidar todo aquello, de concentrarse en la rutina, de decidir qué iba a hacer con Sean...

Al girar para acceder a la vía principal, se encontró con la escuela primaria del barrio, cuyas puertas, por cierto, estaban abiertas de par en par. Había un cartel sobre ellas en el que se detallaba el horario de votación de la jornada. Solo por un día, el

patio estaba atestado de adultos en lugar de niños. En ese momento, Rhona recordó que había llegado el día de las elecciones. Aminoró hasta detenerse, a sabiendas de que él se encontraría allí.

Y efectivamente, allí estaba, en las escaleras, con la mano tendida y una amplia sonrisa en los labios. Edward Stewart, eminente abogado y feliz padre de familia, estaba aportando su granito de arena para restablecer la fortuna de los conservadores de Escocia y convertirse, con toda probabilidad, pensó Rhona, en el próximo diputado por aquel distrito.

Encendió el motor y se marchó. Ella había mantenido su parte del trato. *Que le den su escaño en el Parlamento*, pensó. Con un poco de suerte, eso significaría que estaría fuera de Glasgow la mayor parte del tiempo y que no tendría que volver a verle.

Había mucho tráfico en la carretera por la que se regresaba a la ciudad y Rhona se maldijo a sí misma por haber cogido el coche. Le era muy difícil mantenerse concentrada en la circulación con todo lo que le bullía en la cabeza. Lo único que consiguió fue que le pitase otro conductor. Se metió en la siguiente vía lateral y buscó un lugar para tomar un café. En cosa de media hora, el tráfico habría disminuido y quizá entonces lograrse volver a casa sana y salva. Se paró en la primera cafetería y pidió un capuchino grande.

La preocupación no era su único problema. Además, prácticamente no había dormido nada la noche anterior. A las tres de la mañana finalmente había decidido dejar de dar vueltas en la cama y encender la luz. Si se iba a torturar con los recuerdos de Liam, lo mismo podía hacerlo con luz que sin ella. Así que se permitió pensar. Pero cuanto más pensaba, más deseaba ver a su hijo. Se había perdido años enteros de su vida y ya no quería dejar pasar un minuto más. Hacia las cuatro de la mañana tomó la decisión: iría a la dirección que tenía anotada y comprobaría si los Hope aún vivían allí. En realidad, ni se le pasó por la cabeza que se hubiesen mudado.

Levantó la vista; la camarera había ahuyentado sus pensamientos al preguntarle si quería que le rellenase la taza. Ella asintió.

—Parecía estar usted a kilómetros de distancia —le dijo.

—Sí, estaba pensando en mi hijo —se permitió confesar Rhona.

—Le está dando problemas, ¿verdad?

—No. En realidad, no.

—Pues qué suerte. No es el caso de nuestro Michael, se lo aseguro. De todas formas, dicen que solo nos los prestan durante un tiempo, ¿verdad? O al menos eso era lo que decía mi madre.

Rhona asintió. Aquello era exactamente lo que habría dicho la suya. De pronto, y con todo el dolor de su corazón, lamentó que su madre no estuviese viva; que no lo

estuviesen sus padres. Lamentó no habérselo contado; lamentó y lamentó...

Durante meses, tras la muerte de su padre, se había imaginado conduciendo hasta casa, donde él la estaría esperando como siempre. Le daría un fuerte abrazo y le diría lo que se alegraba de verla. Era estúpido, pero aquello la ayudaba. Le daba fuerzas para seguir adelante.

Tenía doce años cuando su padre le contó que era adoptada.

Habían ido al cine. Era una tarde fría de sábado y, de camino a casa, habían tomado pescado frito con patatas, cosa que no era frecuente. Los guantes de ella olían a vinagre porque se había comido la mitad de las patatas sin quitárselos, antes de que su padre terminara por reprenderla.

La noticia entonces no le había molestado. Ni siquiera estaba muy segura de lo que significaba aquello de «adoptada», y no lo estuvo hasta que tuvo trece años y su amiga Louise le contó lo del sexo y lo de cómo se concebían los niños. Ni incluso entonces quiso saber quiénes eran sus padres biológicos. Era como si no le importase.

Su madre, finalmente, había acabado por darle personalmente la información, mientras estaban cortando verduras en la mesa de la cocina.

—Tu auténtica madre era mi prima Lily —le había explicado—. Era muy viajera, estuvo en montones de sitios: Italia, Egipto, Líbano...

Sonaba muy romántico.

—Una vez trajo con ella a un muchacho estupendo. Quería casarse con ella, pero Lily no quería saber nada del matrimonio.

—¿Por qué?

Aquella había sido la única pregunta que Rhona había hecho en toda su vida acerca de sus verdaderos padres.

—Nuestra Lily siempre había sido una mujer independiente. Decía: «Si le firmas a un hombre un papel, creará que te ha comprado».

Su madre echó la zanahoria troceada en el puchero de la sopa.

—Tu padre se llamaba Robert —continuó—. Robert Curtis. Era alto, rubio y muy guapo.

Observó con atención el claro y rizado cabello de Rhona.

—Se fueron juntos a Venecia y él se puso enfermo. Fue una intoxicación alimenticia. Hubo complicaciones y murió. Fue una terrible tragedia. Después, Lily regresó a casa para tenerte a ti.

Se quedó mirando a Rhona.

—Era muy joven. Creía que no sería capaz de cuidarte bien, así que nos pidió que lo hiciésemos nosotros.

A Rhona le pareció que a su vida le estaban dando vueltas y vueltas, como a la sopa.

—Así que te quedaste aquí, en nuestra casa. Y fue lo mejor que nos pudo ocurrir.

Mientras se lo decía, le tocó la cabeza con la mano húmeda.

—Después Lily murió en Estambul y la enterraron allí. Intenté repatriar su cadáver, pero tu padre dijo que no, que Lily jamás había considerado que Glasgow fuese su hogar.

Aquella noche, su madre sacó la vieja caja de hojalata negra en la que guardaba las fotos de la familia y le enseñó a Rhona quiénes eran sus verdaderos progenitores.

Miró hacia fuera, hacia la luminosa calle atestada de gente que iba de compras. Había montones de mujeres con niños, en sus cochecitos o cogidos de la mano. Se preguntó una vez más por qué no les había contado lo del bebé a sus padres. Se habrían mostrado comprensivos, le habrían ayudado a cuidar de Liam para que ella pudiese acabar sus estudios. Pero la verdad del caso era que su vida estaba demasiado vinculada a la de Edward. Y él no quería ser padre. Al menos, aún.

Fue a pagar.

Su camarera estaba en la caja.

—No se preocupe por él —le dijo la mujer—. Si uno trabaja duro con los chicos, al final salen bien.

Rhona le dio las gracias y se marchó.

Al rato se percató de que inconscientemente había tomado el camino de la jefatura de policía al encontrarse detrás de Gartnethill. Soltó un taco y golpeó el volante, pero luego se resignó a tener que dar una vuelta para llegar al laboratorio. Trató de ignorar la red de calles de un solo sentido que se vio obligada a recorrer y se dirigió a Hanover Street. De pronto se encontró en George Square y empezó a pensar que tal vez no hubiera tomado el camino correcto esta vez. Cuando se dio cuenta de que no era así, acababa de pasarse el giro a la derecha. Por Dios, estaba literalmente moviéndose en círculos. Entonces distinguió las espléndidas columnas de la Galería de Arte Moderno. Por allí podría llegar hasta St. Vincent Street. Pisó el freno en el momento exacto en que un autobús se detenía repentinamente frente a ella.

Un adolescente se bajó de un salto y se quedó esperando un momento, dubitativo. Un grupo de góticos estaban tumbados junto a las escaleras de la galería, al sol, pero el chico no iba vestido como ellos. Recorrió la entrada al museo con la mirada, como si buscara a alguien que, obviamente, no estaba allí. Su decepción resultó evidente por la forma en la que, de repente, se le aflojaron los hombros.

Fue entonces cuando lo vio. Acababa de salir de detrás de una columna. Levantó la voz y la cara del muchacho se iluminó.

El hombre no se acercó. Pero no fue necesario, porque Rhona sabía perfectamente de quién se trataba.

Capítulo 29

Fiona le echó una mirada a Edward que lo atravesó de parte a parte.

—¿Por qué no has impedido que se marchase? —le siseó—. Una foto sin él nos dará muy mala imagen.

—No he podido evitarlo —repuso Edward, que estaba un tanto perdido—. Se me escapó sin que me diese cuenta.

En la expresión de su esposa se veía que lo mejor sería no continuar hablando sobre el asunto. Que el marido de Amy se hubiera puesto enfermo justo aquel día resultaba de lo más inoportuno. Los proveedores del *catering* ya habían aparecido, a Dios gracias, pero era el ama de llaves la que siempre mantenía organizados a los chicos.

Sin embargo, no permitiría que nada le estropeara aquel momento. Ni siquiera la ausencia de Jonathan. Lo único que habría hecho, de haber estado allí, habría sido poner mala cara y estropear las fotos. Solucionarían el problema mandando a la prensa una instantánea de la familia al completo para que la publicasen, le dijo a Fiona.

—Bueno —concluyó él con tono triunfante—. ¿Qué opinas? Hemos logrado la mayoría absoluta. Mil más que los laboristas.

—*Sir James* debe de estar encantado.

—*Sir James*, de hecho, está encantado —le informó—. Me ha llamado. Dice que le gustaría mucho vernos esta noche, pero que por la mañana ha de volar a París. Te manda recuerdos.

Agarró afectuosamente el brazo de su esposa.

—Será mejor que atienda a mis invitados —dijo.

El salón estaba abarrotado. Edward era plenamente consciente de que no era el candidato favorito de todo el mundo y de que habría muchos asuntos que resolver una vez que hubieran concluido las celebraciones; pero por el momento estaba dispuesto a aceptar las felicitaciones según le venían. Fue de un lado a otro estrechando manos, gastando bromas aquí y haciendo comentarios interesados allá. Era tan satisfactorio...

Las ventanas estaban abiertas de par en par y la gente estaba saliendo para disfrutar del cálido atardecer. El calor del sol le hizo sentir incluso más eufórico. Le había costado dos largos y fatigosos años llegar a aquel momento, pero todos los esfuerzos habían merecido la pena.

Le echó una mirada a Fiona. Aquel tipo de vida estaba hecho para ella. Era la esposa perfecta de un diputado: una mujer discreta que lo apoyaba y, por si fuera poco, era lo suficientemente *sexy* como para convertirlo en la envidia de todos sus colegas. Solo había que ver a las demás esposas para darse cuenta de la suerte que tenía con la suya. A Edward le bastó mirar a su alrededor para confirmar sus pensamientos.

No le molestaba demasiado que ella no quisiera permanecer todo el tiempo en Londres. Habían decidido que no era buena idea desarraigar a sus hijos de ese modo. Pero aun así, no entendía por qué prefería quedarse en Glasgow durante la semana. Aunque, por supuesto, el acuerdo era conveniente para ambos. Él, por su parte, se alegraba de poder huir de la rutina familiar, especialmente de las constantes fricciones con Jonathan. La idea de poder llevar una vida de soltero en Londres le resultaba mucho más atractiva.

Sir James le había ofrecido la posibilidad de alojarse en su piso de Londres durante unas cuantas semanas, hasta que encontrase uno propio. Era muy amable por su parte, pensaba Edward. Podría disfrutar de todas las comodidades, una asistenta y sin adolescentes a la vista, al oído ni al olfato. Sería perfecto.

Pero sus pensamientos regresaron al presente. Echó un vistazo a la mesa de los licores. Morag volvía a estar allí, bebiendo sin control. ¿Por qué Fiona no la controlaba?, se preguntaba.

Le echó una mirada penetrante a su hija, pero ella la ignoró, o no la vio. Edward se disponía a regañarla cuando apareció el novio a su lado. Le dijo algo y Morag lo miró con arrobó. Edward se quedó impresionado.

Nada que él le hubiera dicho provocaría en la chica una respuesta similar. Y pensar que siempre había creído que aquel muchacho era de los que no valían ni el aire que respiraban.

Ya era casi la una cuando los invitados empezaron a marcharse. Fiona y él se quedaron en la puerta y le estrecharon la mano a todo el mundo. Edward era consciente de que su esposa se encontraba cansada. Pero ella quería acabar la noche como es debido, deseaba mostrar a los que les habían apoyado que tenía madera para el puesto. Por fin, la casa se quedó vacía.

—¿Te importa ir a cerrar? —dijo, con voz fatigada.

—¿Y Morag?

—Ya se ha acostado. Tomó demasiado champán.

Seguía sin haber ni rastro de Jonathan.

—Dejaré abierta la puerta principal. Normalmente no llega tan tarde.

Edward apagó las luces del salón.

Ambos subieron las escaleras, agotados. Por una vez, a él no le apetecía celebrar su victoria haciendo el amor. Esperaba que el escaño de diputado no fuese a reducir su apetito sexual.

Jonathan cerró la puerta principal y se dirigió al salón. La esfera luminosa del reloj que estaba sobre la repisa de la chimenea indicaba que eran las cuatro y media. Las luces del jardín dibujaban una línea sobre el césped e iluminaban lo suficiente la

parte delantera de la casa como para que pudiera apreciar el desorden de vasos vacíos y ceniceros llenos que lo cubrían todo.

Amy no había estado allí aquella noche, estaba claro. De otro modo, jamás hubiese dejado sin recoger semejante desastre. Pensar en Amy hizo que a Jonathan le entraran ganas de llorar. Ella siempre había tenido la mejor de las opiniones sobre él, incluso después de enterarse de algunas cosas.

Encontró una botella de vodka. Se sirvió un trago en un vaso y se lo llevó al sofá. *Lobby* debía de haberlo oído al entrar, porque apareció en la puerta y se acomodó sobre sus pies.

La calidez y el confort que le proporcionaba el cuerpo del perro hicieron que el nudo que tenía en la garganta se hiciera tan grande que creyó ahogarse. Unas lágrimas de vergüenza se deslizaron por su rostro. El dolor que sentía en los brazos, en el punto en el que se los habían retorcido hacia atrás con el cinturón, resultaba casi agónico. Se tragó el vodka. El alcohol laceró su lengua ya hinchada e hizo que le ardiese la garganta maltrecha. Le dieron arcadas, y eso le hizo revivir las despiadadas arremetidas de Simon dentro de su boca.

Cogió un cojín entre los brazos, lo acunó, y se dejó caer de costado en el sofá, con las rodillas encogidas hacia el pecho, mientras el perro gemía y le lamía la cara.

Capítulo 30

Neil pulsó las teclas, se pasó el móvil a la otra mano, rodeó con el brazo a Chrissy y la atrajo hacia sí. Aún tenía hinchado y amoratado ese lado de la cara. Ella tocó la piel lastimada con sus labios y él la abrazó.

—Tal vez no esté en casa —sugirió ella.

Neil negó con la cabeza, al mismo tiempo que alguien, al otro lado de la línea, levantaba el auricular.

—Quiero hablar con Jim Connelly.

Chrissy oyó que una voz de mujer decía que su marido aún estaba durmiendo.

—Tengo que hablar con él. Dígale que es importante.

El periodista cogió el teléfono:

—¿Qué demonios quiere? —le espetó—. Si es algo relacionado con el periódico va a tener que llamar a la oficina.

—Es que no quiero llamarle a la oficina.

Chrissy vio que un músculo de la mejilla de Neil temblaba. Estaba muy concentrado, y ella sabía que mantenerse de pie durante tanto tiempo le estaría produciendo mucho dolor.

—Cállese y escuche lo que le tengo que decir —prosiguió.

Neil le proporcionó a Connelly suficiente información como para despertar su interés y después concertó una cita con él. Chrissy oyó un gruñido de aceptación. El chico tenía razón. El hombre había picado el anzuelo.

Tras la llamada, Neil se hundió, como si las fuerzas lo hubieran abandonado de repente.

—Tienes que acostarte —le ordenó ella.

Por una vez Neil no respondió con engreimiento.

Cuando Edward sacó los pies de la cama a la mañana siguiente, le pareció que el suelo se elevaba para salir a su encuentro.

Se agarró al poste de la cama para no perder el equilibrio, soltó un improperio y alargó la mano para coger su bata. La cabeza le golpeaba como un bombo y su estómago estaba tan revuelto como si estuviese cruzando el canal. Permaneció de pie, quieto, hasta que el suelo dejó de inclinarse.

Mientras se dirigía a la ducha, trató de recordar cuánto había bebido la noche anterior. No le había parecido tanto, pero había pasado todo el rato charlando, sin apenas comer.

Y ahora lo estaba pagando.

Abrió el grifo de la ducha. El agua cayó sobre él como si fuesen miles de agujas, lo que no ayudó a aminorar su dolor de cabeza. Se prometió a sí mismo que antes que

nada se tomaría una taza de café bien cargado y dos analgésicos. Así se encontraría mejor.

Cuando estaba bajando por las escaleras, Fiona lo llamó y le pidió que se acercase a la habitación de Jonathan.

—Anoche no lo oí volver —le comentó.

Edward refunfuñó, pero volvió escaleras arriba.

El dormitorio de Jonathan estaba cerrado a cal y canto. Edward detestaba que el chico cerrase la puerta.

¿Qué ocurriría si se produjese un incendio?, se preguntaba. Se lo había dicho un millón de veces, pero era obvio que a él le daba igual.

Además, teniendo en cuenta que solía fumar allí dentro (no valía la pena que tratase siquiera de negarlo), las posibilidades de que se provocase un fuego eran aún mayores.

Edward llamó muy fuerte. Nada. Volvió a intentarlo con más fuerza aún.

—Jonathan —llamó a gritos—. Contéstame, Jonathan. Sé que estás ahí.

El esperado silencio se hizo insoportable para los nervios de Edward. Pero esta vez, además de la acostumbrada rabia hacia su hijo lo inundaba también una enorme determinación. Empujó la puerta y esta se movió ligeramente, pero el cerrojo que había echado el chico impidió que cediese.

—¡Qué cosa más estúpida! —Escupió Edward.

Era sorprendente que algo tan pequeño como aquel pestillo lograra exasperarlo tanto. Un diminuto pasador que mantenía la vida de su hijo completamente separada de la suya; que lo encerraba. Tanto resentimiento le hacía sentir náuseas. No tenía tiempo para estas cosas. *No esta mañana*. El uso del cerrojo le ofendía profundamente y por un momento sintió deseos de lanzarse contra la puerta con todas sus fuerzas, por mucho que le doliera la cabeza, pero resistió el impulso.

No perdería la calma, se dijo a sí mismo. La puerta era perfecta, si se exceptuaba aquel maldito cerrojo. Si lo arrancaba, dañaría la madera.

Edward volvió a llamar.

—Por Dios santo, Jonathan. Lo único que tienes que hacer es gruñir, para que pueda decirle a tu madre que estás vivo.

Silencio.

Chasqueó la lengua con desaprobación lo más alto que pudo y soltó la manilla. Estaba harto de aquella situación. Si la puerta estaba cerrada, significaba que el chico estaba dentro de la habitación. Se encaminó nuevamente escaleras abajo.

Mientras Edward estaba desayunando, recibió media docena de llamadas, incluida una de Ian Urquhart. Todo el mundo estaba encantado, le decía. Era como si el

partido hubiera ganado las elecciones generales. Y es que, pensó Edward, para los conservadores, ganar un escaño al norte de la frontera era moralmente casi tan importante como aquello.

Después de que concluyeran las felicitaciones mutuas, Ian le preguntó con timidez si estaría dispuesto a conceder un par de entrevistas. Era lo bastante sensato como para saber que Edward tendría una fuerte resaca.

Claro que estaba dispuesto, respondió él con tono de enojo, pero todo dependía de a quién.

—¿Qué tal Jim Connelly, del *News*?

A Edward le cambió la expresión. Tendría que estar en mucho mejor estado físico y mental de lo que se encontraba en aquel momento para responder a las preguntas de Connelly.

Fiona, por fin, apareció al mediodía. Él estaba abriendo su correspondencia en la mesa de la cocina.

—Tienes mal aspecto. ¿Resaca? —sugirió su esposa dulcemente.

Él levantó la vista de los papeles.

—Pues la cría tiene aún peor pinta que yo —comentó.

Morag estaba casi hundida sobre un plato de cereales y no era más que una leve sombra del torbellino de la noche anterior. Ni siquiera reaccionó al comentario.

—Tengo una entrevista aquí a las dos —le anunció Edward con malhumor—. Espero que para entonces ya hayamos conseguido meter a esta chica en el armario, no sea que alguien la vea...

—Yo me ocuparé de que esté presentable —le prometió Fiona—. ¿Jonathan no ha dado señales de vida?

—No, aún no.

Edward volvió con su trabajo y Fiona lanzó un suspiro exasperado.

—Creo que lo primero que voy a hacer es darme una ducha —anunció.

El hombre creyó que su esposa iba a dejarlo en paz, pero, por supuesto, aquello era virtualmente imposible.

—Anda, sube y haz que se levante ahora mismo ese vago, que se dé una ducha y se ponga algo medio decente, aunque sea. No querrás que la prensa crea que tienes un imbécil por hijo, ¿verdad?

Edward vio que su mujer desaparecía escaleras arriba. Si tenían a un estúpido por hijo, pensó, seguro que era culpa de ella. Había leído en alguna parte que los chicos heredaban el cerebro, o la falta de él, de la madre.

Volvió a subir, decidido esta vez a abrir la puerta de Jonathan como fuera, aunque tuviera que arrancarla de los goznes.

La música era casi imperceptible, pero ahora que su dolor de cabeza ya se había calmado, estaba seguro de oírla. Probablemente Jonathan tuviera puestos los auriculares y por eso ignoraba los gritos.

—¡Jonathan! Voy a entrar, Jonathan.

Edward bajó el hombro y le dio un buen empujón a la puerta. El pestillo saltó y golpeó pesadamente el suelo. La puerta se abrió. La habitación apestaba a humo de cigarrillos reconcentrado. Cuando le redujese la paga a la mitad, esperaba que aquel hábito desapareciese.

Se dirigió a la ventana a toda prisa y abrió las cortinas. El sol inundó la habitación, lo cual no benefició en absoluto el delicado estado de su cabeza. Agarró la manilla y abrió la ventana mientras decía en voz alta que así estaba mejor. Se giró hacia la cama, listo para la batalla. Exactamente lo que había supuesto. El idiota de su hijo se había quedado con los auriculares puestos y el lector de compactos programado para repetir el disco una y otra vez.

Alargó la mano hacia la silueta dormida, le arrancó los cascos y apartó las mantas. Pero Jonathan no se movió.

Estaba tumbado de lado y aún llevaba la ropa con la que había salido la noche anterior. Tenía las rodillas apretadas contra el pecho y se las protegía con las manos. La posición fetal en la que se encontraba ahogó las palabras de furia que estaban a punto de salir de su boca. Jonathan tenía quince años, pero tumbado de aquella manera parecía tener cinco.

Edward le tocó el hombro, primero con cuidado y luego con más fuerza. El miedo le heló la sangre. Un brazo, repentinamente liberado, se desplomó sobre la cama. Ahora la cabeza del muchacho se había girado hacia él. Edward se quedó mirando la cara de su hijo, sin comprender lo que estaba sucediendo. Sus labios estaban transparentes y se apretaban contra los dientes, como dibujando una extraña mueca. Sus párpados estaban azules y cerrados; y bajo la aterrorizada mano de su padre, la piel del chico aparecía fría y resbaladiza, como la de una babosa.

Edward volvió el cuerpo y lo zarandeó más fuerte, muerto de miedo.

—¡Jonathan! ¡Despierta ya, Jonathan!

Edward dejó caer hacia atrás la cabeza y retrocedió tambaleándose hasta golpear con la espalda contra la puerta, mientras las palabras «una ambulancia» se formaba en alguna parte de su garganta.

Fiona había salido corriendo de su habitación. Tras ella se encontraba Morag, de pie, con la mano en la boca, lo que no fue suficiente para silenciar el grito horriblemente penetrante que dejó escapar al ver a su hermano.

Cuando Edward abrió la puerta delantera de su casa cuatro horas más tarde, Amy salió corriendo de la cocina para reunirse con él. Estaba extremadamente pálida. Era extraño, pensó deprimido, lo poco que se había fijado antes en aquella mujer; desde luego, nunca la había tratado como se merecía. Nunca hasta aquel momento había reparado en el papel fundamental que desempeñaba en sus vidas.

Cuando le preguntó cómo se encontraba Jonathan, de pronto se sintió culpable por no haberla llamado antes. La infeliz había estado preocupada todo aquel tiempo y

él no había tenido la gentileza de ponerse en contacto con ella.

—Todavía está muy débil —le informó—. Le han hecho un lavado de estómago, pero aún están valorando la posibilidad de que haya daños hepáticos. El paracetamol puede producirlos, ¿sabes?

Se lo explicó todo con una voz que se parecía a la que el joven doctor había empleado para informarle a él.

—Por Dios, por Dios. Mi pobre niño.

Amy estaba fuera de sí. Siempre había pensado en ella como en la asistenta. Alguien que servía el té a los chicos cuando Fiona y él volvían tarde. Alguien que cuidaba de los críos cuando ellos salían.

Pero ahora estaba llorando, con un pañuelo de papel empapado que se le deshacía entre las manos.

—Tranquila, tranquila —dijo en un torpe intento por consolarla.

Amy estaba con la familia desde el nacimiento de Jonathan. Fiona contrataba niñeras de vez en cuando, cuando se iba a jugar al *bridge*, al club de tenis, al gimnasio... pero aquello jamás había funcionado. Los chicos siempre acababan bajando a la cocina para estar con Amy. Ella los cuidaba y siempre se mostraba encantada de verlos. Había sido, acababa de percatarse Edward con enorme sorpresa, su madre.

—Vamos, Amy —le dijo, mientras dejaba caer torpemente la mano sobre el hombro de la mujer—. ¿Por qué no preparas un poco de té para los dos?

Ella se puso en pie, encantada de poder hacer algo para ayudar.

—Sí, por supuesto que sí, señor Stewart. Supongo que tendrá hambre. Le he guardado un buen trozo de carne.

La siguió hasta la cocina. De pronto se había dado cuenta de que no le apetecía estar solo en el salón.

—Siéntese, señor Stewart, le traeré su té.

Edward asintió. Se acomodó en la silla más cercana al fuego mientras Amy iba de un lado para otro, vigilando la carne en el horno, colocando la enorme tetera sobre un plato caliente... *Lobby* se acercó y le lamió la mano.

De repente, sintió ganas de llorar. Aquella sensiblería le resultaba completamente extraña.

Amy colocó los cubiertos sobre la mesa y le pidió que se acercara. Mientras comía, le contó que Fiona se había quedado en el hospital y que Morag había salido con su novio a tomar algo.

—Ah, se me olvidó decírselo. Llamó el señor Urquhart —le comunicó a continuación, como con sentimiento de culpa.

—No le habrá...

Ella negó con la cabeza.

Edward asintió agradecido.

—Lo llamaré en cuanto decida qué vamos a contar de todo este asunto.

—Y también lo llamó un tal señor Connelly, del *News*.

Se recompuso un poco.

—Bien. Me pondré en contacto con él en cuanto haya almorzado.

La comida hizo que se sintiese un poco mejor. Al terminar, apartó el plato y la taza.

—Más vale que vaya y arregle las cosas —comentó.

Amy le retiró el plato y asintió.

El salón volvía a estar perfectamente limpio y ordenado, como a él le gustaba. Amy había cortado unas cuantas rosas y toda la habitación se había impregnado de su suave perfume.

El olor hizo que se despertase en Edward el deseo de volver al día anterior, cuando la vida se le presentaba de color de rosa. Repasó mentalmente los sucesos de la noche anterior, pero en esta ocasión se imaginó a Jonathan a su lado, hablando con la gente, mostrándose agradable, ayudando. Se vio a sí mismo cogiendo afectuosamente a su hijo por el hombro.

En el pasillo del hospital, cuando estaban esperando a que a Jonathan le hicieran el lavado de estómago, tuvo un momentáneo ataque de furia. ¿En qué estaría pensando el chico?

En suicidarse.

El médico le había hecho muchísimas preguntas. Aquel jovencuelo interrogándole a él... ¿Qué había tomado Jonathan? ¿Había estado bebiendo? ¿Consumía drogas? ¿Cuánto tiempo hacía que había ocurrido? ¿Estaba deprimido por algo?

Preguntas estúpidas todas ellas. Preguntas que nada tenían que ver con sus vidas, que lo único que demostraban era que su hijo era un extraño, pensó de repente; un extraño agresivo, irritante, anárquico, que únicamente ocupaba un cuarto en la planta alta de su casa. Si fuera un inquilino ya lo habría echado.

Fue Fiona quien le contó al doctor lo de la botella vacía de vodka y la caja de paracetamol. Fue Fiona quien le dijo que había estado un poco deprimido por cosas del colegio, pero que últimamente se le veía mejor.

La calma que precede a la tormenta.

El médico les preguntó también qué sabían de sus amigos.

Pero Morag contestó que su hermano no tenía amigos, que Jonathan solo hablaba con su ordenador.

Edward se sirvió un güisqui y anduvo de un lado a otro de la habitación. «Intento de suicidio» le resultaba un término repugnante. No podía permitir que semejantes palabras se usasen con relación a su hijo. Tendría que contárselo a Urquhart, pero la noticia no podía trascender. El corazón se le encogió solo de pensar que *sir* James lo descubriese.

¡Y si todo aquello hubiera ocurrido antes de las elecciones...! La mera idea lo aterrorizaba.

La ira comenzó a reemplazar al remordimiento. Una ira irrefrenable contra la gente que hacía cosas que podían dar al traste con sus planes llenaba su corazón. Jonathan no tenía ni idea de lo que estaba haciendo.

Pero todo iba a salir bien. Todo iba a salir bien.

Subió las escaleras hasta el cuarto de su hijo. La ventana estaba abierta y Amy ya había limpiado. Había cambiado la ropa de cama y había retirado las botellas vacías. El olor a cerrado, que tanto le había irritado horas atrás, había desaparecido. Comenzó a escudriñar la habitación, a tocar las cosas, a abrir los cajones. Trataba de descubrir en qué había estado pensando el chico para hacer semejante locura, por muy raro que pudiese ser aquel jovencito.

El ordenador se había quedado encendido, podía oír su zumbido. Pero el monitor estaba apagado. Edward decidió revisar en profundidad la posesión más preciada de su hijo.

Su único amigo, en palabras de Morag.

La pantalla se encendió y aparecieron un millón de iconos. Edward probó a pinchar en algunos de ellos. Uno se abrió y descubrió que contenía apuntes de Física, con lo que Edward, por unos segundos, se sintió encantado, pero solo hasta que se percató de que debajo había escritas un montón de palabrotas.

«Puto colegio. Puta Física. Puto Cambridge».

No eran más que las palabras de un crío. Las palabras de un mocoso y unos cuantos tacos. ¡Lo típico!

Probó con otro icono. El deseo de investigar la vida de su hijo iba desapareciendo. Se giró. Tenía que llamar a Urquhart. Tenía que organizar lo de las entrevistas. Y, sobre todo, tenía que organizar sus ideas.

Pero algo le obligó a darse de nuevo la vuelta hacia la pantalla del ordenador.

Dos mensajes de correo electrónico lo estaban esperando. Uno era de Mark, a quien Edward recordaba vagamente como uno de los compañeros de colegio de Jonathan. El otro era de alguien llamado Simon.

Edward leyó los dos.

Capítulo 31

A Bill Wilson jamás le había fallado el instinto y estaba seguro que tampoco ahora lo hacía. La llamada de Connelly lo había convencido de ello.

La rápida escapada de *sir* James a París resultaba extrañamente oportuna. El superintendente le había informado de que, en su ausencia, podía hablar con su abogado. *Sir* James se mostraba más que ansioso por ayudar.

Oh, sí, pensó Bill. Tan dispuesto, más o menos, como un protestante a hincarse de rodillas en el suelo.

Janice estaba esperando a que su jefe le indicase el siguiente movimiento.

—Bien. Ya va siendo hora de pedir una orden de registro.

Janice abrió los ojos como platos.

—¿De dónde, señor?

—De la casa de campo de *sir* James. Falblair, creo que se llama.

—¿Señor?

—O, para ser más precisos, Janice, del pabellón pequeño de Falblair.

Jim Connelly no estaba acostumbrado a la luz del sol, pensó Chrissy. Parecía el tipo de hombre que cree que los árboles y la hierba verde solo existen en la televisión.

Caminaba hacia ellos a través de un sendero de gravilla. Chrissy estaba segura de que era él, aunque nunca lo había visto. Parecía necesitar una copa, pensó. Aquella misma mirada la había visto antes. Demasiadas veces.

Neil no podía mantenerse erguido demasiado tiempo y ahora estaba apoyado en la barandilla del puente, como si observase interesado el lento torrente marrón que discurría por debajo de él.

Le dio un ligero codazo.

—Ahí viene —le informó.

El *pub* estaba hacia la mitad de la carretera que conducía a Charing Cross. Neil le hizo un gesto con la cabeza al camarero. Chrissy y él se dirigieron hacia la parte de atrás, hacia un reservado, mientras Connelly pedía las bebidas. El camarero sirvió dos vodkas sin que se los pidiese. Connelly optó por un *ginger ale* con hielo.

Neil tomó un trago de su vodka y se lamió con cuidado el magullado labio.

—Alguien ha intentado hacerte un arreglito en la cara —le comentó el periodista.

—Así es.

—¿Quieres contarme por qué?

—Porque tengo unas fotos y quieren que se las entregue.

—¿Es el tipo del que me has hablado?

—Sus amigos, en realidad.

—Bueno, ¿y qué quieres que haga yo?

Neil examinaba atentamente al reportero.

—Creo que esos bastardos son cinco.

Su mano agarraba ahora la de Chrissy y le clavaba las uñas. Ella tuvo que aguantarse para no gritar.

—Solo he visto a uno de ellos, pero siempre habla de los demás. Todos tienen nombres supuestos. Uno se llama Simon. Es el que se ocupa de la informática. El que yo conozco se hace llamar Calígula. Cree que no entiendo el porqué de ese nombre, pero se equivoca.

Neil miró hacia la puerta. Alguien había entrado. El camarero le devolvió la mirada y asintió con la cabeza.

Connelly jugueteaba con la bebida, mientras esperaba a que su confidente prosiguiese.

—A Calígula le excita la violencia —aseguró el chico—. Le gusta atarme algo al cuello y estirar hasta que se corre.

—Así es como murió Jamie Fenton —apuntó el periodista.

—Sí, ya lo sé.

Neil le hizo un gesto de asentimiento al camarero y este sirvió dos vodkas más sin perder un segundo. Connelly rebuscó en su bolsillo y sacó un billete de diez libras. Neil esperó a que el barman se retirase antes de continuar.

—La última vez que nos vimos me largué cuando se puso demasiado agresivo. El muy estúpido no me había atado con suficiente fuerza. Estaba demasiado excitado.

Le dio un trago a su vodka.

—Solemos ir a un pequeño pabellón en el jardín de una finca inmensa. Él me lleva y me vuelve a traer. Nunca he podido ver dónde está. Me venda los ojos y me ata las manos. También le gusta pasárselo bien en el coche —explicó de forma prosaica.

—¿Tienes alguna idea de dónde está ese lugar?

—No. —Neil esbozó una mueca sobre aquellos dientes perfectos hasta que logró un gesto extrañamente parecido a su vieja sonrisa—. Pero en una ocasión sí vi a alguien marcharse de allí. Un coche se había detenido a la entrada. Dentro iban un hombre y una mujer. Esta semana he visto su foto en los periódicos. Él se llama Edward Stewart.

—¡Por Dios! —Connelly estuvo a punto de atragantarse con el *ginger ale* e inmediatamente dejó el vaso en la mesa de un golpe—. ¡Ya sé dónde es! ¡Es Falblair! Es la casa de campo de *sir* James Dalrymple, el dueño y señor de Edward Stewart...

—¿Y?

—Y que ese tío podría hacernos volar a los dos por los aires con solo chasquear los dedos.

Neil se puso en pie y arrancó su mano de la de Chrissy. Un montón de tacos

escapó entre sus apretados dientes. Ella lo detuvo, agarrándole del brazo.

—Neil, no.

—Cuando vi su artículo en el periódico, creí que era usted diferente. Pero no lo es. Es igual que el resto.

—Siéntate y calla —dijo el periodista, casi con tanta rabia como él—. Tengo que pensar, ¿sabes? Tengo que pensar cómo lo vamos a hacer para que salga bien. Supongo que querrás que los pillen, ¿no?

Neil se lo quedó mirando y luego volvió a sentarse.

—Joder, claro que quiero.

—Bien. Yo también —sonrió Connelly—. Y quiero borrarle a Edward Stewart esa mirada de engréido de la cara y metérsela directamente por el culo.

Capítulo 32

Edward fijó una nueva cita para su entrevista con Connelly a las cuatro y media. Después llamó al hospital. Fiona parecía más tranquila.

—Jonathan está mucho mejor —le comunicó—. Pero dicen que aún existe la posibilidad de que haya daño hepático. Si al menos lo hubieras encontrado antes...

Edward ignoró el tono de reproche que había en la voz de su mujer y le dijo que volvería al hospital tras la entrevista.

—¿Qué le has dicho a Ian?

—Le he contado la verdad. Cree que va a poder mantenerlo oculto.

—Más vale que lo haga —le dijo ella, antes de desearle suerte.

Iba a necesitarla.

Se preguntó durante un segundo si debería confesarle a su esposa lo del mensaje, pero algo se lo impidió. No quería que nadie supiera lo que había leído en aquella pantalla. Ni siquiera Fiona.

Después de haber revisado el correo electrónico, Edward había tenido que correr al baño a vomitar. Luego se puso a caminar por la casa como un poseso, maldiciendo a voz en grito.

Cuando se calmó un poco, comenzó a reflexionar.

¿Qué le ocurriría a Jonathan si le contaba a la policía toda la historia? Se encogió de hombros. Sería terrible. Interrogarían al chico sobre sus... sus relaciones homosexuales. Probablemente no fuesen más que tonterías. En Internet los chicos dicen cosas que no piensan. Solo pretenden alardear.

No. Tenía que mantenerlo en secreto por el bien de Jonathan. Debía esperar a que su hijo estuviera fuera de peligro y tuviera la oportunidad de hablar con él. Su responsabilidad como padre era protegerlo.

Jonathan necesitaba paz para reponerse. En sus circunstancias, no podría soportar un aluvión de preguntas. *Que Dios nos ayude*, pensó Edward, *si la prensa se entera de esto*.

No quería escuchar la voz de su conciencia que le hablaba de los otros niños atrapados en la red de pedófilos. Niños a los que podía salvar si le contaba a la policía lo que sabía.

Pero antes que nada, tenía que pensar en su hijo. Pasara lo que pasase, no debía dejarse llevar por el pánico. Informaría a la policía, pero más adelante. Lo resolvería todo cuando Jonathan se encontrase mejor. Lo hacía por su bien. A la familia no le convenía un escándalo, y menos en aquel momento.

Empezaba a recobrar la calma. Se concentraría en la entrevista que tenía con Connelly. Ya había capeado otros temporales antes y podía volver a hacerlo.

Pero era consciente de que a *sir* James sí tenía que contárselo. Él lo había apoyado, lo había propuesto para el cargo. Tendría que decírselo.

Le dejó un mensaje a la secretaria de *sir* James en París, en el que le pedía que le devolviera la llamada en cuanto le fuera posible.

Después se sentó y comenzó a prepararse para la entrevista.

Rhona oyó que Tony contestaba al teléfono en otra parte del laboratorio. Estaba a mitad de camino de la puerta para preguntar quién era, cuando apareció él.

—Chrissy dice que lo siente, que no se encuentra bien. Vendrá mañana.

—Vale.

—También me ha dicho que no te preocupases.

—Gracias.

Tony se quedó allí un momento, como si esperase que ella le dijese algo. Al ver que no lo hacía, se encogió de hombros y volvió a su trabajo.

Al menos, sabía que Chrissy estaba bien. A pesar de lo conciso que había sido el mensaje, parecía que tampoco a Neil le había ocurrido nada terrible. Pero aquella llamada solo eliminaba una de sus preocupaciones. Aún le quedaba por decidir qué hacer con Gavin, y además debía hacerlo sin la ayuda del sentido común de Chrissy.

Gavin se había percatado de lo rara que se había puesto el lunes por la noche. Seguramente supondría que tenía que ver con los datos que había encontrado en el ordenador, ya que sabía que el niño al que estaba buscando tenía algo que ver con su vida personal. No era ningún tonto. Pero ¿sería una persona malvada?

Una persona malvada. Aquella descripción se le antojaba ridícula. Se sentía a gusto con Gavin. Confiaba instintivamente en él. Tendría que haberle pedido una explicación. ¿Por qué dudaba de él? Había sacado conclusiones apresuradas. *Igual que con Sean*, pensó. Su pareja sabía que, le dijera lo que le dijese sobre la mujer de la Galería Kelvingrove, ella ya lo había juzgado y condenado.

Trató de mantener la mente ocupada en el trabajo, pero el intento fue en vano. A las cinco de la tarde, ya estaba consumida por una mezcla de frustración y miedo. Tenía que hacer algo.

Cuando Bill Wilson se puso al teléfono, le contó entre tartamudeos una historia sobre un hombre llamado Gavin MacLean, al que había conocido en una fiesta y que decía que lo conocía a él, y se preguntaba...

—¿Qué pasa? ¿Ahora pretendes que investigue a los hombres con los que te citas?

Rhona intentó mostrarse indiferente.

—¿Y a quién se lo voy a pedir si no?

—Bueno, bueno, ¿qué quieres saber?

—Dice que trabaja para la policía.

—¿Y?

—Quiero saber si eso es cierto.

Se produjo un momento de silencio.

—Pues sí. Aunque no tendría que habértelo dicho. Seguro que lo que pretendía era impresionarte.

Ella intentó reírse.

—Gavin MacLean dirige una empresa llamada Cyber Angels. Se especializa en informática forense. Analiza el contenido de discos duros, persigue fraudes informáticos, identifica *hackers* y todo ese tipo de cosas. Ahora está colaborando con nosotros en el caso de la pedofilia.

—Bien. Gracias.

Aquellas palabras le aliviaron profundamente, pero Bill continuó hablando.

—¿Has decidido cambiar al hombre de tu vida?

—Bueno...

—Es una pena; me caía bien Sean. Además, toca muy bien el saxo.

Afortunadamente, no esperó respuesta a estas palabras.

A juzgar por lo que Wilson le había dicho, tanto el mensaje como la cita de Gavin en la Galería de Arte Moderno podían considerarse actos totalmente inocentes. Si estaba ayudando a la policía a destapar la red de pedófilos, estaría interceptando correspondencia relacionada con ello. Era obvio. Y en cuanto a lo de la galería, ¿por qué no iba a encontrarse allí con un chaval?, se preguntó. Tenía dos sobrinos, él mismo se lo había dicho.

En aquel momento, Tony asomó la cabeza por la puerta del laboratorio y la asustó.

—Solo quería saber si te importa que me marche ya.

—Por supuesto que no. Yo recojo.

Rhona oyó cómo se cerraba de un golpe la puerta principal y después todo se quedaba en silencio. Organizó la mesa y lo guardó todo. Si Gavin la llamaba por la noche, le diría que de momento no quería verlo, que tenía que resolver cosas con Sean antes de comenzar una nueva relación.

De camino a casa paró en la biblioteca. Buscó el manual *¿Qué universidad?* en la sección de consulta y anotó los nombres y los números de teléfono de todas las universidades grandes que contaban con departamento de Geología.

Pero ¿qué iba a hacer con aquella lista? ¿Ponerse a llamar a todas las facultades para preguntar si trabajaba allí algún señor Hope?

Dejó el bolígrafo, convencida de que aquel no era el modo más correcto de hacer las cosas. Si encontraba al señor Hope, él adivinaría inmediatamente por qué lo estaba buscando. Si ella fuera madre adoptiva y una mujer la llamase de pronto con intención de ponerse en contacto con su hijo, ¿cómo se sentiría? Se moriría de miedo ante la posibilidad de que alguien intentase apartarla de su niño.

La embargó la desesperanza. Todo aquello ya no servía de nada. Ya era tarde. Demasiado tarde, en realidad.

El bibliotecario pasó caminando junto a ella. Rhona se obligó a levantar la vista mientras él le decía que ya era la hora de cerrar y que debía irse. Se guardó el pedazo de papel en el bolsillo y salió.

Capítulo 33

Bill Wilson sabía que esta vez estaba corriendo un riesgo desproporcionado; no necesitaba que nadie se lo recordase.

—¿Está seguro, señor?

—Tú sigue adelante, Janice.

—Al superintendente no va a gustarle.

—Ya me ocuparé yo del superintendente, agente.

—De acuerdo, señor.

Janice lo miró, extrañada. Y no porque le estuviese poniendo las cosas difíciles, pues sabía que él era consciente de eso. Pero estaba preocupada por él.

—Dígales que lo único que necesito es que encuentren algo que lo implique.

—Se lo diré, señor.

Se había pasado la mayor parte del día en la oficina, poniendo al día el papeleo acumulado desde el principio de la investigación. Cuando llegó la llamada de la doctora MacLeod, por un instante se quedó perplejo; aquel no era el estilo de Rhona; ni la pregunta ni el modo de plantearla. Sus palabras le hicieron recapacitar.

No le hacía gracia que Gavin MacLean hubiera estado hablando con nadie sobre el trabajo que hacía para ellos.

Ya se había producido suficiente escándalo tras la publicación de la noticia por parte de Connelly. De hecho, prácticamente había dado al traste con la investigación.

Joder. De verdad le daba pena que Rhona hubiese terminado con el irlandés. *La gente se separa por menos de nada*, pensó. No como Margaret y él. Veinticuatro años llevaban juntos. Y Dios sabía que su esposa había tenido razones de sobra para haberlo dejado, considerando la vida que tenía que soportar la mujer de un policía.

Aquella investigación estaba afectando a la forense; aunque no le extrañaba, pues también a él le había hecho más daño de lo habitual. Le había revuelto las entrañas.

Llamó a su ayudante, encantado de repente de no haberla mandado a Falblair.

—¿Janice?

—¿Sí? —respondió con una voz tan cauta como la de él.

—¿Qué sabes de Gavin MacLean?

Janice puso cara de sorpresa.

—Le investigaron antes de contratarle, señor. Por lo que sabemos, está limpio.

—No me refiero a eso, sino a qué sabes de él socialmente hablando.

—¿Socialmente?

Si Janice no estaba intentando mostrarse torpe a propósito, debía de ser algo innato.

—¿Está casado? —le preguntó.

—No.

—¿Te gusta?

—¡Señor!

—¡Responde!

—¡Pues no! —dijo ella categóricamente.

—¿Y por qué no?

Se produjo una larga pausa antes de que respondiese.

—No estoy segura, señor.

—Vamos, agente, dígame lo que piensa.

—Porque parece demasiado perfecto para ser real, señor.

—Gracias, Janice. Me has sido de gran ayuda... Si se percató del sarcasmo del último comentario, su rostro no dio muestra de ello.

—¿Necesita algo más, señor?

La llamada se produjo a las 4:40. Habían registrado a conciencia el pequeño pabellón de Falblair.

Era el sargento George:

—Lo siento, señor. No hay cortinas.

Bill juró entre dientes. Ahora sí que la había fastidiado. El contacto de Connelly debía de haber mentido.

—Pero... —La voz que le hablaba desde el otro lado de la línea hizo una pausa— sí que encontramos algo que podría ser de utilidad.

Mientras Bill escuchaba, una sonrisa se fue dibujando en su rostro. El sargento tenía razón. Aquello era tan bueno como la cortina, o incluso mejor.

—Cuando vuelvas, déjasele a los forenses. Insiste en entregárselo a la doctora MacLeod en persona.

Alguien estaba llamando a la puerta, pero en aquel momento no le apetecía ver a nadie. Rhona volvió a hundirse en el agua y cerró los ojos. Se había prometido a sí misma que se daría un buen baño y después... Había ensayado aquellas palabras un centenar de veces. Se lo contaría todo a Sean. Por qué no había respondido a sus llamadas, por qué no le había acompañado a París, sus sospechas sobre él, su secreto...

El timbre volvió a sonar, esta vez con más urgencia. La luz del salón estaba encendida. Fuera quien fuese, sabía que estaba en casa y no parecía dispuesto a rendirse. Soltó un taco, salió del baño, se puso la bata y se dirigió al telefonillo.

—¡Chrissy! ¡Sube!

Neil estaba con ella.

Rhona los condujo a la cocina y les preguntó si querían un vodka.

Él asintió.

—¿Solo?

—Como sea.

Chrissy también aceptó uno. Parecía que no había dormido en una semana.

—Será mejor que me lo contéis todo —dijo Rhona.

—¿Y te va a ayudar ese periodista? —preguntó Rhona una vez que Neil concluyó su relato.

—Dijo que se pondría en contacto con la policía; que les informaría de todo.

Chrissy estaba recobrando el color poco a poco. Miró a Neil, que estaba de pie junto a la ventana.

—Lo que pasa es que cuando volvimos al apartamento, estaba allí ese coche. Y Neil lo reconoció.

—No puedes volver a tu casa, al menos por el momento. Debes quedarte aquí.

Rhona no estaba dispuesta a aceptar un no por respuesta.

Chrissy miró a Neil, desesperada.

—De acuerdo, pero solo esta noche —se rindió él.

Rhona ya estaba decidida:

—Hay algo que quiero enseñaros.

Volvió con las copias.

—Has mencionado a Simon y a Calígula.

El se la quedó mirando.

—Sí. ¿Y?

—Creo que deberíais leer esto.

Rhona le observó mientras él recorría las páginas con la mirada.

—¿Qué es esto? —preguntó Chrissy con cara de preocupación.

Neil miró fijamente a Rhona.

—¿De dónde lo has sacado?

—Del ordenador de Gavin.

—¿Y quién coño es Gavin?

—El informático del que te hablé —le recordó Chrissy.

—Ha estado buscando información para mí —les explicó Rhona—. Pirateando el sistema, la verdad. Trabaja para la policía, les ayuda a detectar delitos informáticos.

Neil estudió la copia con más detenimiento. Después preguntó por qué el código de cifras y letras que había en la parte superior de las copias era el mismo.

—¿Qué? —preguntó ella con cara de tonta.

—Las dos direcciones de correo electrónico son la misma —le respondió—. Mira.

Rhona cogió el papel que el chico le acercaba. Tenía razón. Su cerebro hizo un esfuerzo por recordar cualquier cosa que pudiera explicar aquello, pero siempre llegaba a la misma conclusión.

—Neil —le dijo. Una sola idea daba vueltas insistentemente por su cabeza—,

¿conoces a Simon?

El rostro de Neil se puso tenso.

—¡Cabrón de mierda! Simon y Calígula no existen. El bastardo es solo uno. Y yo he visto su cara.

Rhona regresó con la botella de vodka.

—¿Crees que fue ese tal Calígula o Simon quien mató al chico? —le preguntó a Neil.

—No lo sé —reconoció él.

—No queda más remedio que contárselo a la policía —afirmó Rhona.

—No. —Neil seguía mostrándose inflexible ante tal idea—. Espera. Ese tal MacLean... Si trabaja para la policía se supone que tiene que manejar este tipo de información. ¿Por qué no le preguntaste? ¿Por qué escondiste las copias? Chrissy pensaba que teníais una buena relación.

Rhona lo interrumpió, negando con la cabeza.

—Y tenía razón. A mí Gavin me gustaba mucho. Y yo a él, también.

Le costaba explicarlo.

—Al principio, me sentí culpable, como si lo estuviese espiando, husmeando en su trabajo. Pero después lo vi con un chico.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo que lo viste con un chico?

—Un chico se bajó del autobús junto al GOMA. Se reunió en la entrada con un hombre. Me pareció que era Gavin.

—¿Conocías al chico?

—No. Pero él tiene dos sobrinos. Pensé que podía tratarse de uno de ellos.

—¿Qué aspecto tiene ese Gavin MacLean? —le interrumpió Neil.

—Es alto...

Y fue Chrissy quien prosiguió la descripción:

—..., rubio y lleva chaquetas de *tweed*. Es muy guapo y sonríe... demasiado.

Neil meneó la cabeza.

—¿No creerás que Gavin es Simon o Calígula? —le preguntó Rhona a Neil.

—No.

Se puso en pie.

—Vosotras dos quedaos aquí —les advirtió.

—¿Y tú adónde vas? —preguntó Rhona.

Neil se inclinó y le dio un beso en la boca a Chrissy.

—No le abráis la puerta a nadie. Enseguida vuelvo —fue toda su respuesta.

La casa pareció quedarse vacía cuando se fue. Rhona siguió a Chrissy, que se había acercado a la ventana; también ella sentía que Neil se hubiera marchado.

Capítulo 34

Chrissy convenció a Rhona de que siguiese con su baño mientras ella preparaba algo para comer. Después se llevaron al salón lo que les quedaba del vodka y encendieron la televisión.

Estaban dando las noticias.

—¿Seguro que quieres ver esto? —preguntó Chrissy.

Rhona asintió. Siempre existía la posibilidad de que hubiesen atrapado al culpable y su vida pudiese volver a la normalidad.

Pero no. Un portavoz de la policía de Strathclyde declaró que no se habían producido novedades en el caso del asesinato, pero que sí se estaban abriendo nuevas líneas de investigación.

—Seguro que ahora lo cogen —dijo Chrissy con tono duro y convencido.

Rhona se sintió incapaz de contarle lo que realmente estaba pensando. Quienquiera que fuera Calígula, lo que estaba claro era que actuaba de una forma muy inteligente. Parecía que llevaba muchísimo tiempo en aquel juego y, si lo que decía Neil era cierto, además tenía amigos en las altas esferas. Si Neil decidía testificar contra cualquiera de ellos, contratarían a los mejores abogados para que echasen por tierra su historia.

Después de hablar sobre el asesinato, el noticiario pasó a la información política, encabezada, como era lógico, por la victoria conservadora en las elecciones parciales. Rhona escuchó sin interés mientras el presentador comentaba la dinámica campaña que había protagonizado el candidato. Una fotografía de los cuatro miembros de su feliz familia apareció en la pantalla. La habían tomado en el jardín de una gran casa. Fiona, Rhona tenía que admitirlo, estaba deslumbrante. Delante se veía a una adolescente un tanto rellenita aunque muy guapa, y, algo más apartado, a un chaval un poco más joven.

El chico tenía aspecto de querer estar en cualquier otro sitio antes que delante de aquella cámara. A Rhona le inspiró cierta compasión. Ella sabía muy bien que Edward siempre lograba persuadir a la gente de que hiciese cosas que no deseaban.

La voz del locutor estaba repasando la brillante carrera jurídica del ya parlamentario y explicaba cómo había escalado puestos dentro del partido y su brillante llegada al poder. El nuevo diputado declaró que debía su victoria al apoyo popular y que haría todo lo que estuviera en su mano para defender los intereses de Escocia en la cámara de los Comunes. Proyectaba residir en Londres y volver a Glasgow los fines de semana para ver a su familia y mantenerse en contacto con los problemas del electorado.

—¿Has tenido suficiente? —interrumpió la voz de Chrissy.

—Desde luego.

Cuando Chrissy alargó la mano para alcanzar el mando a distancia, la foto de

familia fue reemplazada por una instantánea más reciente del chico, sentado en su dormitorio y con un perro labrador negro entre las rodillas. El reportaje continuó diciendo que el hijo de Edward Stewart, Jonathan, había sido ingresado en el hospital, poco después de la victoria de su padre en las elecciones, por razones aún desconocidas. Se esperaba su completa recuperación.

—¿Por qué no ponemos algo de música? —sugirió Chrissy Rhona no contestó. Sabía perfectamente dónde había visto antes al hijo de Edward.

—Será mejor que lo llames.

—¿Y qué le digo? —preguntó Rhona, mientras miraba fijamente a Chrissy—. Si te parece, puedo contarle que vi cómo alguien que se parece a su hijo se reunía en la Galería de Arte Moderno con un tío al que creo conocer, pero me temo que me diría que soy una histérica.

—¿Y qué me dices del chico que se menciona en el correo electrónico? El archivo hablaba de un tal Jonathan.

—Hay cientos de críos que se llaman Jonathan. Incluso podría ser un nombre en clave.

—Rhona, tú y yo sabemos que probablemente sea una coincidencia, pero si existe la menor posibilidad de que hubiera algo extraño en esa cita, tienes que llamar a Edward. Si conoce a Gavin, al menos nos quedaremos tranquilas en ese aspecto.

—Ya lo sé.

El teléfono sonó varias veces, pero nadie contestó. Era evidente que Edward no estaba en casa. Esperaba que saltase el contestador, pero de pronto una voz le respondió casi sin aliento.

—Hola. ¿Sí? Habla con la residencia de los Stewart.

—Siento molestarle. Estoy intentando localizar a Edward Stewart.

—Toda la familia está en el hospital. Llevan allí todo el día.

—He visto algo sobre Jonathan en el informativo. Espero que se encuentre bien.

—Ya está fuera de peligro, pero ha pasado por momentos difíciles.

La mujer hablaba atropelladamente por la consternación.

—¿Cómo se le ocurriría al pobre hacer algo así? —murmuró, más para sí misma que para Rhona—. Se toma las cosas demasiado a pecho.

Rhona le dijo lo mucho que sentía lo ocurrido y colgó.

—¿Qué te han dicho? —preguntó Chrissy.

—Edward está en el hospital —le respondió—. El ama de llaves me ha comentado que Jonathan está fuera de peligro, pero que ha pasado por momentos difíciles.

Chrissy parecía desconcertada.

—Si le viste el jueves... Ha debido de ser algo bastante repentino.

—Sí, eso es lo extraño —comentó Rhona.

—¿El qué?

—Que esa mujer me dijo que cómo se le habría ocurrido al pobre hacer algo semejante.

—¿A qué se refería?

A Rhona no le gustaba lo que estaba pensando, pero era lo mismo que a cualquiera se le hubiese venido a la cabeza en tales circunstancias.

—No creerás que Jonathan trató de suicidarse, ¿verdad? —preguntó Chrissy—. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Eso es precisamente lo que me preocupa. El ama de llaves dijo que el chico se toma las cosas demasiado a pecho.

—Eso mismo me decía mi madre a mí —respondió Chrissy con seriedad—. ¿Y de qué otro modo se supone que debe uno tomárselas?

Capítulo 35

Jonathan estaba soñando.

Era un sueño agradable y no quería despertarse. Volvía a estar en su cuarto. Amy lo había limpiado, así que no tenía de qué preocuparse. Oyó que *Lobby* ladraba y se acercó a la ventana. El perro casi nunca ladraba. Su madre siempre decía que ya no era demasiado bueno como guardián, que era demasiado viejo. Para sorpresa y deleite de Jonathan, el labrador corría por la hierba como un cachorro. Aquello hizo que volviese a sentirse como cuando era niño. Antes de que todo empezase a darle vergüenza.

El animal desapareció en el bosque.

Jonathan esperó a que volviese a salir. Podía oírle ladrar, pero no lo veía. El perro estaba con otra persona. Jonathan se asustó.

—*Lobby*. Aquí, chico. *Lobby* —gritó.

Después alguien empezó a llamarle a él. Era un hombre que estaba con él en la habitación.

Se giró hacia la voz. La conocía. Y no le gustaba.

—Soy yo, Jonathan. He venido a buscarte.

—Tranquilo.

Alguien le agarraba la mano.

Jonathan abrió los ojos.

Quien le sonreía era una enfermera.

—¿Tenías una pesadilla?

Negó con la cabeza, avergonzado, pero la enfermera Jenkins no parecía darle importancia.

—Solo vengo a tomarte la temperatura. Luego ya te dejo en paz. Tu padre vendrá pronto —le comunicó con una alentadora sonrisa—. Bueno, ¿quieres los auriculares?

Le acercó el reproductor de CD portátil, que se encontraba en la mesilla, y cuatro discos.

—A mí me gusta este. Te lo pediré cuando la hermana se vaya —le comentó, y le echó una mirada de complicidad mientras le arreglaba las mantas.

—Vuelvo dentro de un rato para asegurarme de que sigues bien.

Jonathan deseaba poder hablar con ella. Le caía bien la enfermera Jenkins (se llamaba Rachel, había oído que una de sus compañeras la llamaba así). Al principio tenía miedo de que lo despreciara por lo que había hecho, pero no era así. Se lo dijo la primera vez que lo vio; le aseguró que lo comprendía. Una vez sucedido aquello, llegaba el punto de inflexión, le había dicho. A partir de ahí las cosas siempre empezaban a ir mejor.

¿Sería cierto?

Jonathan se puso los cascos y subió el volumen. Si la música estaba suficientemente alta, acabaría con la pesadilla.

Capítulo 36

Bill colgó el teléfono y después volvió a levantar el auricular. Si existía la menor sospecha de que el informador de Connelly estuviera en lo cierto, tenía que hablar con Rhona.

El aparato sonó media docena de veces y luego contestó una voz soñolienta.

—¿Chrissy?

—¡Sí!

—Soy Bill Wilson. Pensé que me había equivocado de número.

—No, es que estoy en casa de Rhona. Me voy a quedar aquí un par de días. Ahora la aviso.

Bill oyó el golpeteo de sus pies y después su voz. A los pocos segundos, estaba de vuelta.

—No lo entiendo. Estaba en casa cuando me fui a dormir.

—¿Y eso cuándo fue?

—Hacia las diez. Estuvimos viendo la tele juntas. Dijo que estaba cansada y que se iba a la cama. Yo me quedé dormida en el sofá.

—¿Sabes por qué razón ha podido salir?

La chica no parecía demasiado dispuesta a contestar a esa pregunta.

—Chrissy, esto podría ser importante.

—No lo sé. A lo mejor solo ha ido a dar un paseo. Estaba un poco disgustada.

—¿Y por qué?

—No lo sé.

Bill sabía que estaba perdiendo el tiempo. Si Chrissy y Rhona tenían un secreto, no iba a desvelárselos.

—Cuando vuelva, ¿le dirás que se ponga en contacto conmigo?

Ella asintió.

Bill Wilson estaba preocupado. Desde la llamada de Connelly tenía el incómodo presentimiento de que algo se le iba de las manos.

A Rhona no le gustaba tener que marcharse sin dar ninguna explicación. Ni siquiera estaba segura de lo que pretendía hacer.

Condujo por las silenciosas calles durante media hora, preguntándose por qué estaba allí, deseando poder hablar con Sean, oír su voz tranquila desenredando la maraña en la que se había convertido su vida.

A las diez en punto le había dicho a Chrissy que se iba a la cama. No tenía demasiado sentido esperar a que Neil volviese, ya que no tenían ni idea de cuándo iba a suceder. Había conseguido dormir un par de horas hasta que la pesadilla la despertó. Se quedó tumbada en la cama, tiritando. Si no hacía algo, se volvería loca.

Así que allí estaba, conduciendo en círculos en mitad de la noche, planeando contarle a su ex amante que un grupo de pedófilos podría estar acechando a su hijo. Quedaría en ridículo, estaba segura.

Paró el coche y apagó el motor. Buscó el móvil dentro de su bolso. El aparato obedeció su comando de voz y le mostró el número de Edward. Rhona pulsó el botón de llamada.

Fue Edward quien respondió. Si hubiera oído la voz de Fiona, habría colgado de inmediato.

—¡Rhona! ¿Qué demonios estás haciendo? ¡Es la una de la madrugada!

—Tenía que llamarte.

—Rhona, si vuelves con lo de...

—Cállate, Edward. Es de Jonathan de quien tengo que hablarte.

—¿De Jonathan?

Estaba totalmente desconcertado.

—Sí. Creo que se ha metido en un problema. ¿Le has oído hablar de un tipo llamado Simon?

—¿Qué? —le preguntó el hombre, y al oír su tono de voz supo que estaba prestándole toda su atención.

—Contéstame, Edward. ¿Conoce Jonathan a alguien llamado Simon?

Rhona había ido directamente al hospital. Aunque Edward hubiese salido de casa nada más colgarle, llegaría diez minutos después que ella. Con el motor apagado, el silencio se había instalado pesadamente a su alrededor. Era extraño. Allí estaba, diecisiete años después, esperando a que Edward llegase para reunirse con ella en el mismo hospital. La única diferencia era que ahora era medianoche. Y que esta vez el hijo era de otra mujer.

La tarde que la habían ingresado, él la había llevado a urgencias y la había dejado con la enfermera antes de largarse. Rhona había intentado bromear sobre ello. Su novio, le contaba a cualquiera que quisiera escucharle, era alérgico a los hospitales. Aunque habría sido más exacto definirlo como alérgico a los bebés.

Una sirena rompió el silencio e hizo que un escalofrío recorriese la espalda de Rhona. Se quedó mirando cómo se acercaba la ambulancia y cómo un paciente entraba en camilla por la puerta principal. Se consoló pensando que al menos su trabajo no requería que salvase la vida de nadie.

Edward escuchó atentamente su confusa historia sobre una red de pedófilos que utilizaba Internet para localizar a chicos vulnerables. Rhona le contó lo del correo electrónico que había encontrado y lo del hombre al que había visto con su hijo. Por una vez, él no la interrumpió. Muy al contrario, le pidió que se reuniese con él en el

hospital. Tenía algo que contarle cara a cara.

Estaba rendida. Le diría a Edward todo lo que sabía y luego dejaría el asunto en sus manos. Así podría olvidarse del tema y volver a casa. Había decidido anunciarle a Sean que se iba a París.

Una silueta, que le pareció la de Edward, se le aproximaba. Llamó con cuidado en la ventanilla del coche y ella se inclinó hacia delante y abrió el pestillo del copiloto. El hombre se sentó a su lado.

—Hola, Rhona.

—¡Gavin!

—Cuando vi tu coche no podía creérmelo —le dijo—. ¿Qué demonios estás haciendo aquí?

Rhona estaba sin palabras.

—Una amiga ha tenido un accidente —consiguió decir por fin—. Tiene que pasar la noche en observación y he venido a verla.

Gavin la miraba de forma extraña.

—Y tú... ¿Cómo es que estás tú aquí? —le preguntó ella.

—Creen que mi sobrino tiene apendicitis y como esta semana se ha quedado conmigo, mientras mi hermana y su marido están de vacaciones... —Gavin se detuvo—. ¿Estás segura de que tu amiga se encuentra bien? Parece que estás muy preocupada.

—No, claro que está bien. De hecho, yo ya me iba a casa.

Gavin abrió la puerta.

—Bueno, más vale que vuelva y me entere de cómo van las cosas —se detuvo, y sus miradas se cruzaron—. ¿Puedo llamarte mañana?

Rhona asintió.

—Bien —respondió él con una sonrisa.

Vio que se encaminaba a urgencias. Solo entonces se confesó a sí misma lo asustada que estaba.

Edward apareció diez minutos más tarde. Todo ese tiempo había estado debatiéndose como loca entre las sospechas hacia Gavin y una profunda sensación de ridículo por lo que estaba haciendo.

—¿A qué hombre te refieres?

Edward la miraba como si estuviera mal de la cabeza.

—El hombre del que te hablé. El que trabaja para la policía.

—¿Está aquí? ¿Por qué?

—Dice que su sobrino ha ingresado por una apendicitis.

—Pero tú no te lo has creído.

—No estoy segura...

—¿Es el tipo con el que viste a Jonathan?

Ella asintió.

—¿El tío de los mensajes de ordenador?

—Sí.

—Vale. Vamos a averiguar si está diciendo la verdad.

La entrada de urgencias estaba rodeada de camillas, como si acabara de suceder una catástrofe y el hospital estuviera abarrotado. Dentro, la zona de recepción seguía igual que Rhona la recordaba, aunque le habían dado una manita de pintura y habían colgado en la pared un cartel que decía «Trust Hospital». La enfermera supervisora llevaba su nombre en el lado izquierdo del pecho, en una etiqueta igual a la de años atrás, y parecía tan cansada y tan agobiada por el trabajo como la que había ingresado a Rhona en el momento del parto.

Edward explicó que estaba allí para visitar a su hijo y le entregó una de sus tarjetas. La enfermera le echó un vistazo, reconoció el nombre y le dijo que no había problema. El señor Stewart podía subir, pero en silencio, por favor.

Él le obsequió con una de sus famosas y encantadoras sonrisas y a ella se le iluminó la cara. También le preguntó si en las últimas horas habían ingresado a algún jovencito con sospecha de apendicitis.

—Creo que podría tratarse del sobrino de un amigo —aclaró.

Sí, en aquel momento tenían en planta un chico con apendicitis.

—Le han sedado —le informó—. Van a operarle por la mañana.

—Gracias.

Edward miró a Rhona. En sus ojos se podía leer con toda claridad que la acusaba de haberse equivocado nuevamente. Antes de dirigirse escaleras arriba, él hizo algunos cumplidos sobre el buen funcionamiento del sistema nacional de salud; y con eso, la enfermera no pudo quedarse más encantada.

Capítulo 37

Alguien había peinado a Jonathan y le había retirado el pelo de la cara. Por primera vez, Rhona podía verlo con claridad. Se parecía a su padre, pensó, pero su delicada nariz era la de Fiona.

La enfermera que lo atendía le sonrió al pasar. Obviamente, pensaba que se trataba de una de las visitas nocturnas del paciente.

Un enorme ramo de flores adornaba la mesa que estaba al lado de la ventana, y sobre la camilla situada junto a su cama había un reproductor portátil de CD y un montón de discos.

—No deberíamos despertarlo —sugirió Rhona. Tenía el corazón roto al encontrarse en aquella habitación mirando al hijo de Edward; un hijo que no compartían.

—No se despertará. Le han sedado —dijo él, con la voz teñida de tensión.

La condujo a una habitación adyacente, en la que había máquina de café, televisión y teléfono.

—¡Qué lujo! —comentó ella.

—Aunque esté aquí, tengo que seguir trabajando —le explicó Edward—. El hospital me ha facilitado mucho las cosas.

Le hizo una seña para que se sentase.

—La prensa no se ha enterado de... —comenzó Edward y, tras un segundo de pausa, concluyó— que Jonathan, por lo visto, ha intentado suicidarse.

Se quedó mirando la cara de preocupación de Rhona.

—Estoy seguro de que no es más que un error —prosiguió—. Había estado bebiendo vodka. Y encontramos una caja vacía de paracetamol.

Rhona no dijo nada.

—Supongo que tomó más pastillas de la cuenta por equivocación.

A Rhona aquello no le cuadraba.

—¿Y dónde encaja el tal Simon en todo esto? —le preguntó en voz baja.

Edward cruzó hasta la puerta y la cerró.

—La verdad es que encontré un correo en el ordenador de Jonathan de alguien llamado Simon —confesó—. Me hizo pensar que mi hijo podría haberse metido en algún lío.

—¡Oh, Edward! —exclamó Rhona, poniéndose en pie y dirigiéndose hacia él. De pronto, sentía una profunda compasión hacia aquel hombre al que había odiado durante tanto tiempo—. ¿Y la policía qué opina de todo esto?

Él la miró fijamente, y la sangre se le heló en las venas.

—Como podrás suponer, no se lo he dicho —le aseguró con firmeza.

—Pues tienes que hacerlo. Si Jonathan está en peligro, tienes que contárselo a la policía.

A Rhona se le vino a la mente la cara del chico que había visto reposar sobre una sucia almohada, en una habitación cochambrosa.

Edward le echó una mirada agónica.

—No puedo, Rhona. Lo arruinaría todo.

—¿Conoce Fiona la existencia de ese mensaje?

Él negó con la cabeza.

—Tú eres la única que lo sabe.

—No puedes hacerme esto, Edward.

Estaba furiosa con él. Lo único que le importaba era su reputación. Pero estaba aún más furiosa consigo misma. Tendría que haberle hablado a Bill Wilson de sus sospechas, en vez de haber telefoneado a Edward.

—No puedes echarme en cara que quiera proteger a mi hijo. —Su voz había pasado de un tono defensivo a otro desafiante.

—Tú no estás protegiendo a Jonathan —le acusó ella desdeñosamente—. Lo que estás protegiendo es tu carrera.

Se produjo un momento de silencio. Después él le dijo:

—También tú lo hiciste en una ocasión, ¿recuerdas?

Jonathan sabía que su padre estaba en la habitación. No quería abrir los ojos. No quería verlo ni hablar con él.

Deseaba volver a perderse en el olvido, pero no podía dejar de oír su voz. También había otra voz, una voz de mujer. No era la de su madre, ni tampoco la de la enfermera Jenkins. Parecía enfadada. A pesar del estado en el que se encontraba, se alegró de que alguien se enfadase con su padre.

Una cosa era segura. No estaban hablando sobre lo que había hecho. Sabía que, oficialmente, aquello nunca había ocurrido. Estaba en el hospital para una intervención quirúrgica de poca importancia, eso era todo. El hijo de Edward Stewart jamás había intentado suicidarse. Eso sería demasiado embarazoso. A las enfermeras se les había dicho que no debían hablar del tema, estaba seguro de ello. Solo la enfermera Jenkins actuaba como si lo supiera. No había recibido la visita del psiquiatra. Ni siquiera su madre hablaba más que de cosas intrascendentes, la típica charla que se suele mantener con un enfermo sobre lo pronto que podrá volver a casa o que no ha de preocuparse por nada. En realidad, él solo quería ver a Amy, pero no dejaban que fuera a visitarlo.

—Podrás ver a Amy cuando te den el alta —le había dicho su padre, como si Amy fuese un animal doméstico.

La habitación estaba en penumbra, y la pequeña luz situada sobre su cama no estaba orientada hacia sus ojos. Pensó que lo mejor sería escuchar un poco de música. Se puso los cascos, volvió a acostarse y cerró los ojos al mundo.

Si no hubiera vuelto a ponerse los auriculares, habría oído cómo se abría la puerta. Pero no se percató de nada hasta que notó que una mano le tapaba la boca.

Una voz le susurró al oído:

—No temas. Soy yo, Simon. He venido a sacarte de aquí.

Se giró hacia la voz.

—Porque quieres salir de aquí, ¿verdad?

Si decía que sí, Simon no le haría daño.

—Voy a quitarte la mano de la boca. Entonces podremos hablar. ¿De acuerdo?

Jonathan asintió.

—Muy bien. Siento haber tenido que hacer esto —prosiguió el hombre, poniéndose en pie.

—¿Dónde han puesto tu ropa?

—No puedo irme contigo —dejó escapar Jonathan—. Mis padres se pondrán furiosos.

—Ya casi tienes dieciséis años. Eres un adulto. Puedes marcharte de casa cuando quieras —le sonrió—. Les dejaremos una nota para que no se preocupen.

—Es que yo no quiero.

Los ojos de Simon se ensombrecieron.

—No tengo dinero. —Jonathan se aferraba a un clavo ardiendo.

—Ah, bueno —dijo el hombre, mientras su cara volvía a adquirir una expresión amable—. Eso no es problema.

Cogió unas cuantas prendas y se las echó al chico encima.

—¿Quién estaba antes aquí contigo?

—¿Te refieres a mi padre?

—No, a la mujer.

La mirada de Simon se volvió cruel. ¿Cómo era posible que antes le gustase aquella mirada?

—No llegué a verla.

Simon estaba ya en la puerta y acechaba el pasillo.

—De acuerdo. Sé que te gustan los juegos. Pues bien, juguemos.

Sacó un rollo de bramante y un cuchillo.

—Date la vuelta.

Aterrorizado y avergonzado, Jonathan hizo lo que él le pedía.

—Y vamos a hacerlo aún más interesante...

Simon lo amordazó.

En el exterior el aire estaba frío. Simon había vuelto a hablarle con voz afectuosa y le decía que no se preocupase, que había una manta en la parte de atrás del coche por si necesitaba taparse. Jonathan bajó dando traspiés por la escalera de incendios, mientras rezaba para que la enfermera Jenkins entrara en ese mismo momento a su

habitación y diese la voz de alarma. Pero la ventana que había sobre su cabeza seguía a oscuras. Su habitación estaba en el tercer piso. Simon se detuvo dos veces y lo empujó por los fríos peldaños hasta asegurarse de que no había movimiento alguno tras las puertas de emergencia de cada piso. En el descansillo de la primera planta, sacó el cuchillo y lo colocó junto a la cara del muchacho. A la escasa luz que proporcionaban los focos, Jonathan reconoció el objeto. ¿Cómo lo habría cogido Simon? No podía ser el mismo, pero si lo era, significaba que el tipo había estado en la cocina de su casa. Al chico se le revolvió el estómago.

Al final de la escalera de incendios, lo obligó a sentarse mientras él inspeccionaba el aparcamiento. Jonathan echó un desesperado vistazo a las ventanas a oscuras que tenía encima, con la esperanza de que alguien mirase hacia fuera.

—Está bien. Vamos.

Lo llevó alrededor del edificio hacia un coche. Tenía la mordaza muy prieta y le costaba respirar. Llegaron al vehículo. Simon lo obligó a agacharse, miró a su alrededor, abrió la puerta trasera y lo metió dentro.

El chico cayó sobre el asiento.

—Muy bien —dijo Simon con aire triunfal, mientras se montaba en el coche y cerraba todas las puertas—. Y para demostrarte lo mucho que he pensado en ti... ¿reconoces esto?

Cogió algo blanco del asiento del copiloto, escondió su cara en ello y luego se lo lanzó atrás.

Al chico le dio un vuelco el corazón. Reconoció inmediatamente su propio olor. Simon tenía su camiseta, y el único lugar del que podía haberla sacado era su dormitorio.

—¿Qué, te gusta este nuevo juegucito? —Simon le sonrió durante un segundo antes de taparle los ojos con la manta.

Cuando Rhona llegó a casa, la luz del vestíbulo estaba encendida y había un mensaje de Chrissy en el bloc de notas. Decía que el inspector Wilson quería hablar con ella. Eran las cuatro de la mañana. ¿Seguro que Bill quería hablar con ella a aquellas horas? Le echó un vistazo a la sala. Chrissy estaba dormida en el sofá, así que Neil no había vuelto aún.

Decidió que llamaría a Wilson a primera hora de la mañana. Se puso el despertador a las siete y se metió a la cama, agradecida de poder descansar por fin.

Capítulo 38

Bill Wilson había conseguido dormir sin problemas durante la investigación de los treinta y seis casos de asesinato que había vivido a lo largo de su vida profesional. Esto suponía una media de tres al año, durante los últimos doce años.

Nunca había comentado con su mujer las cosas que se le pasaban por la cabeza con respecto a los casos. No quería hacerla sufrir con los detalles que a él lo atormentaban.

Pero en los últimos cuatro días había estado esperando que se produjese un nuevo asesinato. Ese pensamiento se escondía tras cada movimiento que hacía, tras cada paso que daba. Tenía que hacer algo para evitarlo.

Registrar la casa de campo de *sir* James Dalrymple basándose en la confesión de un prostituto había sido ir demasiado lejos. Ante el superintendente, había argumentado que el hecho se justificaba por el hallazgo de una abrazadera de cortina que encajaba con la que había aparecido alrededor del cuello de la víctima.

Pero su jefe no estaba de acuerdo. Había refunfuñado que existían miles de abrazaderas similares, y que aunque habían peinado la casa de campo hasta el último centímetro, eso era lo único que habían sido capaces de encontrar.

Pero Connelly se mostraba inflexible con su historia. El chapero había practicado sexo en aquel lugar con un tipo que se hacía llamar Calígula. Creía que Calígula y Simon eran una misma persona. ¿Por qué Bill no comprobaba lo que opinaba Rhona MacLeod de todo aquello? Y la verdad es que lo había intentado, pero su teléfono móvil estaba apagado.

Seguían sin tener prácticamente nada a que agarrarse, y él lo sabía.

—Vuelve cuando tu chapero esté decidido a hacer una declaración formal —le dijo el superintendente con tono despectivo—. Entonces hablaremos con *sir* James.

Una vez de regreso en su oficina, la primera llamada que recibió fue de una tal Rachel Jenkins. Jonathan Stewart había desaparecido. Había dejado una nota en su habitación, pero estaba segura de que no se había marchado por voluntad propia. Bill le preguntó si había informado a la familia. De pronto, la voz de la mujer se volvió despectiva, y le explicó lo poco dispuesto que Edward Stewart se había mostrado a denunciar el hecho ante la policía. A Bill le gustó al instante aquella mujer.

—No muevan nada y no dejen que entre nadie en la habitación hasta que yo llegue.

Cuando el inspector apareció en el hospital, Edward Stewart lo estaba esperando. Necesitó una hora completa para lograr que el hombre comenzase a decir la verdad.

—Después de que le contase a la doctora MacLeod lo de Jonathan, ¿adónde fue ella?

—Dijo que se iba a casa.

Bill sacó su móvil y marcó con decisión el número del domicilio de la forense. Le respondió Chrissy. Le dijo que desde comisaría habían mandado un coche de policía para recoger a Rhona.

Cuando Wilson logró finalmente ponerse en contacto con Janice, ella le confirmó que nadie de comisaría se había puesto en contacto con la doctora MacLeod aquella mañana.

—Y Gavin MacLean no contesta. El agente de ronda fue a su domicilio en primer lugar. Un vecino le dijo que se había ido a cuidar a sus sobrinos, porque su hermana está de vacaciones.

—Cuando llame Gavin, dile que necesito hablar con él.

Al instante, Edward se volvió todo oídos.

—¿Gavin MacLean? Ese es el hombre con el que Rhona dijo que se había encontrado en el aparcamiento. Le comentó que estaba con su sobrino. En recepción parece que lo confirman. Rhona había encontrado algo en casa del tal Gavin que sugería que podía estar relacionado con Jonathan.

—Continúe.

—Un correo de alguien llamado Calígula mencionaba a Jonathan. Ella cree que el hecho de que MacLean trabaje para ustedes lo explica todo.

Bill lo escuchó con preocupación. Dejó a Stewart y ordenó a un agente que comprobase lo de recepción. Si la historia de MacLean era cierta, el hospital tendría la dirección de su hermana.

El agente volvió rápidamente y les informó que sí habían tenido un caso de apendicitis la noche anterior, y que la madre estaba acompañando al paciente.

—¿La madre?

—Sí, señor. Fue ella quien vino con el chico en la ambulancia. Dicen que un hombre alto y de pelo claro anduvo merodeando un rato junto a la sala de espera y que después nadie volvió a verlo.

—¿Y qué te ha dicho la madre?

—Que nunca ha oído hablar de ningún Gavin MacLean.

—Ponte en contacto con comisaría. Necesito una orden de registro para la casa de MacLean y también quiero que se registre a fondo la residencia de los Stewart.

—¿Tenemos permiso del señor Stewart para hacerlo, señor?

—Lo tendremos, agente. Cuente con ello.

Capítulo 39

Rhona estaba mareándose. Era como subirse en la montaña rusa de un parque de atracciones de pesadilla. Rebotaba contra las paredes metálicas del maletero, primero contra una y luego contra la otra, y rezaba para que el contenido de su estómago se quedase en su sitio. Se rindió cuando el coche comenzó a aminorar, lo que la lanzó bruscamente contra la tapa del maletero. Después el vehículo volvió a acelerar, pero no alcanzó tanta velocidad. Le dio la impresión de que llevarían como una hora de viaje. Podrían estar en cualquier punto en un radio de unos cien kilómetros alrededor de Glasgow. Se preparó para la siguiente curva.

Apenas había dormido una hora cuando la despertó el teléfono. Lo cogió Chrissy.

—¿Es Neil?

La chica negó con la cabeza.

—Llaman de comisaría. Quieren que vayas inmediatamente. Han enviado un coche sin distintivos a recogerte. Te estará esperando al final de la calle —le dijo.

—Muy bien.

Se vistió, se metió algo de dinero en el bolsillo y se dirigió a la puerta.

—No te preocupes —la tranquilizó—. Neil volverá pronto.

Chrissy asintió, poco convencida.

El cielo despejado de aquella mañana parecía prometer un día caluroso. Rhona caminó hacia la esquina con paso decidido. Lo contaría todo. Apoyaría la versión de Neil. Protegería a Jonathan. Y al diablo con Edward.

Se dirigió con rapidez al coche que la esperaba. Al ver salir al conductor, lo saludó afablemente, convencida de que sería algún conocido.

Y lo era.

Gavin MacLean aún sonreía cuando Rhona sintió que el gato del coche le golpeaba la cabeza.

Cuando abrió los ojos por primera vez en aquella sofocante oscuridad, Rhona creyó que la habían enterrado viva, y la adrenalina inundó su cuerpo. Tenía las manos atadas a la espalda y, presa del pánico, empezó a patallar contra la superficie metálica.

Había visto cuerpos atados como estaba ahora el suyo en tantas escenas de crímenes... Había tomado muestras de sangre, de orina, de semen. Se había llevado consigo al laboratorio el miedo de la víctima. En cada uno de aquellos momentos, para ella no era más que un rompecabezas que resolver. Pero esta vez cambiarían los papeles y sería Tony quien llevase las muestras al laboratorio. Sería Tony quien le

pediría a Chrissy que realizase los análisis.

¡No! Se negaba a pensar semejantes cosas. Si Gavin hubiese querido matarla, ya lo habría hecho antes. Lo que probablemente hiciera sería dejarla tirada en alguna parte, para tener tiempo de escapar. Lo único que tenía que hacer ahora era mantener la calma y las ideas claras. Y no marearse. No podía vomitar con la boca amordazada. Tenía que encontrar algún modo de alejar las náuseas de su mente.

Después lo recordó. Cuando estaba embarazada y tenía vómitos matutinos, solía distraerse tarareando una canción.

Comenzó a canturrear a través de la mordaza. Consiguió emitir las primeras notas, y después las siguientes. Llegó al final y volvió a empezar. A la tercera repetición, se dio cuenta de la canción que había elegido. Era la melodía que Sean tocaba cuando la vio por primera vez.

No iba a morir. Chrissy iría a buscarla. Chrissy, Neil y la policía. Bill Wilson la encontraría. Iba a seguir con vida e iba a lograr que Jonathan también lo hiciera.

De pronto se dio cuenta de que llevaba varios minutos sin oír al chico. Al principio lo oía llorar, un sonido desgarrador se colaba por el asiento de atrás hasta el maletero. Había intentado llamarlo para que supiera que también ella estaba allí, pero la mordaza ahogaba el sonido.

Los últimos cinco minutos los habían pasado recorriendo un camino muy accidentado. El coche había estado dando bandazos y lanzando a Rhona fuertemente contra el techo y el suelo. Ahora estaban aminorando. Se preparó al darse cuenta de que se habían detenido. Pareció pasar un siglo hasta que el maletero se abrió y pudo captar el olor del agua.

Mientras su captor la sacaba del maletero, se dio cuenta de que se le doblaban las piernas y de que había permanecido tanto tiempo a oscuras que ahora no podía enfocar la vista.

—Vamos, doctora MacLeod. Venga a ver su casita de veraneo.

Gavin la empujó por el camino hasta un pequeño pabellón blanco de planta baja. Tras la brillante luz del día, sus ojos tuvieron que adaptarse al poco iluminado pasillo. Tropezó con las escaleras y se golpeó la espinilla. Irritado por su torpeza, Gavin la adelantó y comenzó a tirar de ella. Después, cuando giraron en un descansillo, volvieron a encontrarse en una zona con mucha luz. El hombre se detuvo delante de la primera puerta y entró con ella.

La empujó con fuerza contra la pared de enfrente. Su cabeza golpeó el yeso y el intenso dolor la desorientó. Entonces Gavin la soltó de pronto y a Rhona le fallaron las piernas. Se encontró a sí misma de rodillas frente a él, y con la cara a la altura de su entrepierna. El le quitó la mordaza y la miró, impidiendo que se apartase demasiado. Rhona se dio cuenta con horror de que estaba atrapada entre la pared y él.

Gavin la agarró por el pelo y tiró de ella hacia sí. Rhona sintió náuseas al notar que su cara chocaba contra el bulto de su erección.

—Todo esto es por tu culpa, Rhona. Yo solo fui al hospital para recordarle a

nuestro joven amigo que debía mantener la boca cerrada.

Tiró bruscamente de su cara hacia arriba.

—Pero entonces te vi. No te escondes tan bien como crees. Me pregunté por qué se asustaría de mí la pequeña y dulce Rhona. Y entonces recordé la otra vez que me habías mirado así: la noche que encontré a tu hijo en esa lista de adopciones.

—No estaba asustada.

La miró despectivamente.

—Mientes muy mal, Rhona. Siempre sé cuándo me estás mintiendo. Toda esa mierda sobre Sean, cuando lo que de verdad querías era follarme. Bueno, pues vas a ver cumplidos tus deseos. Pero no adelantemos acontecimientos. Era divertido quedar contigo de vez en cuando. Y buscar niños es mi especialidad.

Sus palabras la horrorizaban.

Liam. ¿Le habría conducido ella misma a Liam? Y, al mismo tiempo, a un auténtico paraíso de chicos vulnerables, cuyos nombres habían aparecido en la lista junto al de su hijo. Niños a los que Gavin conocía única y exclusivamente gracias a ella.

—¿Qué has hecho con Jonathan?

—Está abajo. No debo perder más tiempo, me está esperando.

Tenía que mantenerle alejado de él.

—Déjanos atados. No podremos escaparnos. No le contaremos esto a nadie.

Él meneó la cabeza.

—Tengo otros planes para Jonathan.

—Pero si te quedas aquí, te encontrarán. Neil sabe quién eres y conoce este lugar. Les dirá inmediatamente que vengan a buscarte.

Gavin soltó una inquietante carcajada.

—Ah, ¿pero no lo sabías? El chaperero está muerto.

—¡No!

—Hablaba demasiado.

Se echó las manos a la cremallera, mientras respiraba entrecortadamente.

—Tú fuiste el que mató a Jamie Fenton.

Gavin se pasó la lengua por los labios.

—Nosotros no matamos durante el acto sexual. Al menos a propósito. Ciertas... rutinas... pueden aumentar el placer. El chico conocía los riesgos. Les pagamos más que suficiente.

—¿Suficiente para morir?

—La gente muere continuamente —le aseguró, y al mismo tiempo se sacó la polla de los pantalones—. Ellos vienen a nosotros. También Jonathan lo hizo. Yo únicamente le di lo que quería.

Rhona tenía que hacer todo lo posible por entretenerlo, por conseguir que siguiese hablando.

—Por Dios, no es más que un niño...

—El pobre e incomprensido Jonathan. Sus padres no lo quieren. —Le echó una dura mirada—. Pero tú de eso sabes mucho, Rhona, ¿no te parece? Te deshiciste de tu propio hijo.

Gavin empezó a tocarse. El miedo de la mujer lo excitaba.

—Calígula está convencido de que deberíamos mataros a los dos. Pero esa es una opinión un tanto drástica.

—Gavin, no hables de Calígula como si fuera otra persona. Sé que eres tú.

El suspiró.

—Calígula soy yo y yo soy Calígula.

Le echó las manos al cuello. La presión hizo que su boca se abriera.

—¿Quién más lo sabe, Rhona?

La falta de oxígeno hizo que estuviera a punto de desmayarse. Sus músculos comenzaron a sufrir espasmos. Sintió, muerta de vergüenza, que un líquido caliente bajaba por sus piernas hasta hacer un charco en el suelo.

—¿Quién más sabe lo mío?

De pronto, el zumbido de su teléfono móvil irrumpió en escena.

Le soltó el cuello y ella se desplomó.

Gavin la miró allí tirada, totalmente inexpresivo. Sin pronunciar palabra, se marchó de la habitación y se encaminó escaleras abajo. Ella se puso en pie. La cuerda tenía una cierta holgura. Con un enorme esfuerzo, logró liberar su mano derecha de las ligaduras. Preocupado como estaba por la llamada, Gavin había olvidado asegurar la puerta. Aquella era su oportunidad.

Llegó hasta el descansillo sujetándose contra la barandilla y desde allí escuchó.

Jonathan estaba tumbado y abierto de piernas, con las manos y los pies atados a las esquinas de una cama. Simon estaba fuera, hablando por el móvil. El chico se retorció en un último y desesperado intento por liberarse.

Gavin dio por finalizada su conversación y volvió al interior. Comenzó a subir las escaleras. Rhona se quedó helada. De pronto, el hombre se detuvo como si hubiera recordado algo, y volvió a bajar.

—Iba a guardaros para mí. Íbamos a pasar un muy agradable fin de semana los tres aquí, solitos. Buena comida, buen vino y todo el tiempo del mundo para jugar.

La sonrisa de Simon hizo que a Jonathan se le pusiera la carne de gallina.

—Y ahora lo has estropeado todo.

—No me mires. No quiero que me mires.

Simon suspiró.

—No quiero mirarte. Y tampoco querrá hacerlo ninguna chica cuando se enteren de lo que has estado haciendo todo este tiempo.

—¡Cállate!

—¿Qué me calle?

Simon hizo una mueca de repugnancia.

—Creo que no estás en condiciones de darme órdenes. Soy yo quien decide lo que vamos a hacer. Diré lo que quiera... y haré lo que me dé la gana.

—No me toques, hijo de puta.

—Calígula tenía razón. Después de todo, no eres mi tipo.

Capítulo 40

La puerta de cristal se abrió y Janice salió del cubículo. Bill Wilson levantó la mirada hacia ella con esperanza. Ella negó con la cabeza.

—Aún está inconsciente, señor.

Bill miró a través del panel de cristal a la espalda de la preocupada Chrissy.

—El doctor dice que tiene suerte de estar vivo.

—¿Y cómo lo encontró Connelly?

—Neil lo llamó. Le dijo que iba a reunirse con alguien en el parque, junto al quiosco de música. Le dijo que necesitaba verlo. Cuando Connelly llegó allí, intentó contarle algo antes de desmayarse. Algo sobre un lago. Algo así como que estaban en el lago.

—¿Qué están en el lago?

—Sí, señor.

—Pues no andamos precisamente cortos de lagos por aquí —espetó Bill—. Están el Trossachz, el Lago Long, el Lago Lomond... Ya podemos ponernos a buscar. ¿Le has preguntado a Chrissy qué opina ella?

Janice meneó la cabeza.

Cuando el inspector abrió la puerta, Chrissy se volvió hacia él. Parecía a la defensiva. No iba a dejar que intentase interrogar a Neil, de eso podía estar seguro.

Wilson cogió una silla y la colocó junto a la de ella. Su mano sostenía la de Neil.

—Su madre no estaba en casa —comentó la chica en voz baja—. Fue su padre quien contestó al teléfono. Ya le he dicho que Neil estaba en el hospital.

Y tras una pausa, continuó:

—Me ha contestado que no tiene ningún hijo que se llame Neil.

Chrissy se quedó en silencio.

—Hay algo en lo que creo que puedes echarme una mano. Connelly le oyó decir a Neil algo sobre un lago antes de desmayarse. ¿Sabes a qué podía referirse?

Ella se le quedó mirando, un poco desconcertada, pero de pronto cayó en la cuenta.

—Sí —respondió en tono triunfal—. Creo que ya sé a qué lago se refería.

Capítulo 41

Jonathan sentía que el sudor le escocía en un lado de la cara.

Simon había dejado de hablar con él.

Ahora estaba diciéndose cosas a sí mismo entre dientes.

El muchacho procuró mantenerse totalmente inmóvil.

Entonces Simon lo miró como si de pronto hubiera recordado que estaba allí.

Se le acercó y abrió una bolsa que estaba tirada en un rincón. Jonathan vio las tiras de cuero y un gemido escapó de sus labios.

—Para esto has venido. Esto es lo que te gusta, ¿verdad, Jonathan?

Simon empezó a acercársele, repitiendo su nombre una y otra vez.

El prolongado grito de Jonathan impulsó a Rhona a bajar al sótano, aunque no sabía qué iba a hacer cuando llegase allí. La desesperada llamada del chico acabó abruptamente en un siniestro silencio. Rhona se quedó como petrificada. Le pareció que había pasado un siglo antes de oír por fin otro sonido. Pero se sintió aliviada: los llantos de Jonathan significaban que aún estaba vivo.

Estaba gimiendo con un tono agudo y lleno de pena. Era insoportable. Tenía que apartar a Gavin del chico, aunque eso significase atraer la atención del hombre sobre sí misma. Sus ojos recorrieron a toda prisa el vestíbulo. La puerta principal estaba aún medio abierta. Existía la posibilidad de que, si se escondía tras ella, quedase fuera de su campo de visión.

Cerró la puerta, volvió a abrirla e inmediatamente se coló detrás. Oyó pasos. Si Gavin subía por las escaleras, estaba perdida.

Contuvo la respiración cuando le oyó pasar a su lado, pero por suerte el hombre salió fuera de la casa.

Sin perder un instante, Rhona cargó todo su peso contra la puerta, la cerró de un golpe y le echó el pestillo.

Jonathan la miró, sin comprender nada.

—¿Quién eres?

—Una amiga.

Rhona tiró de la cuerda que ataba sus pies a la cama metálica. Sus manos magulladas y sus dedos hinchados y torpes parecieron buscar algo sin demasiado éxito. Entonces vio el cuchillo de cocina tirado en el suelo, junto a la cama. La punta de la hoja era demasiado gruesa para introducirla entre el tobillo del chico y el cordel sin cortarle. Tendría que rajar las ataduras de fuera hacia dentro.

—Quédate todo lo quieto que puedas.

Comenzó a serrar. El proceso resultó dolorosamente lento, pero al menos Jonathan pudo soltarse los pies. Las tiras de cuero que ataban sus manos resultaron menos complicadas. El chico se sentó y se quitó del cuello el cordón de borlas, lo que dejó al descubierto unas brutales marcas.

—¿Te ha quitado el móvil? —le preguntó ella con urgencia.

—No, está en mi bolsillo —respondió él mientras señalaba la chaqueta que estaba colgada detrás de la puerta.

Rhona corrió frenéticamente a buscar en sus bolsillos. Había llegado al último cuando oyó cómo se rompía una ventana. Jonathan le lanzó una mirada de pánico.

Ella le acercó el móvil.

—Si te da señal, llama al 999. Así podrán localizarnos.

Él asintió.

—¿Adónde vas?

—A asegurarme de que no pueda volver a entrar.

Rhona cogió el cuchillo y se lo metió bajo su cinturón. Agarró el atizador de la chimenea y abrió la puerta.

El humo inundaba el recibidor. Parecía provenir de una puerta de la parte trasera. El bastardo estaba intentando quemarles. Sin pensárselo dos veces, corrió hacia ella y la abrió. El olor a gasolina la golpeó en la cara. El fuego ya lamía el suelo bajo la ventana rota. Era posible que consiguiese apagarlo con las cortinas. Se echó hacia delante, pero enseguida se dio cuenta de que ya era demasiado tarde y volvió al vestíbulo. En aquel mismo instante, la habitación estalló en llamas.

Se encontraban a menos de dos kilómetros de Arrochar cuando sonó la radio del coche. El conductor contestó. Un pescador que había salido a disfrutar del largo día escocés había visto que salía humo de una casa de veraneo al otro lado del lago y había llamado al cuerpo de bomberos.

—La brigada está de camino, señor.

El inspector Wilson ordenó al conductor que encendiese la sirena y que se diese prisa.

Las manos que ahora apretaban el cuello de Rhona parecieron salir de la nada.

—Nunca te rindes, ¿verdad? —La voz de Gavin era como un siseo diabólico.

Rhona soltó el atizador, le agarró los dedos y trató de hacer palanca. Él se echó hacia atrás, lo que provocó que el cuerpo de la mujer se levantase del suelo. Parecía que se le iba a partir el cuello.

Se debatió contra él así suspendida, como si quisiera aferrarse al mismo aire.

Entonces su mano derecha tocó una superficie metálica. Era el cuchillo. Lo sacó y lo empujó con precisión hacia su hombro izquierdo.

Todo ocurrió como a cámara lenta.

La punta fue a dar al ojo de Gavin. Durante un segundo, pudo sentir la resistencia que oponía la membrana ocular.

Luego todo acabó. El hombre se echó hacia atrás. Rhona oyó un grito, pero no supo si lo había lanzado él o ella misma.

Libre de su abrazo, se dejó caer contra un muro. El humo hacía que respirar fuese cada vez más difícil. Jonathan estaba gritando, diciéndole que corriese hacia la puerta abierta.

—¡Ya voy!

Avanzó torpemente hacia un espejismo en el que veía un lago, un cielo y un aire lleno de oxígeno fresco.

Bill estaba fuera del coche y corriendo incluso antes de que el coche llegase a parar del todo. La casa estaba envuelta en llamas. Corrió hacia el fuego y buscó una mata de cabello rubio entre el grupo de figuras. Fue entonces cuando la vio.

—¡Rhona! Gracias a Dios.

La mano de ella acariciaba la de un chico.

—Éste es Jonathan —le presentó—. Quiere volver a su casa.

Bill dio las gracias en silencio a quienquiera que lo hubiese escuchado allá arriba.

—Primero vais a ir los dos al hospital.

Rhona estaba pálida.

—Gavin sigue ahí dentro.

Bill miró aquel infierno. Se alegraba de que no hubiera logrado salir de él.

—Me ha engañado —se lamentó ella, con expresión angustiada.

—Nos ha engañado a todos —le aseguró Bill dulcemente.

Capítulo 42

—¿Quería verme, señor?

El superintendente no levantó la vista del papel y siguió leyendo el informe que tenía sobre su escritorio. Wilson esperó.

Cuando el hombre lo miró a la cara, estaba rojo de ira.

—Creo que le dije que dejase de acosar a *sir* James Dalrymple.

—Hay ciertos aspectos de este caso...

La expresión del jefe hizo que Bill dejase la frase a medias.

—Comprendo perfectamente lo sucedido. El asesino de Fenton se lo confesó a la doctora MacLeod y ahora está muerto.

—No, señor.

—¿Qué?

El inspector sintió un cierto placer al comprobar el efecto que aquella noticia había producido en su superior.

—No podemos estar seguros de que Gavin MacLean muriese en el incendio.

—¿Sabe eso la doctora MacLeod?

Bill negó con la cabeza:

—Acaba de llegarnos la información, señor.

—Pero ya ha cogido a cinco sospechosos de pertenecer a esa red de pedófilos, ¿no es cierto?

—Sí, aunque de momento solo son eso, sospechosos.

—*Sir* James no tiene nada que ver con todo esto.

—Tengo razones para pensar...

—Usted no tiene nada, inspector.

—Pero...

—Nada excepto esa extraña obsesión suya por implicarlo.

—Pero alquilaba su pabellón de caza a los pedófilos.

—La única prueba que tenemos de eso es la declaración de un chapero.

—Neil MacGregor salvó la vida de la doctora MacLeod. —La voz de Bill estaba llena de rabia.

—Y se lo agradecemos —dijo el superintendente con un tono más conciliador—. El prostituto...

—Tiene nombre, señor.

—El chapero admite que siempre fue con los ojos vendados a ese lugar, ¿verdad? Estaba claro adónde quería ir a parar.

—El pabellón fue registrado a conciencia. Los forenses no encontraron nada que apoye su versión de los hechos. ¿No es así, Wilson?

Bill se quedó en silencio.

—*Sir* James estaba fuera del país cuando ocurrió todo esto. Y repito, inspector, no

tiene nada que ver con el caso. Le sugiero que concentre sus esfuerzos en Gavin MacLean.

Con un ligero movimiento de cabeza, le indicó que daba por finalizada la entrevista.

Capítulo 43

—¡Siéntate! Te han dicho que hagas reposo y tengas los pies en alto.

—No soy ninguna inválida.

Chrissy le echó una de sus miradas.

—¡Vale, vale! —Se aplacó Rhona—. Pero vas a tener que encenderme la tele.

Chrissy dejó caer el mando a distancia sobre el regazo de su amiga.

—Me voy al hospital.

—Espero que a Neil no lo trates así, o preferiré seguir ingresado para siempre.

Chrissy no la estaba escuchando.

—Ah, ha llamado alguien cuando estabas dormida —le comentó mientras se dirigía a coger el abrigo—. Dijo que volvería a llamarte.

—¿No era Sean?

—No, esta vez no.

—Probablemente fuera Jonathan —supuso Rhona.

Chrissy ya se había puesto el gabán.

—Nos vemos más tarde —se despidió.

—¡Dile a Neil que he preguntado por él! —le gritó Rhona.

Volvieron a llamarla quince minutos después.

Ella estaba viendo el informativo. Estaban entrevistando a Edward Stewart. El nuevo diputado conservador estaba siendo felicitado por haber ayudado a la policía a atrapar a cinco presuntos miembros de una red de pedófilos que había estado operando en el área de Glasgow. Aquella había sido una etapa especialmente dura para el señor Stewart, explicaba el entrevistados ya que su propio hijo había sido secuestrado de la cama del hospital en el que se encontraba por uno de los implicados y había estado en peligro de muerte. Rhona apagó el televisor justo en el momento en que Edward insistía en agradecer a *sir* James Dalrymple su apoyo en aquellos momentos difíciles.

—¿Es la doctora Rhona MacLeod?

—Sí, soy yo.

—Siento molestarla —la voz se detuvo nerviosa—. Mi nombre es Liam. Liam Hope.

—¿Liam?

—Y creo que podría ser... su hijo —añadió.

—Oh, sí, Liam —dijo Rhona—. Estás en lo cierto. Por supuesto que lo estás.

Bill observó cómo se tomaba Rhona la noticia sobre Gavin. Sentada en el sofá,

con su bata, parecía pálida y vulnerable.

—Así que sigue vivo.

Pronunció aquellas palabras como si ya lo supiera.

—Me preguntaba... —dijo mirándolo—. Cuando me agarró en el vestíbulo... Entró por la puerta de atrás. Pudo salir por allí.

—Estamos comprobando todos los hospitales. Si escapó, necesitaría atención médica. No tardaremos en dar con él.

Ella parecía angustiada.

—Tenemos equipos de rescate de montaña peinando las colinas de alrededor, por si estuviera escondiéndose en alguna de ellas.

Rhona se arregló la bata.

—Ojalá Sean estuviera aquí contigo.

—No te preocupes por mí. He decidido ir a verlo a París.

—¿Vas a volar?

Ella negó con la cabeza.

—Ya me conoces. Me gusta tener los pies firmemente anclados al suelo. He cogido un coche cama para cruzar el Canal.

Capítulo 44

El tren estaba decelerando.

Rhona no se molestó en buscarlo en el abarrotado andén. Estaría allí, lo sabía. Se tomó su tiempo y cogió su pequeña maleta del portaequipajes.

La puerta del vagón se abrió con un suspiro. El olor al café francés del restaurante de la estación le recordó a aquellos momentos en los que lo veía moverse por la cocina; una imagen furtiva de un muslo, un brazo que se alzaba, su pene colgando flácido y vulnerable... Y Sean silbaba, silbaba...

Lo vio de pie junto a la barrera. El sí la estaba buscando. Rhona sonrió y le saludó con la mano. Su rostro le resultaba tan familiar que todos los horrores por los que acababa de pasar se disiparon en un instante, y lo único que recordó fue su olor, su sabor, el calor de su cuerpo junto al de ella. Cómo podía haberse arriesgado a perder a aquel hombre...

Él se acercó y le cogió la maleta.

—¿Qué tal estás? —le preguntó.

—Estoy bien —contestó.

Era verdad.

Sean dejó el equipaje en el suelo.

—Tengo que contarte algunas cosas.

Ella le puso un dedo en los labios, como para detenerle.

—Ahora lo único que quiero es que me abracés.

El hombre le rodeó el cuerpo con los brazos y Rhona hundió la cara en su pecho.

—Los dos hemos sido unos estúpidos —le dijo.

Se besaron.

—Me sabes a Irlanda —le aseguró él.

Mientras caminaban en dirección al metro, Sean le preguntó si había visto ya a su hijo y ella le dijo que no, pero que sí había hablado con él.

—Va a venir a estudiar a Escocia.

—Así que ha salido inteligente, como su madre.

Salieron de la estación cogidos del brazo. Mientras caminaban, Sean comenzó a silbar una melodía tan dulce que su sonido por las calles de París hacía que la gente se girase y sonriese.

Fin

Notas

[1] En el Reino Unido existen las figuras del csm (*crime scene manager*, comisario de policía o especialista en ciencias forenses que dirige y coordina el trabajo de todos los especialistas llamados a la escena) y los llamados soco (*scene of crime officer*, policías entrenados para la recogida de los indicios o pruebas en el lugar de los hechos). (N. de la T.) <<

[2] En el Reino Unido y otros países de la Commonwealth se denominan elecciones parciales a las convocadas con carácter excepcional cuando un escaño queda desierto por fallecimiento o dimisión de un parlamentario, y se celebran únicamente en el distrito electoral representado por dicho parlamentario. (*N. de la T.*) <<

[3] Childline es una línea de atención telefónica, que funciona las veinticuatro horas del día, destinada a ayudar a niños que se encuentran en situaciones de emergencia (asistencia médica, protección frente a abusos...), además de ofrecer muchos otros servicios, como consejos sobre educación, información sobre centros de acogida, etcétera. (*N. de la T.*) <<